

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA
IMPRESIONES DE UN VIAJE A AMÉRICA

TOMO VI

DEL 7 DE MARZO AL 18 DE NOVIEMBRE DE 1871

**FIESTAS.
VIAJE AL TOLIMA.**

RESUMEN

Una carta mía a los periódicos de Bogotá - Otra de un colombiano ilustre - El puente de Pandi - Excursión al Tolima - La cueva de Tuluní - Más poesías de peruanos - La cuestión de Cuba - Muerte del Dr. Romualdo Cuervo.

MARTES 7 DE MARZO

Como traía mis trabajos muy atrasados, y tenía necesidad de desarrollar en forma oportuna las ideas que sólo estaban ligeramente apuntadas en mi libro de memorias, temiendo que las visitas y los amigos me impidiesen realizar este trabajo, con la premura que exigía la facilidad de olvidar importantes detalles, determiné pasar en el centro de la población sólo los días necesarios para hacer y recibir las visitas de los más íntimos amigos, y retirarme después a una casa de campo, donde poder trabajar con más desahogo sin que nadie me interrumpiese.

Hechas las diligencias, uno de mis amigos me ofreció en arrendamiento una quinta de su propiedad, algo retirada y que reunía todas las condiciones indispensables para mi objeto, incluso la de un gran solar donde tener mis caballos a la vista, y dispuestos para hacer en las horas de descanso el ejercicio indispensable a la salud, en medio de una vida consagrada a trabajos de la inteligencia.

DEL MIÉRCOLES 8 AL JUEVES 16 DE MARZO

Visitas y preparativos de instalación en la quinta del Sr. Ricardo Silva.

VIERNES 17 DE MARZO

Hoy he amanecido instalado en mi nueva habitación, situada extramuros de Bogotá, hacia la parte de Occidente, donde empieza a pronunciarse la sabana y existen varias casas de campo con jardines y huertas, no tan agradables como pudieran serlo, pero que empiezan ya a demostrar el gusto naciente de los bogotanos por este género de habitaciones, que tanto contribuyen a la salud y al recreo.

La casita que me sirve de morada es de moderna construcción; y, aunque sólo se compone de planta baja, tiene todas las comodidades apetecibles para una familia poco numerosa. Mi escribiente, mis criados y yo, estamos todos alojados

independientemente y con bastante desahogo. He destinado para mis trabajos la habitación más espaciosa de la casa y he adornado sus paredes y un hueco que me sirve de estante con los principales objetos que constituyen mi modesta colección de curiosidades, recogidas particularmente en mi reciente expedición a los Llanos.

En el patio de la casa hay un reducido jardín que he hecho limpiar con esmero y pienso plantar por mi mano de lindas flores, que en este país son muy abundantes y variadas, y que muchas de mis amables amigas se han apresurado a ofrecerme, para amenizar, como ellas dicen, la morada del solitario, que se proponen visitar algunos días.

Mis caballos retozan en el potrero y acuden a recibir de mi mano el azúcar y el pan con que los regalo en mis visitas. Trabajo a ratos y a ratos paseo por los alrededores, a caballo o a pie, según el tiempo me lo permite.

Esta noche ha muerto envenenado mi pobre perro Bogotá, por un descuido de los sirvientes que pusieron a su alcance un tósigo preparado para los ratones.

DOMINGO 19 DE MARZO

Para celebrar mis días con una fiesta puramente de familia, he convidado a comer a algunos de mis amigos más íntimos, con los cuales han venido algunas lindas señoritas, que me han obsequiado, no sólo con su presencia, sino con algunos ramos de flores.

MARTES 21 DE MARZO

Mis compañeros de expedición han regresado de Villavicencio, trayendo grave aún a nuestro anciano amigo el Dr. Romualdo Cuervo, cuya salud nos inspira más que nunca serios y fundados temores. Para celebrar la llegada, hemos comido todos, menos él, en la casa del Sr. Michelsen, cuya madre, joven todavía, y señora de un ameno y

amabilísimo trato, ha hecho los honores de su mesa con la delicada solicitud de la dama naturalmente aristocrática, y nos ha colmado de atenciones a cual más lisonjeras para nosotros.

DEL MIÉRCOLES 22 AL SÁBADO 25 DE MARZO

Han empezado las lluvias, que me tienen casi confinado a los muros de mi habitación, de la cual es muy difícil salir sin volver completamente cubierto de barro. Mis trabajos adelantan mucho; pero siento que mi salud se deteriora, en medio de esta vida forzosamente sedentaria.

Algunos periódicos, influidos por agentes de la insurrección cubana, me han dado un mal rato. Me había propuesto no abordar la cuestión, sino en el caso de necesidad absoluta; y llegado éste, según creo, he dirigido a la prensa la siguiente carta circular en desagravio del gobierno de mi Nación, injustamente ofendido:

"Señor Director de..."

Muy señor mío y de toda mi consideración y respeto:

Hace mucho tiempo que en algún periódico de esta capital veo sistemáticamente publicadas correspondencias de los insurrectos cubanos, inexactas unas, exageradas otras, y en la letra y espíritu de todas ellas manifiesto el propósito de hacer creer que la España actual es una nación de caníbales sedientos de sangre humana, y que su gobierno, cruel y despótico, hace pesar sobre aquella Antilla su mano de hierro, para sofocar en ella toda aspiración noble y generosa.

Mientras las correspondencias por sí solas hablaban, me he guardado muy bien de tomar la pluma para desmentir con datos fidedignos muchas de sus afirmaciones calumniosas; porque calculaba, y con razón, que toda persona sensata, al leer tales aseveraciones, no podría menos de darles su verdadero valor, al considerar que salían

de plumas apasionadas, injustas siempre al hablar de sus adversarios. Pero hoy, al ver cómo la redacción de ese periódico hace suya en un artículo editorial la causa de la rebelión cubana, lanzando al público ideas visiblemente forjadas en círculos más o menos numerosos, que se agitan a impulsos de un interés, que no me es dado calificar en estos momentos, para prevenir los ánimos contra la nación a que me honro de pertenecer, y contra uno de los gobiernos más liberales de Europa, mi silencio sería tanto más punible, cuanto que algunos podrían tomarlo por asentimiento a las frases emitidas contra mi patria.

Prescindo ahora de la veracidad de esas correspondencias, que, tomadas en conjunto, y sumadas las cifras que arrojan, han hecho ya morir por las armas de la insurrección más de cien mil soldados españoles, y dan como asesinado por éstos un número de patriotas, que excede con mucho a la totalidad de la población masculina y adulta de la isla; y voy a contraerme sólo a consideraciones generales sobre las razones que en pro de la insurrección se alegan. Después vendré a ciertos detalles sobre la cruzada que se trata de levantar para exigir de España la independencia de Cuba y Puerto-Rico. Vamos por partes.

Dícese en primer lugar, “que las dos Antillas desean ser independientes”.

Si la mayoría de ambas islas lo hubiera deseado, no empuñarían las armas los sesenta o setenta mil voluntarios que hoy sostienen los intereses de la península, que son los suyos propios, los de la civilización y los del progreso. Luego es una exigua minoría la que pretende la emancipación, más por su interés personal que por miras políticas y humanitarias.

"Dícese también: que se hallan tiranizadas por la metrópoli".

Desde el momento en que triunfó en España la revolución de 1868, sin ayuda de las colonias, el gobierno de la península les concedió todos los derechos que para ella había conquistado. Al establecer y concederles las libertades porque suspiraban, los

que sólo habían tomado por pretexto semejantes aspiraciones se aprovecharon de esta libertad para dar el grito de ¡muera España! Juzguen los hombres que pueden medir la dignidad de una nación por la suya propia, cuál debía ser la conducta del gobierno en vista de una ingratitud, para la cual no hay excusa posible. Y este gobierno, sin embargo, insiste después en darles representación en el Parlamento; promulgar leyes para extinguir la esclavitud, como incompatible con su código democrático, y llama a los hombres de buena fe a decidir de sus propios destinos. He aquí la tiranía española de que tanto se habla.

Queremos” decís, como buenos americanos y amantes de la libertad para todos los pueblos, que no haya en nuestro continente ni en sus islas uno solo de nuestros hermanos que no disfrute del mismo beneficio que nosotros.

En buena hora. ¿Pero, consideráis con más derechos, para mantener colonias en el Nuevo Mundo, a Francia, Holanda e Inglaterra, que a la nación que tuvo la gloria de descubrirlo y que empleó su sangre para fundar en él una civilización que recuerdan nuestros propios nombres, traídos por nuestros comunes abuelos, los monumentos públicos que adornan vuestras ciudades, las casas que sirven de morada a vuestras familias, la lengua en que expresáis vuestros sentimientos, la religión, en fin, que nos dio iguales esperanzas a una vida eterna?

Los que tanto blasonáis de equitativos y justos, decid a esas naciones, plantas exóticas en vuestro suelo, que den libertad a sus colonias; formad pactos contra ellas y exigidles por vuestra propia autoridad lo que pretendéis exigir de España; y sin embargo de que entonces seríais verdaderamente lógicos, ellas os contestarán lo que no podrá menos de contestaros la nación a la cual intentáis dirigiros, no sé si por crearla menos fuerte, en lo cual dais pruebas de ignorar su verdadero estado, o por confirmar el vulgarísimo adagio de que “no hay peor cuña que la de la propia madera”.

No hace mucho tiempo que el gobierno colonial inglés ahorcaba en Jamaica centenares de hombres por causas idénticas, y aún menos graves, que las que el

gobierno español ha tenido para permitir las represalias de Cuba; y sin embargo, las ejecuciones de Jamaica no han levantado un solo grito en favor de las víctimas de la colonia inglesa. ¿Cómo se explica esa exaltación por unos y esa indiferencia por otros?

Lejos de mí el santificar las escenas sangrientas que han tenido lugar en la más próspera de las Antillas, cuya riqueza y bienestar son acaso las primeras causas de que en ella se fijen miradas ambiciosas; pero impútese la responsabilidad a la intransigencia de los que por una vanidad pueril comprometieron con su suerte la de su patria. Triunfante la rebelión, ¿Cuál sería hoy la de aquella interesante isla? La de Santo Domingo, con el predominio de la raza africana, y todos los horrores de la demagogia, o su absorción por el coloso del norte y el consiguiente aniquilamiento de la raza latina. ¿Creéis que alguna de estas dos soluciones, indispensable y fatalmente necesarias, será mejor para los patriotas cubanos, que la tutela, diré mejor, el patrocinio de la España liberal, a cuya sombra se han desarrollado tan inmensos como envidiados intereses?

En mi país todos los hombres pensadores saben que una colonia es una hija, que en su tiempo y sazón tiene derecho a emanciparse; pero nadie desea que Cuba salga de la patria potestad, sino como sale la hija honrada de la casa paterna: esto es, rodeada de los amigos y del brazo de su esposo; no violenta ni furtivamente, ni en brazos del seductor que sólo puede afrentarla y envilecerla.

Cuba necesita de la autoridad de su madre, para que la emancipación de sus esclavos convierta a éstos en personas laboriosas, útiles a sí mismas y a la sociedad a que pertenecen, no en hordas salvajes al servicio de la demagogia, y aprendiendo sólo a manejar la tea del incendiario o el cobarde puñal del asesino. Cuba será verdaderamente libre, cuando pueda fiar su suerte a los hombres de mayor probidad, no a los de más ambición y audacia.

España no necesita de sus colonias para vivir y ser una nación respetable; pero, antes de abandonar a sus hijas a una ruina cierta; antes de humillar su frente a exigencias

extrañas, su deber le impondría el sacrificio de gastar su último centavo y derramar la última gota de su sangre.

Supongamos ahora que vuestro patriotismo, excitando el de otras repúblicas, consiguiese, lo que es muy difícil, formar una liga contra cualquiera de las naciones europeas que tienen colonias en el Atlántico. ¿En quién buscaría la ofendida el primer desquite, al verse objeto de una agresión no provocada y a todas luces injustificable?

Afortunadamente, los asuntos de Estado se tratan en las regiones oficiales de los pueblos cultos con más parsimonia, con más detenido aplomo, que se suelen tratar alguna vez en la prensa periódica, poderosa palanca de la opinión pública, pero que se convierte con facilidad en eco de la pasión que agita al autor de un artículo, sin que, por falta de tiempo quizás, la madurez de la reflexión venga a pesar las consecuencias.

Hijo yo también del periodismo, y respetando su institución como una de las primeras conquistas de la civilización moderna, apelo a este modesto título para ser escuchado con benevolencia en un pueblo republicano, y para que se me permita protestar libremente, como español, contra las ideas emitidas en agravio de mi patria.

Huésped en Colombia, a la que profeso gran respeto y gran cariño, por las muestras de benevolencia con que he sido honrado, no me atreviera a escribir una sola palabra en esta cuestión, si con noticias tan absurdas como el asesinato de Castelar, a quien admiro por su talento y amo por sus cualidades, no se tratase de crear una atmósfera anti-española, abriendo, quizás en la ocasión menos oportuna, un profundo abismo, que impediría por mucho tiempo el fraternal e íntimo abrazo de pueblos nacidos para estrecharse como miembros de una sola familia, sin lo cual no llenarán su alta misión en el mundo los nobles y desgraciados pueblos de raza española.

Como no es mi ánimo sostener una polémica estéril y acaso dañosa en este sentido, esta carta, primera y última, no es más que una protesta contra las exageraciones de

ciertos círculos, que, exaltados quizás por una idea generosa, creen que, para llegar a un fin, son buenos todos los medios.

Ruego a usted, señor Director, y al público en general, me perdonen estas amistosas quejas, nacidas de mi afecto profundo a este país hospitalario y noble, que acabará unánime por hacer justicia al gobierno y al pueblo español, tan dura como injustamente tratados; y suplícole al mismo tiempo se sirva insertar las precedentes líneas en su acreditado periódico, lo que le agradecerá su atento Seguro Servidor Que Besa su Mano.

José María Gutiérrez de Alba

Bogotá, 25 de marzo de 1871.

DEL DOMINGO 2 AL VIERNES 7 DE ABRIL

SEMANA SANTA

En estos días Bogotá ha ofrecido el mismo aspecto de nuestras poblaciones, particularmente de Andalucía, donde se conmemora la pasión de Jesús con procesiones y otras fiestas religiosas. Reducidas hoy a proporciones exiguas, son celebradas casi todas en el recinto de la catedral y algún otro de sus templos. Hace una decena de años se verificaban, según dicen, con la misma pompa y el aparato mismo que en Sevilla y Toledo.

SÁBADO 8 DE ABRIL

Habiendo sido invitado por algunos amigos para la cacería de venados que anualmente se verifica en este día cerca del Tequendama, y a la cual acude un extraordinario número de jinetes, tanto de Bogotá como de los pueblos vecinos con numerosas jaurías de perros acostumbrados a levantar la caza en lo más espeso del bosque, he resuelto con gusto asistir a ella.

A las siete de la mañana me encontraba en Soacha, donde me aguardaban mis amigos; monté un caballo de refresco, y salí con ellos a colocarme en la orilla izquierda del Funza, en un lugar donde los pobres animales acosados suelen pasar al río, huyendo de sus perseguidores.

La mañana estaba destemplada y lluviosa; y sin embargo, eran infinitas las caravanas de señoras y caballeros, que, con sus caballos a galope, acudían de todas partes. Los montes resonaban con los ladridos de los perros, los relinchos de los caballos y los gritos de los cazadores. En nada se parecía aquel tumulto desordenado a nuestras monterías, donde cada cual ocupa su puesto y el jabalí o el venado van a morir a impulsos del plomo en un lugar calculado casi siempre de antemano, sin peligro de ser herido en lugar de la res alguno de los cazadores que la aguardan, o que la acosan, a no ser por alguna falta de subordinación o por impericia de los que en ella toman parte.

Aquí, por el contrario, todos corren en tropel, luego que sienten latir los perros; el uno se despeña por un barranco; el otro, suelta la brida de su corcel, y rejo en mano, se dispone a enlazar al animal fugitivo atropellando perros y jinetes, sin conseguir, sino muy rara vez, su propósito; mientras que otro, más atolondrado, o menos precavido, monta su escopeta y dispara con más probabilidades de herir o matar a alguno de sus compañeros que al animal, que por en medio de todos procura evadirse.

Por fortuna, yo me hallaba en la orilla opuesta del río, desde la cual pude observar estos pormenores, de que los del otro lado no se daban cuenta, embebidos como se hallaban en el afán del éxito por todos deseado.

Una de las víctimas, ya próxima a ser inmolada, se dispuso a pasar el río por aquella parte; mis compañeros tuvieron la atención de cederme el primer tiro, y el pobre animal, herido mortalmente, se arrojó al agua, seguido de los perros. Allí empezó otra escena más interesante para mí que todas las anteriores: dos de los perros habían logrado clavar el diente en las orejas del venado moribundo; los tres eran arrastrados

por la corriente del río, cuando un sabanero se arrojó al agua montado en su caballo; lanzó el rejo con mano certera, y enlazó a los tres animales, que, arrastrados por él, fueron sacados a la orilla. Los perros salieron casi asfixiados y la res completamente muerta. En el acto de sacarla resonaron los aires con los vítores y aplausos de la multitud; me fue adjudicada como trofeo la piel del venado, que conservo; repartida su carne entre los indios que allí se hallaban, se retiraron a celebrar con ella el gran festín que debió durar toda la noche.

Desde el mediodía había empezado una lluvia bastante copiosa; y como arreciase cada vez más, a eso de las dos de la tarde, hora en que se verificó el hecho referido, empezamos todos a desfilar, y mis amigos y yo tomamos el camino de Soacha, a donde llegamos cuando ya estaba oscureciendo.

DOMINGO 9 DE ABRIL

Regreso a Bogotá.

MIÉRCOLES 12 DE ABRIL

Hoy ha llegado de Europa el distinguido escritor colombiano, D. José María Vergara y Vergara; antes de salir de Madrid tuvo la atención de visitar a mi familia, y ha sido portador de uno de esos recuerdos que hacen que el corazón palpite de placer, al recibirlos, y que infunden en el ánimo nuevo vigor y esperanzas nuevas para llegar al término de la empresa más difícil y rodeada de mayores penalidades.

El Sr. Vergara y Vergara, a quien ya tenía el gusto de conocer por sus obras, tiene entre las muchas cualidades que lo hacen estimable a mis ojos, la de ser muy amante de España y la de haberse relacionado allí con algunos de mis mejores y más queridos amigos. Le debo además, como prueba del aprecio con que me distinguió antes de que nos conociésemos personalmente, la publicación de la siguiente carta, que por él me fue dirigida, y que vio la luz en varios periódicos europeos y americanos:

Sr. D. José María Gutiérrez de Alba

En Santafé de Bogotá

Madrid, 29 de Enero de 1871

Muy distinguido señor mío: Mientras usted en mi patria, donde “no quiere, ni puede, ni debe ser extranjero”, se ocupaba en la civilizadora misión de reanudar los lazos que existieron entre España y Colombia, tarea por la cual doy a usted mil gracias, yo, acompañado de nuestro común amigo D. Adriano Páez, y auxiliado por todos los recursos de su inteligencia y de su corazón, emprendía una labor semejante en esta tierra, donde a mi vez “no puedo, ni debo, ni quiero ser extranjero”. Ambos, o mejor dicho, todos tres, comprendíamos que las relaciones literarias serían el mejor medio para extirpar odios, si los había, y para despertar afectos que no podían estar muertos, sino dormidos, porque los afectos de familia, cuando se entibian y parece que han fenecido, se puede decir lo que dice el Evangelio de aquel bienaventurado cadáver, destinado a ser prueba del poder de Dios: *Non est mortuus, sed dormit*. Otro tanto podemos decir del mutuo afecto que existe en el fondo de los corazones, en los dos pueblos españoles, que en las dos lejanas riberas del mar del Atlante, se engríen con los mismos recuerdos y se expresan en el mismo idioma. Ya nuestro Cervantes, el grande, el único, había ilustrado maravillosamente esta idea en su novela La fuerza de la sangre, y la fuerza de la sangre hablará tan alto en nosotros, que al fin nuestras mismas antiguas disensiones se conviertan en un asunto de gratas conferencias, dejando de ser un recuerdo odioso. Si de hijos a padres, o de vasallos a señores tratamos ayer, de hermanos a hermanos, de libres a libres trataremos hoy, y cada cual en su casa, y Dios en la de todos, buscaremos las reliquias de los destrozos hechos durante la lucha, para restaurar y conservar los muebles de familia.

Para conseguir esto, nuestro idioma y nuestra literatura han sido y son y serán poderosos auxiliares. En efecto, ¿cómo pudiera resistir el corazón grande y ardiente del español, sea peninsular o americano, a la magia de nuestro idioma, cuando en él

oye que se le llama hermano? Creo que nuestra obra, estimado señor mío, no habría podido llevarse a buen término hablando en inglés, por ejemplo; pero propuesta en español, en español tiene que ser aceptada.

Partiendo, pues, del principio de que la independencia de América es un hecho irrevocable, que ni se discute ni volverá a discutirse nunca; usted español y nosotros americanos, aspiramos a que cese el funesto entredicho, puesto entre hermanos, que ni siquiera tienen el egoísmo de la prosperidad, para explicar su indiferencia o importuno desamor; pueblos que se aman, como usted habrá podido verlo en mi patria y yo he visto en la suya. “Dícales usted a los americanos, me decía el insigne López de Ayala, que a un suramericano no se le hace en España la injuria de tratarlo mejor que a los del país, sino que es visto como uno de tantos españoles”. Persuada usted a sus paisanos, me decía el no menos insigne y conceptuoso Campoamor, que, si nos odian, su odio está mal correspondido”. Y no quiero citar textualmente las palabras de otros distinguidos españoles, porque todas expresan la misma idea, y por no alargar demasiadamente esta carta, en que me falta aún mucho por decir; pero aseguro, bajo mi palabra de honor, y para confirmar las de usted a mis compatriotas, que en todos los lugares de España, donde he estado, mi condición de americano, patente en mi pasaporte y en mi acento, no me ha hecho desmerecer ni ganar: aseguro que al que llega hablando español a España, no se le pregunta si vuelve o si viene.

Que somos un solo pueblo separado por el mar, es cosa que se ve en todo y a cada paso. Usted en su paseo al Salto de Tequendama, que con su lozana imaginación sevillana ha cantado, vería el lugar donde un ignorado cataclismo rompió la sierra granítica para dar paso al caudal inmenso de aguas que anegaron esa opulenta llanura de Bogotá. Vería usted en las dos tajadas orillas de la partida roca, que en una de ellas se ven las piedras salientes, y en otra los senos que ocupaban y dejaron vacíos al retirarse, y viceversa; de manera que si las dos mitades de roca volvieran a juntarse, cada piedra encontraría su hueco, cada hueco recibiría su piedra. Así veo las dos costas morales de ésta y aquella patria; aquí he encontrado nuestras costumbres y nuestros vicios, nuestras virtudes y nuestros gustos, lo malo y lo bueno, lo altivo y lo

campechano, todo, todo igual. ¿Y por qué lo que es igual y se busca, ha de estar siempre separado? ¿Quién gana con este divorcio? ¿Quién cobra la renta de ese capital?

Si nadie puede dar respuesta racional a estas preguntas, es forzoso convenir en que es mejor terminar que continuar una situación anómala, que interrumpe la armonía que preside en lo moral a las sociedades, en lo físico a la naturaleza.

Mientras nuestros respectivos gobiernos se hacen cargo de estas reflexiones y se tienden mutuamente la mano, que no faltará quien la reciba y estreche “dejando el odio insano para enemigos vascuences”, a nosotros, simples particulares, nos toca la misión de allanar el camino: nuestro campo es los afectos personales, nuestras armas las letras, nuestra elocuencia el corazón; y si es menester un jefe, un emperador para esta liga, nuestro emperador será el que perdió un brazo en Lepanto. España no puede desheredar a América del Quijote ni América puede renunciar a tan rica herencia; que las deliciosas páginas del sublime manco son bienes vinculados de la familia, que no pueden dejarse en poder ni de unos ni de otros. Solamente en el caso de que América produjera otro Cervantes, podría separarse de España; pero en ese caso sería mucha lástima y poco decoro separar los dos Cervantes.

Usted, español, es miembro hoy del Liceo de Bogotá, cuyos miembros le han elegido a usted Presidente.

¿Podría estar más claro de parte de mi patria del alma, los sentimientos que abriga respecto de España? Toca a usted hacer presente a ésta, su patria de usted, cuáles son los sentimientos de la mía; tócame a mí referir a mis compatriotas cuáles son los de la suya, y tal es el objeto de esta carta.

En el número pasado de este periódico, que lleva el nombre del rico y amado continente a que debo la vida, apareció el importantísimo documento en que la Academia convida a los literatos americanos a asociarse a ella en sus sabias tareas.

Esta España que dio un día a América la mitad de su sangre, le da hoy la mitad del magisterio de su idioma. La redacción del informe de la comisión es tan cuerda y afectuosa para nosotros, como previsora y afectuosa la del acuerdo expedido por aquel ilustre cuerpo. Con un tacto que no puede ser inspirado sino por el mejor deseo de acertar, convida, sin imponerse, de tal manera, que la aceptación honre a quien la da, y que la negativa no puede deshonorar a quien la reciba. Adelantándose a la susceptibilidad de los gobiernos, y consultando la independencia de los nuevos académicos, si por una parte llaman a los hijos del país a esos puestos, por otra se reserva el derecho de hacer los nombramientos.

Para apreciar esta disposición, permítame usted un episodio. El espíritu de partido, que tanto influye en las altas regiones, no interrumpe las relaciones en el campo neutral de las letras; y usted habrá podido ver en Bogotá que en el antiguo y siempre amigable círculo del Mosaico, en que usted ha sido recibido con los brazos abiertos, fraternizan los liberales y los conservadores, reservándose sus derechos de conciencia política. Ya le habrán referido a usted una de las más inolvidables páginas de nuestro Mosaico; la de aquella noche en que de repente se presentó entre nosotros (la mayor parte conservadores), el que era entonces Presidente de la República, y ha sido y es uno de los más distinguidos talentos de mi patria; el Dr. M. Murillo, que con su pluma derribó a un partido, y luego, como Presidente, con su alta ilustración lo amparó.

Le habrán contado aquel brindis de los liberales por sus amigos conservadores presentes, en el que el Dr. Murillo apartó la copa cuando Samper dijo: invito a los liberales... y Murillo contestó: "El Presidente de la República no es liberal ni conservador"; y el brindis con que los demás contestamos al de nuestros amigos personales y adversarios políticos, los liberales, saludando al Presidente, que tan hermosa y fecunda lección nos daba. Todas esas escenas, que están bien escritas en nuestros corazones, le habrán hecho ver que en Colombia el único lugar donde se respira aire puro, cuando la atmósfera se caldea, es en ese campo bendito de las letras, donde parece que solamente se hacen versos, y donde en realidad no se hace sino cultivar nobles y elevados sentimientos.

Le habrán contado que cuando alguno de esos amigos, sin celos ni amor propio, llega a Bogotá, sin más tesoros que su talento, hay brazos que alzan un trono para el que, solo, hubiera consumido su riquísimo cerebro, como consume un incendio en el desierto árboles bellos, maderas preciosas y resinas valiosas; y acompañado, estimulado por voces amigas, lucha, vence y se corona; que otro de esos amigos cayó herido en el corazón y debió su vida a la solicitud, vigilancia y cariño de los que en cuatro días seguidos le improvisaron en sus corazones y en sus brazos madre y esposa para salvarlo; que luego otro, herido a su vez con un sufrimiento casi tan grande como su corazón, que es mucho decir, ha seguido su camino a tientas, en la ceguedad de su dolor, sin más guía que los brazos de sus hermanos, de esos amigos en que se apoya.

Le habrán referido igualmente que durante las administraciones del Dr. Murillo, del general Acosta, del general Gutiérrez y del actual ilustrado y benévolo Presidente, los nombramientos se han hecho más en las personas que en los electores, y que si hoy tuviese el gobierno el encargo de nombrar los miembros de la Academia colombiana, es seguro que lo haría a gusto de todos, y lo que es más, de su propia conciencia; pero también le habrán referido que hemos tenido algunos gobernantes que capaces hubieran sido de proveer siete puestos de la Academia en siete ayudantes de campo o en siete rúbulas; y que de esta clase de gobernantes se pueden encontrar todavía en lo porvenir algunos en América.

De lo expuesto deducirá usted fácilmente, en orden inverso, que la Academia española, al reservarse los nombramientos y no suplicar a los gobiernos que los hagan, nos libra de las pasiones de partido; y que de esa amistad fraternal con que se honran los literatos en América, y especialmente en Colombia, es de esperarse con toda seguridad que ellos propondrán a la Academia española nombres de literatos honorables, sean o no sean liberales o conservadores. La Academia, pues, ha procedido con suma cordura y previsión, creando esos cuerpos correspondientes, al dejarles el derecho de propuesta y al reservarse el de los nombramientos.

Hacía falta en América, en cualquiera parte de ella, sea en Bogotá o en Méjico, en Buenos Aires o Lima, Caracas o Santiago de Chile, un cuerpo académico, autorizado, para que luchara contra la barbarie que, en forma de anarquía y disfrazada de libre examen, invade y tala, quema y devasta el campo sagrado del lenguaje: un cuerpo a quien la sombra de Cervantes pudiera decir lo que decía el pueblo-rey a sus magistrados en los días en que los bárbaros llegaban a las puertas de Roma: *Videantur Consules ne Res publica detrimentum patiatur*. Pero ¿quién nombraría ese cuerpo, conservador por sus funciones, liberal por ser el encargado de defender la autonomía nacional, la independencia y los fueros del idioma? Si los celos gentilicios no hicieran nugatorios sus acuerdos, la vasta extensión del territorio, la falta de comunicaciones, la pequeñez relativa de la población, el sube y baja de nuestros movedizos gobiernos, los derechos parlamentarios de pido la palabra, propóngase, discútase por partes, niéguese la primera, apruébese la segunda, discútase esta otra en su lugar, altérese el orden del día, y demás refrancicos del pueblo que legisla, no *more ático* ni romano, sino *more suo*; habrían hecho, repito, nugatorio todo, hasta un prodigio de buenas intenciones.

Hubo un hombre cuyo nombre era Bello; él era la luz y la verdad en América. Sabio, reflexivo, laborioso, su voz sola bastaba para imponer a cualquier muchedumbre. ¿Y se oyó su voz? Partes hay en América en que ni siquiera es conocida. Luego, suponiendo que hubiera habido un cuerpo académico que hubiera legislado, hubiera sido también más o menos *vox clamantis in deserto*.

La Academia, nombrando una correspondiente suya en cada capital, da a cada nación una autoridad grata y aceptable, y reuniendo el trabajo de todas en una sola, da a toda la América una sola Academia. Refundiéndola en sí misma y dando al escritor americano derechos de elector, si por una parte centraliza en el emporio de la vieja Castilla la dirección del idioma que en Castilla nació, por otra cede gran parte de su venerable autoridad, y pone en minoría sus sesenta miembros (treinta y seis de número y veinticuatro correspondientes en la península) respecto de los 112 miembros convidados y asociados que llama en América, suponiendo que cada

república, y unas con otras, tengan el número de siete, mínimo que fija el acuerdo fundamental. Estos 112 miembros no votarán materialmente en las sesiones, es cierto; pero la diferencia del número es tan considerable, y la razón que preside las discusiones de la Academia es tan serena y justificada, que los 112 ausentes harán fuerza de ley a los 36 presentes, si tienen razón, y, en muchos casos, aunque no la tengan enteramente. Pongamos un ejemplo: supongamos que de las diversas voces nuevas, que naturalmente propondrán las Academias americanas, hay una en que convienen todas ellas, y que repugna un tanto a la española. El resultado no es difícil de adivinar para quien conoce los trabajos o las personas de los Académicos españoles. La ausencia del votante estará lejos de serle desfavorable; por el contrario, su misma ausencia será una tiranía en cierto modo para los bien nacidos presentes: la voz será adoptada. La Academia, pues, ha dejado inclinar más la balanza del lado de la fraternidad que de la autoridad, al conceder tantos derechos a las que ha creado.

El diccionario de provincialismos, que debe hacerse aparte para no hacer perder sus quilates a las voces castizas, es una gran necesidad en un idioma como el castellano, que tiene un imperio tan inmenso, que el sol nunca se pone en sus dominios. Y digo que tales voces no deben ponerse juntas, porque cualquier mercader acaudalado, por ramplón y simple que sea, pone aparte las monedas de oro de las de plata, y ambas de lo menudo que para el gasto destina; cuánto más un escritor, que es dueño de más altos y soberanos tesoros, y que no querrá gastar el oro de Cervantes para hablar en familia, no porque se use y se gaste, sino porque es vestido rico que se debe guardar para las fiestas, ni gastar el cobre para hacer odas o inmortalizarse en poemas.

Bien: ese diccionario de provincialismos, donde entre otras cosas se debe buscar la voz bien formada, y a quien la popularidad unánime acreditó, para elevarla al Diccionario de la lengua sabia, no está hecho. ¿Y quién podría hacerlo? España no podría sin el auxilio de América; tampoco América sin el auxilio de España, y mucho más cuando sin academias que reuniesen el trabajo de muchos, habían de perecer los esfuerzos aislados de los individuos, sin llegar jamás a formar un todo respetable, como se pierden en la tierra las gotas de agua que no forman arroyo.

Y satisfecha la necesidad de un Diccionario de provincialismos, todavía quedaría en pie la del gran diccionario de la lengua. Para tal empresa, que es obra de erudición, lo mismo que de laboriosidad, no basta el reducido número de los académicos peninsulares. La Academia, que mucho ha hecho en este particular, corrigiendo y aumentando cada una de las ediciones de su diccionario, ha dado ya once de ellas; pero ni está satisfecha de su obra, ni los literatos lo encuentran a la altura de la necesidad.

En presencia de ésta, de ella se aprovechan ya escritores, ya especuladores para formar a escote y anunciar con pomposos y vanos títulos otros diccionarios confeccionados como cosas de botica; pero no de la farmacia sabia en que químicos diestros y científicos preparan cuidadosamente la triaca saludable, sino del empirismo vil en que charlatanes sin conciencia anuncian el robo universal, las píldoras cúralo todo, el elixir de la larga vida, y demás sandeces de la laya, que al mismo tiempo que hacen perder los dineros del comprador incauto, le propinan un veneno de difícil extirpación. Si las Academias americanas no contribuyen de una manera muy notable a la preparación de la edición duodécima y siguientes, habría, por lo menos el buen resultado de suprimir quejas que ya no tendrían razón de ser.

¿Y aceptarán los americanos estas Academias, con que los honra y convida la española? Temer un no, sería hacer un agravio a la viva inteligencia de nuestra raza, iluminada por el claro sol que sirvió de Dios a los Incas, antes de que nuestros antecesores, con bonísimas intenciones y poca maña, les anunciaran el Dios verdadero, que alumbraba, no los cuerpos, sino las almas.

La Academia española nombra tres individuos correspondientes suyos en cada capital suramericana. Esto no pasa de un honor y de un recuerdo fraternal; pero esos tres individuos están autorizados a pedir, si lo estiman conveniente, que se les considere como academia y parte integrante de la española. Ninguna fuerza obliga su voluntad: su propio interés será quien le dictará el paso que la española espera. Aceptada la

agregación, queda la Academia americana sujeta a los reglamentos y estatutos de la española, *mutatis mutandis*, por todo el tiempo que sea su voluntad pertenecer a tan honrosa asociación.

Si en ella sigue, sus trabajos serán provechosos a ella misma y a todos sus compatriotas del continente: si lo rompe, le quedará un beneficio, el de la organización. Puestas en comunicación las Academias americanas con la de Madrid, se reportará doble beneficio, porque la España literaria contemporánea será conocida en América, y la literatura americana actual, tan desconocida en España, será vulgarizada en esta Península con muy pocos esfuerzos. El canje de obras hará esto y mucho más. Sabido es que el académico español, D. Manuel Cañete ha trabajado mucho y ha logrado más, por hacer conocer los poetas americanos en España: nuestra América le reconoce esta deuda de gratitud. Pero el señor Cañete ha agotado su provisión de materiales americanos: cuando él encuentre un acopio de ellos en la Biblioteca de la Academia española, es seguro que continuará su fraternal tarea, y que aun podrá, dueño ya de datos suficientes, emprender una historia literaria de América, que tanto bien haría a nuestro continente, como honra daría a su bien cortada pluma.

Pero no es esto cuanto se espera: habrá un bien mayor, que indirecta pero eficazmente nos proporcionaría la Academia, y es, el de poner en comunicación la América literaria entre sí, cuya incomunicación es tan deplorable como notoria. Organizados los cuerpos académicos en cada capital, habrá estafetas seguras a donde remitir un libro¹, objeto en remitirlo, archivos donde se guarde y se consulte por los

¹ En los momentos en que va a salir esta carta, llega casualmente a mis manos el No. 11 de la "Revista de Colombia", que trae un artículo de D. Florentino González, ilustre colombiano, residente hoy en Buenos Aires, y dice entre otras cosas lo siguiente, que apoya lo que expreso:

"Una de las cosas más convenientes sería celebrar convenciones con el Perú, Chile y Buenos Aires, para que la correspondencia, impresos y libros que de Colombia fuesen dirigidos a cualesquiera de ellos, fuesen conducidos por sus correos y viceversa... Por falta de esta convención las comunicaciones con Colombia son muy difíciles e inseguras, pues lo que viene de allá o va de acá, se queda muchas veces en el tránsito, porque no hay obligación de encaminarlo. Yo tengo que enviar a Valparaíso, Londres o París, las cartas e impresos que dirijo a Bogotá, para que de allí los encaminen".

Pido al lector americano que reflexione un poco sobre estas palabras. Ellas pintan el estado de nuestra incomunicación y despego. ¿La creación simultánea de cuerpos literarios e idénticos en su

que lo busquen, y ecos que respondan a la voz del lejano escritor. Aun para los imprescindibles y gravosos intereses de la vida material, habrá ventajas, porque el escritor americano tendrá un agente seguro a quien remitir ejemplares de su obra para su venta, pues naturalmente las secretarías de las Academias serán depósitos de librería; tendrá quien vigile, denuncie e impida la reimpresión de una obra en detrimento de los intereses de su autor; y últimamente, el escritor americano o español viajero por América, sabrá que sin cartas de recomendación encontrará un círculo de amigos en cada capital a donde llegue.

Bello con sus notables trabajos sobre filología y derecho público, tendía a buscar la unidad de América en estos dos importantísimos ramos: la organización de las Academias pondrá el sello a tan laudables intenciones; pues es bien probable que si las Academias se organizan convenientemente, la unidad americana, en su lenguaje, será un hecho con que se marque tal vez el final del glorioso y agitado siglo, cuyos últimos años estamos viviendo, y que de ella venga la de su jurisprudencia.

La unidad americana, he dicho; y para probar cuán necesario y urgente es que la busquemos, haré notar, sin salir de la materia de esta carta, la indecible anarquía que existe ya en la ortografía española. Mientras todos los franceses del suelo europeo y de las más lejanas colonias escriben de una manera uniforme la caprichosa ortografía de su caprichosa y convencional lengua, no atreviéndose, por ejemplo, ni a suprimir la inútil duplicación de emes en *homme* por no parecer ignorantes; mientras el francés, repito, tan revoltoso e indisciplinado en todo, menos en lo que sea gloria de su país, obedece ciegamente a su Academia; el español de ambos hemisferios, siempre faccioso hasta en el lenguaje, siempre guerrillero hasta en las letras, emprende y lleva a cabo innovaciones en todo, hasta en la ortografía, hasta en la sintaxis. Así es que poco a poco hemos ido variando la sintaxis según el genio de la lengua que hable la nación con quien más comerciamos, e imitamos todas, menos la que en realidad quisiéramos imitar, y es la de los clásicos de nuestra lengua. En ortografía, ¡qué

organización, no será uno de los medios más eficaces para hacer que la convención postal y con ella la comunicación literaria se establezcan?

barahúnda! La g se hace j por aquí; por allá se suprime la h; acullá se propone la supresión de la q y la adopción de la k, letra cosaca del Don que aspira a campar entre las tiendas latinas: la x, que fija uno de los eufónicos y peculiares sonidos de nuestra lengua, es cambiada por la s, que tan floja suena; la y de los griegos se enseñorea en una parte, y en otras la expulsa, casi contra la tradición histórica, la i de los latinos.

Ahora, en materia de sintaxis, la construcción inglesa y sobre todo el período francés, matan y desautorizan el numeroso período español; y el estilo francés destierra villanamente al estilo en que se escribieron las obras que forman nuestro deleite, pese a nuestra herejía.

En suma, ya casi no se escribe en español; y para no buscar más lejos las pruebas, este escrito mismo servirá de tal a los ojos del lector entendido; porque la educación tiránica de los libros neólogos vence hasta nuestras más secretas y caras aficiones.

¿Qué resultaría de este embrollado presente en un porvenir no muy lejano? Que tendremos pronto diez y seis idiomas castellanos en América, diez y seis dialectos pobres y relajados como todos los dialectos, y que para nuestros hijos o nietos será el sublime Quijote, lo que para nosotros es hoy Juan de Mena. Luchemos contra la invasión bárbara, y para ello, ningún medio mejor que el que nos proporciona la Academia; este medio consulta hasta la forma republicana que prevalece en América, porque tendremos un Congreso en cada república, y la mayoría de ellos (la mayoría es dogma político en nuestra forma de gobierno) determinará cuál debe ser el sistema ortográfico que deba prevalecer, cuáles los textos de gramática y los modelos que deban ponerse en manos de los estudiantes, e imprimirá dirección en cuanto sea posible al bajel alado de la opinión pública.

Estas y mil reflexiones más que omitiré para no hacerme ilegible, se desprenden del liberal paso que ha dado la Academia, y escribo para convidar a usted y a todos los literatos americanos a que escriban sobre esta idea y la hagan popular.

No concluiré sin hacer notar que la Academia ha creado una comisión permanente compuesta por los Sres. Director, Escosura, Ochoa, Ferrer del río y Hartzenbusch, y que a ella han agregado al Sr. de la Puente y Apexchea, teniendo en cuenta no sólo sus méritos literarios, sino la circunstancia de ser nacido en América.

Esta comisión, compuesta de tan doctas y entendidas personas, tan amigas de América, se ocupará de todo lo relacionado con las Academias de nueva creación. Si alguna falta notamos en tan digna comisión, es la del Sr. Cañete, y esperamos que el ilustre Marqués de Molins lo agregue a ella, puesto que ha sido el vocero de los americanos y el rebuscador de sus glorias literarias.

Tras de esta carta que llevará a usted la imprenta voladora, salgo del hermoso, querido y desgraciado país de usted en dirección al mío, no menos hermoso, querido y desgraciado. Voy a dejar de oír por algunos días el grato idioma de la infancia, y a escuchar, en vez de él, el ingrato sonido de otras lenguas, que nada dicen al corazón, porque no traen acentos maternos. Espero encontrar a usted en Bogotá para que atemos los cabos de los dos hilos, el que usted trae de Colombia a España, y el que yo llevo de España a Colombia, que será nuestro cable trasatlántico. Mas si ya hubiese usted salido de mi ciudad natal, y no hemos de vernos, siga usted, como seguiré yo, trabajando en la misma santa idea; que si la religión liga las almas, y la sangre los corazones, el idioma debe ligar los afectos.

De usted muy atento servidor y afectísimo compatriota,

J. M. Vergara y Vergara

SÁBADO 15 DE ABRIL

Desde la llegada del Sr. Vergara y Vergara, a quien tuve el gusto de abrazar uno de los primeros, casi no hemos dejado de vernos ni un solo día. Nuestra amistad, que data de una fecha tan reciente, tiene todos los caracteres de una amistad antigua en estos momentos renovada. Pasamos las horas enteras agradablemente entretenidos en

hablar de nuestras empresas literarias, en recordar las de nuestros amigos comunes en ambos hemisferios y en enumerar las ventajas que para España y Colombia traerán sus mutuas relaciones, especialmente en el comercio de las ideas, base primordial de sus más estrechos e íntimos lazos.

Hoy hemos almorzado juntos, y después del almuerzo, aunque el día estaba lluvioso y desapacible, hemos montado a caballo, para hacer una visita a nuestro querido amigo D. J. Manuel Marroquín, quien vive a una legua de la ciudad, en una modesta casa de campo, donde se ocupa en dar esmerada y sólida educación a una veintena de jóvenes bogotanos.

El Sr. Marroquín y su apreciable familia nos han recibido con la cordialidad más afectuosa, y hemos pasado con ellos una noche en extremo agradable, ya conversando sobre los viajes del Sr. Vergara por mi país y los míos por Colombia, ya leyendo algunos trozos de los poetas americanos y españoles, cuyo genio nos es más simpático.

DOMINGO 16 DE ABRIL

De vuelta para Bogotá, el Sr. Vergara, cuya erudición es grande y notoria, me ha complacido extraordinariamente, mostrándome al paso los lugares que recuerdan algunos hechos históricos y varias anécdotas muy interesantes sobre las recientes contiendas civiles, que aún tienen en perpetua agitación a este país, tan bello como por esta causa desgraciado.

JUEVES 20 DE ABRIL

El Dr. Cuervo continúa enfermo de bastante gravedad, aunque los médicos tienen esperanzas de salvarlo. Mi visita diaria parece complacerle mucho y paso a su lado algunas horas con el mismo interés que si me hallase al lado de una persona de las más queridas de mi familia.

Hoy me ha acompañado a comer y se ha despedido para el Tolima el joven sobrino suyo a quien ya conocen mis lectores, joven muy estimable por sus buenas prendas y a quien aprecio, desde que lo conocí y traté a nuestro paso por el Magdalena, cuando nos dirigíamos a los Llanos.

DEL VIERNES 21 AL MIÉRCOLES 26 DE ABRIL

Aunque algo resentida mi salud, continuó los apuntes de mi diario. Necesito una vida más activa.

EXPEDICION A PANDI

JUEVES 27 DE ABRIL

Habiendo yo manifestado varias veces a mis amigos de Soacha el deseo de hacer una cacería de patos en las lagunas próximas a aquella población, donde en ciertas épocas del año son muy abundantes, recibí una carta, en que me anunciaban tenerlo todo dispuesto, y que la ocasión era la más oportuna; pues con la bajada del río, las aguas de los pantanos se habían reducido mucho, dejando en seco las partes de la sabana que suelen inundar las crecientes, y que, una vez en seco, atraen un número infinito de aves acuáticas de diferentes especies.

Monté a caballo, dejándolo todo, por acudir a la cita; y al caer la tarde, me encontré ya entre mis amigos, que me recibieron con aclamaciones entusiastas.

Al ponerse el sol en este día, se ocultó por entre una cortina de espesos y oscuros nubarrones, cuyos perfiles rojizos y blancos se destacaban sobre el fondo azul del resto de la atmósfera, donde apenas se dibujaban algunos ligeros celajes.

Tanto en Europa como en América, la experiencia adquirida por mis observaciones me ha hecho comprender que, cuando el sol se oculta de este modo, en muy raras ocasiones deja de caer al día siguiente o aquella misma noche una lluvia abundante. Participé estos temores a mis amigos, que los creyeron de todo punto infundados, diciéndome que en este hemisferio, y particularmente en las elevaciones de la cordillera, suelen presentarse frecuentemente estos grandes aparatos de lluvia, resolviéndose después con la simple caída de algún chubasco pasajero.

Entretuvimos una parte de la noche en dar las disposiciones necesarias para salir al amanecer del siguiente día; designáronse los peones, que habían de salir antes de la aurora a traer los caballos de los potreros; los que habían de apostarse de antemano entre los juncales de las lagunas, para levantar la caza, luego que llegásemos, y los que habían de tener dispuestas las balsas de juncos en la orilla para nuestro embarque.

Las nueve y media serían cuando nos retiramos todos a descansar; y media hora después, un viento huracanado y gruesos goterones, que venían a estrellarse con ruido estrepitoso en las vidrieras de una ventana de mi habitación, que daba al suroeste, me hicieron comprender que no me había equivocado en mis cálculos, y que no tardaría en desencadenarse una tempestad de lo más furioso. Así fue en efecto: a las once de la noche la lluvia era ya recia y el viento tan impetuoso, que nos impedían conciliar el sueño. El aguacero duró toda la noche, escamando sólo a breves intervalos, para volver a comenzar con nueva y doblada furia. Yo me dormí al fin; pero desperté repetidas veces, para lamentar la exacta realización de mis pronósticos, que sin duda iban a privarnos de nuestra diversión proyectada.

VIERNES 28 DE ABRIL

A pesar de la mala noche, fui uno de los primeros que en la casa se levantaron. La lluvia no había cesado aún; las nubes corrían con extraordinaria velocidad de Occidente a Oriente, y tan bajas, que sus capas inferiores tocaban con los tejados. Las

calles y la plaza no eran más que una extensa laguna, por donde transitaban algunos indios descalzos, envueltos en sus oscuras ruanas y atollándose en agua o lodo hasta media pierna. Un poco más tarde se me presentaron los amigos mustios y cabizbajos, como si estuviesen todos bajo el peso de una gran desgracia.

-Ya ve usted ¡qué tiempo! -fue la frase con que sucesivamente me fueron saludando.

-Ya no será posible nuestra cacería, porque el Funza habrá crecido, si la lluvia de esta noche ha llegado hasta sus cabeceras, y las lagunas habrán vuelto a llenarse.

-¿Qué hacer? -les dije.

-No hay más remedio, me contestaron, que esperar a que el verano vuelva, y con él las aves que tratábamos de perseguir hoy, y que ayer mismo han debido trasladarse a otros lugares, porque ellas conocen con anticipación el tiempo.

-No en balde, replicó uno de ellos, anoche me aseguró un indio pescador del Funza, que durante la tarde no habían cesado de pasar grandes bandadas de patos en dirección de las tierras calientes.

Penoso me era regresar a Bogotá, sin haber podido conseguir siquiera una página para mi diario. Esto me tenía de mal humor, y algunos de los amigos me propusieron verificar la expedición al Puente de Pandi o Icononzo, maravilla natural que tenía vivos deseos de conocer y que se halla distante sólo dos jornadas. Acepté con gusto la proposición que se me hacía; envié a buscar mis mulas y dimos orden para que se preparase lo necesario.

La lluvia fue cesando poco a poco, y la tarde se presentó ya serena y casi sin nubes. Montamos a caballo, para ver el estado de las lagunas; y, como suponíamos, las encontramos llenas y sin una sola de las aves que en los días anteriores las poblaban. Regresamos al anochecer, literalmente cubiertos del barro con que los caballos nos

salpicaban; entretuvimos la prima noche lo mejor que se pudo, y nos retiramos luego a descansar, para desquitar el sueño perdido.

SÁBADO 29 DE ABRIL

Por pronto que se hicieron los preparativos de marcha, no pudimos montar hasta las diez y media. El camino estaba hecho un barrizal, y era forzoso caminar despacio, y buscando siempre las orillas, donde suele estar menos resbaladizo el terreno. Al salir de Soacha, nos encontramos con un buen fraile, montado en su mula, que nos detuvo a nuestro pesar, haciéndonos más preguntas que un libro de doctrina, y apelando a diversos asuntos, todos a cual más insustanciales, para entretenernos, como sucede a esos habladores de profesión, que sin duda creen que Dios ha concedido el tiempo al hombre para que lo malgaste en conversar de cosas que no le importan.

Viendo yo que el padre llevaba trazas de no acabar en todo el día, y que, a cada movimiento que hacíamos para despedirnos, se nos atravesaba con su mula, demandando atención con gestos, miradas y palabras, y hasta con los brazos abiertos cuando aquellas no eran bastantes, corté bruscamente la conversación, aun a trueque de pecar un tanto en descortesía; y, dejando al fraile con la palabra en la boca, piqué mi caballo y los amigos no tardaron en seguirme.

Llegamos a Sibaté cerca de las doce; y al empezar la subida de las cuestas gredosas que conducen a la montaña, dejamos los caballos y montamos en nuestras mulas, únicos animales que tienen suficientes fuerzas y ofrecen alguna seguridad para los terrenos quebrados y fangosos que nos esperaban.

Los primeros estribos de aquella parte de la cordillera, formados de greda en su mayor parte, están cubiertos de arbustos y arbolillos de pequeña talla, que no adquieren gran desarrollo, a pesar de estar el suelo cubierto de una densa capa de tierra vegetal, a causa de lo destemplado del clima por las corrientes de aire frío que bajan de los páramos. El camino sigue siempre hacia el sureste por terrenos de la

misma hacienda que dejamos nombrada y cuyos linderos encontramos a más de dos leguas de distancia, en cumbres elevadísimas. Desde allí se pronuncia en bajada una cuesta sumamente penosa, donde el camino se halla cubierto, en algunas partes, por calzadas de piedras, en su mayor parte movedizas, y en otras por empalizadas de troncos de diferentes tamaños, arrojados transversalmente sobre la fangosa vía, donde los palos que se van pudriendo, y no son prontamente reemplazados, dejan atolladeros profundos y excesivamente peligrosos.

A las dos de la tarde llegamos a un punto llamado El Peñón, donde empieza el gran descenso de aquel ramal elevadísimo de la cordillera.

Allí la montaña toma ya un aspecto agreste y sombrío; los árboles adquieren el desarrollo prodigioso de la vegetación tropical, y los robles, chuguacáes, simpares y otros árboles de géneros diferentes levantan su copa hasta la región de las nubes, apareciendo casi siempre como embozados en un manto de espesa niebla, ligados entre sí por enredaderas de proporciones colosales, y cubierto el pie por helechos de una variedad infinita, entre los cuales descuellan los arborescentes, mientras sus troncos, vestidos de musgos y líquenes de diversos colores y parásitas de muchas especies, presentan un caos de vegetación, donde la vista se pierde y se confunde abismada en aquel dédalo de verdura. Los sonidos se multiplican allí de una manera prodigiosa, y los chillidos de los loros, pericos y guacamayos y el grito gutural y estridente de los cuadrumanos, que entre las ramas se columpian, forman un ruido tan singular y tan en armonía con el agreste panorama que a la vista se extiende, que por algún tiempo queda suspenso el ánimo y la inteligencia aletargada, concentrándose la vida toda en los sentidos del oído y la vista, que no son bastantes para abarcar las sensaciones múltiples que por todas partes los hieren.

A las tres y media llegamos a Barro-blanco, donde hay un rancho que sirve de posada o venta e hicimos una frugal comida. Continuamos luego descendiendo por la orilla izquierda de una quebrada ruidosa, cuyo raudal, oculto entre la maleza iba despeñándose por su escabroso lecho de rocas, y formando con el rumor de sus

cascadas el fondo de aquella singular armonía. Media hora después la vimos perderse entre las olas no menos espumosas del río Aguadita o Fusagasugá, que corre de este a oeste a reunirse en el llano con el Sumapaz, para morir algunas leguas más adelante en el Magdalena. Pasamos este río por un puentecillo rústico, cobijado de pajizo techo, dejando a la izquierda una cascada bellísima, donde las aguas se desprenden de una gran roca plana que avanza en ángulo obtuso, formando al caer un lecho de espumas, que cubren en totalidad la corriente, y que no se disuelven del todo, sino a larga distancia de puentecillo.

Después trepamos por otra cuesta muy pedregosa, abierta entre el tupido bosque; pasamos varios cerros y quebradas, sobre un terreno de roca arenisca, alternando con otros profundamente gredosos, y dejando a ambos lados del camino algunas manchas de roza y ranchitos miserables, que frecuentemente son visitados por el tigre.

A derecha e izquierda, veíase el horizonte cubierto por las cumbres de elevadísimas montañas, en lo general pobladas de bosque. Al anochecer llegamos por fin a Fusagasugá, que ocupa un recuesto en la falda occidental de la cordillera, y tiene delante de sí una llanura fértil, espaciosa y sumamente poblada.

Alojámonos en una posada humilde, la mejor, por no decir la única, que había en el pueblo, y desde muy temprano nos entregamos al reposo.

DOMINGO 30 DE ABRIL

Por ser día de mercado, la concurrencia habitual de la población había crecido notablemente. Desde el amanecer sentíase en las calles el ruido de los traficantes, que aportaban sus mercancías, o venían a buscar ciertos artículos, en mulas, caballos o bueyes de carga, sobre los cuales montaban sin distinción así los hombres como las mujeres. Esta especie de feria semanal consiste principalmente en artículos de consumo, entre los cuales son los de mayor importancia la miel extraída de la caña de

azúcar, que conducen en receptáculos de cuero de res crudo, llamados zurrone, y el maíz, que no sólo constituye el principal alimento de la población, sino que con la miel sirve para elaborar la chicha, bebida fermentada y embriagadora, única que, por su baratura, está al alcance del pueblo, y de la cual abusa éste de una manera lamentable.

Fusagasugá tiene como unos 6.000 habitantes en todo el territorio que comprende su distrito; su temperatura es muy agradable, por ser 20° centígrados su término medio; se halla a 1.770 metros sobre el nivel del mar; al tiempo de la conquista era ya pueblo de indios; y domina el valle de los antiguos sutagaes, tribu numerosa y guerrera, que ha desaparecido completamente. Hacia la parte S. y a distancia de algunas leguas, se ve en la falda de la montaña el histórico pueblecito de Pasca, donde tuvieron su primera entrevista los tres caudillos españoles, Federmann, Belalcázar y Jiménez de Quesada, que, por una coincidencia admirable, llegaron, casi simultáneamente, con fuerzas aproximadamente iguales y con el mismo designio, habiendo partido de puntos lejanos y opuestos hacia esta parte de la cordillera andina, donde la fama, o la mala inteligencia de los conquistadores, colocaba el famoso El Dorado. Aquí llegaron también por primera vez conducidos por tan audaces aventureros, los cerdos y las gallinas, que más tarde se propagaron de una manera prodigiosa, siendo de admirar que sus conductores los conservasen con este objeto, a pesar de la escasez de sus recursos y del hambre que tuvieron que sufrir más de una vez en su dilatado y penoso viaje.

Cerca de Fusagasugá y en días cercanos a la conquista se dio una famosa batalla entre las fuerzas de Saguanmachica, zipa de Bogotá, y Usatama, célebre uzaque de Tunja, en la cual quedó victorioso el primero, debilitándose de este modo la resistencia que más tarde quisieron oponer a los conquistadores. Hállase también muy cerca de allí el boquerón o rotura, por donde se verificó el desagüe del extenso lago que tenía por lecho la altiplanicie inmediata. Por esta escotadura pasan unidos hoy varios riachuelos, que van a incorporarse con el Magdalena como a media legua de Peñalisa, ya lamiendo las faldas de la cordillera, ya ocultando su cauce a una profundidad prodigiosa, como se observa bajo el célebre puente natural de Pandi o Icononzo, ya

pasando, como el Guadiana, por un conducto subterráneo en el llamado Puente de Tierra de Cunday y otros varios que en su lugar describo.

La iglesia de Fusagasugá, que está aún sin concluir, pues le falta una de las dos torrecillas laterales que han debido adornarla, es un templo de medianas proporciones; tiene tres naves sostenidas por pilares de ladrillo; su techo está formado de vigas toscas y encañado descubierto, sobre el cual descansan las tejas; y entre sus imágenes, generalmente de pésimo gusto, hay un cuadro pintado al óleo, representando a S. Martín, de autor desconocido y que no carece de mérito.

Entre los objetos que llamaron mi atención en el mercado, el más notable fue un arrogante y mansísimo toro, sobre el cual iban montados una mujer y un muchacho, con la misma confianza que si llevasen por cabalgadura un paciente burro. Tomé una ligera copia de este asunto, tan original como extraño a mis ojos, que conservo en mi álbum como tipo curioso de costumbres.

LUNES 1o. DE MAYO

A las nueve de la mañana salimos de Fusagasugá en dirección al oeste atravesando la llanura que por todas partes se halla cubierta de grandes peñones erráticos; pasamos el Cuja, claro y bullicioso riachuelo, donde se bañan preferentemente los moradores de la población y de sus contornos, y empezamos luego a subir por la falda norte de un ramal de la cordillera, cuyo terreno, muy quebrado, es de greda y arena ferruginosa, y, como la llanura, se halla sembrado por todas partes de enormes peñas arrastradas por el ímpetu de las corrientes. A un lado y otro del camino dejamos multitud de chozas de aspecto miserable; pasamos varios arroyos o quebradas por rústicos y estrechos puentecillos; después otros dos riachuelos, que juntos toman el nombre de Los ríos, y a eso de las doce, después de atravesar muchos cerros, en gran parte cultivados, llegamos a un pueblecito llamado El Hato, de reciente fundación, compuesto de una veintena de cabañas agrupadas sin orden alrededor de una modesta capilla. El calor era tan intenso, que nuestras mulas iban fatigadas, jadeantes y cubiertas de un sudor

copioso. Esto, más que nuestra propia fatiga, nos obligó a descansar dos horas, durante las cuales nos sirvieron un buen almuerzo y cobramos fuerzas para seguir adelante.

Desde El Hato, sigue el camino por cuevas cada vez más escarpadas, y, conforme al absurdo sistema, establecido sin duda por los indígenas, de subir a las más altas cumbres, para descender a lo más profundo de los valles, en vez de faldear la montaña, para hacer más fácil la vía, desviándose un tanto de la fatal línea recta, erizada siempre de enormes dificultades.

A las cinco y media llegamos por fin a Pandi, llamado antiguamente Tumbía y Mercadillo, situado en una meseta a 997 metros sobre el nivel del mar y con una temperatura de 25°. Desde los cerros que dominan la población, pajiza y pequeña, pues apenas tendrá en todo su distrito unos 3.000 habitantes, se descubre un bellissimo panorama, que se extiende por una hermosa llanura llamada Mesa de limones, el valle de Melgar y las sabanas contiguas al Magdalena. Desde allí se ve también la rotura por donde se abrieron paso las aguas del lago superior de Sumapaz, que paulatinamente han ido excavando el profundísimo cauce de este modesto río.

El pueblo se halla por todas partes rodeado de enormes peñones, restos de la destrozada cordillera, en algunos de los cuales conmemoraron quizás los indígenas por medio de signos aquella catástrofe prodigiosa, como en otros lugares donde se verificó el mismo fenómeno.

Nos alojamos en la casa del Alcalde, y, gracias al profesor de instrucción primaria, tuvimos quien nos diera de comer en un modesto ranchito, donde hicimos nuestra cena, rodeados de una caterva de muchachos, que nos miraban con gran curiosidad, y cuyos nombres no pudieron menos de llamar mi atención, porque allí, más que en otras partes, se observa la manía de evocar los gloriosos recuerdos de Grecia y Roma, queriéndolos conservar, sin duda como parodia, en seres humildes, que forman un ridículo contraste con aquellos varones eminentes. Entre los muchachuelos descalzos

y casi desnudos abundaban los Césares, los Epaminondas, los Temístocles, los Alcibíades; y, cosa rara; aunque hubiera sido más natural, a ninguno de ellos se habían atrevido a imponer el nombre de Bruto.

MARTES 2 DE MAYO

Al levantarme, y mientras se disponían las mulas para bajar al puente, fui a visitar la iglesia, cuya estructura es sumamente original y única en cuanto he recorrido de Colombia; ocupa uno de los frentes de la plaza; es de mediana extensión y pajiza como casi todas las de los pueblos pequeños; compónese de tres naves, sostenidas por columnas de madera, consistentes en palos sin labrar y casi todos muy torcidos, viéndose desde el interior la techumbre formada de cañas y las paredes de un entramado de las mismas, mal cubierto por una ligera capa de barro. De sus tres naves, la central se eleva como unos ocho metros, al paso que las laterales sólo tienen la mitad de esta altura, y salen de la principal como dos grandes aletas. Desde el punto en que la parte superior de estas dos naves se une con la principal, hasta el alero de esta última, queda en la pared un espacio como de tres metros, donde se abren muchas ventanillas para dar luz al interior y se hallan dispuestas con tal arte, que no parece sino que el constructor del templo se propuso burlar todas las leyes de la simetría, haciéndolas todas desiguales unas de otras. El vestíbulo o pórtico que sirve de entrada y que está cerrado por una verja de palos sin labor alguna, es de una forma tan rústica y extravagante como el resto del templo; sobre la puerta principal hay dos ventanas superpuestas, y en el ángulo que cierra la armadura se ven pendientes de un grueso travesaño tres campanillas de exiguas proporciones, que sirven para convocar a los fieles. El adorno interior, las imágenes y los altares, están completamente en armonía con la totalidad del edificio.

A poco más de las ocho, y después de tomar un ligero desayuno, salimos del pueblo en dirección sureste por una senda estrecha y muy escabrosa; y, bajando una cuesta formada de grandes escarpas, pendientes hasta lo indecible y cubierta de piedras movedizas de diferentes tamaños, dejando a un lado y otro elevados cerros con escasa

vegetación y terreno en su mayor parte de arcilla y arena con mucho óxido de hierro, en cuya superficie sobresalen muchos peñones rodeados de cactus de diferentes especies, llegamos por fin al puente de Icononzo, objeto principal de nuestro viaje.

El Sumapaz corre allí de noreste a suroeste por un cauce sumamente estrecho, y de tal profundidad, que en algunos sitios no bajará de cien metros. Créese generalmente que la hendidura de la montaña ha sido producida por alguno de esos grandes cataclismos, que han dejado en las cordilleras huellas imborrables y verdaderamente portentosas; pero en vista de la formación geológica del terreno, es, a mi juicio, más probable la hipótesis de que el río haya ido paulatinamente profundizando su cauce, arrastrando en su corriente, sobre todo en las grandes crecidas, las capas deleznable de arena y greda, aún no acabadas de petrificar, según se advierte en las paredes laterales, cuyos estratos, si bien se corresponden en espesor, no sucede lo mismo con los ángulos que forman y que debieran también corresponderse, si la abertura de la montaña se hubiese verificado de una manera instantánea y violenta.

Cuando tuvo lugar la rotura de la gran barrera que contenía las aguas del profundísimo y extenso lago a que sirvió de lecho la planicie superior, los restos informes de la cordillera, arrebatados por las aguas, quedaron diseminados por todas partes en trozos de diferentes magnitudes y más o menos envueltos entre los materiales de aluvión que las corrientes arrastraban. El río empezó sin duda a abrirse paso por debajo de los peñones; y a medida que fue profundizando su cauce, fueron precipitándose en él los de menor tamaño, mientras que los de mayores dimensiones quedaron sostenidos por los bordes de estas mismas paredes. De este modo parece haberse formado el puente natural que visitamos en este día, o bien por un derrumbe, posterior a la abertura del cauce, en que, desprendidos aquellos enormes fragmentos de roca, no pudieron por su magnitud precipitarse hasta el fondo, y quedaron sujetos en forma de cuña entre las dos paredes verticales.

Entre estos grandes trozos, cuya magnitud y forma son diferentes, han quedado algunos intersticios o cuevas, por donde puede penetrarse, aunque con alguna

dificultad, para ver desde sus bordes el fondo del abismo. Esto hicimos nosotros: precedidos de nuestro guía, bajamos por una pendiente muy rápida hasta la gran roca que constituye la primera cuña o base principal del puente, penetrando a manera de reptiles por una grieta, que existe entre su parte superior y la inferior de otras rocas sobre ella amontonadas, hasta llegar a una abertura de mayor tamaño que hay hacia la parte del noreste, desde la cual se ve una gran parte del cauce hasta su fondo, lo que no puede conseguirse desde las piedras más elevadas, que, por estar cubiertas de una capa de tierra de bastante espesor tienen en sus bordes muchos vegetales que lo impiden.

La impresión que aquel espectáculo produce es de terror y espanto.

Desde nuestro observatorio arrojamos algunos cohetes y disparamos varios tiros que hicieron salir muchas de las aves nocturnas que habitan entre las escabrosidades de las rocas cubiertas de maleza, aves que se hallan en todos los sitios cavernosos y oscuros de estas regiones, y que se laman guácharos en algunas localidades, guapacóes en otras, y en otras chilladores, por el grito agudo y estridente que exhalan cuando se les inquieta.

Desde allí, mirando hacia el noreste se ve el río, que baja al parecer tranquilo y silencioso, tomando sus aguas por la oscuridad el color verde sombrío que le dan las paredes de su cauce, cubiertas en su parte inferior de una densa capa de musgo.

Al salir de la cueva, recorrimos en el lado opuesto una gran parte del cauce, por una estrecha cornisa formada en la piedra y sumamente peligrosa, hasta llegar a un ángulo saliente, donde la cornisa se acaba y empiezan los grandes derrumbes de un nuevo valle que se abre a la parte del suroeste. Desde allí tomé a la ligera una vista del puente y del profundo cauce del río.

Antes de despedirnos de aquel lugar, atravesamos el puentecillo, que artificialmente ha sido colocado sobre las piedras superiores, y sirve de comunicación entre ambas

orillas, perteneciente la del norte al Estado de Cundinamarca y al del Tolima la del sur por ser el Sumapaz la línea divisoria entre estos dos territorios de la República.

Por la tarde visitamos las piedras más notables de los alrededores de la población, entre las cuales hay dos particularmente que conservan pinturas de los indígenas, hechas con la tinta roja e indeleble que usaban donde quiera que existen estas señales, y que no pude menos de copiar por su misma importancia. En los alrededores de estas piedras crece una especie de cebolleta, que contiene una sustancia mucilaginosa, de que hacen mucho uso en el país, y que sustituye perfectamente a la goma mejor preparada, al engrudo y a la cola de sustancias animales.

MIÉRCOLES 3 DE MAYO

A las nueve de la mañana nos despedimos de las personas que con su trato afable nos habían hecho más grata nuestra breve permanencia en aquel lugar; llegamos al Hato poco después del mediodía, y a Fusagasugá a las cinco y media de la tarde.

JUEVES 4 DE MAYO

Salimos temprano para Soacha, con el objeto de completar en el camino la colección de musgos y helechos de aquella parte de la cordillera, colección que había empezado a formar en los días precedentes, y que son para mí un recuerdo interesantísimo de esta excursión, hecha a la ligera, por una de las regiones más encantadoras de este país tan lleno de maravillas. Las detenciones indispensables, para examinar las plantas que encontrábamos a nuestro paso, y una lluvia violenta, que nos sorprendió desde la mitad del camino, no nos permitieron llegar a Soacha hasta bien entrada la noche; pero volví contento, por haber podido satisfacer con tan variados y bellos espectáculos una de las aspiraciones más legítimas de todo viajero que recorre un país con el decidido propósito de estudiarlo.

VIERNES 5 DE MAYO

Aunque el tiempo continuaba lluvioso, determiné regresar a Bogotá, a donde llegué a las nueve de la mañana.

A mi llegada encontré entre mi correspondencia algunas cartas de Lima, con varios periódicos, donde me habían dedicado los siguientes versos:

AL POETA ESPAÑOL

D. J. M. GUTIÉRREZ DE ALBA

También yo, también yo, pobre coplero,
Si no añadido una flor a tu corona,
Presente con que el genio galardona,
Algún saludo te enviaré sincero.

Te conduce la paz por su sendero,
Y aquella oliva que a tus sienes dona
Enlazar a tus lauros ambiciona
La gloria que ve en ti su mensajero.

América, que brava combatía
Para legar ejemplos de heroísmo,
De España aborreció la tiranía.

Si a las dos separaba el despotismo,
Si entre ambas un abismo interponía,
Tú has cegado con perlas ese abismo.

Acisclo Villarán

(Del Nacional)

AL POETA ESPAÑOL
GUTIÉRREZ DE ALBA

Poeta, ven cuando te plazca! Lima
Vivaz anhelo de albergarte siente,
Cual hoy te alberga la dichosa gente
Que al pie del Tequendama oyó tu rima.

Cuantos el estro con su soplo anima,
Lleguen de Ocaso, lleguen del Oriente,
Sin dañarles su cuna diferente,
Hallaron en mi patria amor y estima.

Como las nueve del Parnaso griego,
Son hermanas las Musas donde quiera;
Pero la tuya es madre y soberana.

Y ambas se adoran con tan mutuo fuego,
Que al dejar de existir la Musa ibera,
No existe la Musa americana.

Constantino Carrasco
Octubre 31
(El Heraldo)

Mi contestación no debía hacerse esperar; y aunque ya me sentía algo indispuerto,
determiné escribirla, valiéndome de la misma forma que ellos habían empleado para
saludarme: esto es, la forma poética.

LUNES 8 DE MAYO

Concluyo y remito a su destino, publicándola al mismo tiempo en algunos periódicos de Bogotá, la composición a los poetas peruanos, que a continuación copio.

A LOS POETAS PERUANOS

Al través de la andina cordillera
Los ecos de los cisnes peruanos
Llegaron hasta mí; su dulce acento,
Que siempre al corazón muy grato fuera,
Hoy que de amantes, sinceros hermanos,
Vienen a revelarme el sentimiento
Con sublime hidalguía,
Se estremece de gozo el alma mía.

De la bella Colombia, hospitalaria,
Al pisar los umbrales,
El laúd de sus bardos cariñosos
Me recibió con ecos fraternales.
La antorcha funeraria
Que alumbraba recuerdos ominosos
De guerra fratricida,
Apagó sus funestos resplandores,
Y ante un soplo de amor quedó extinguida.

¡Santo poder de la fecunda idea
Que mi presencia entraña!
Luz que ante vuestros ojos centellea
Y os hace comprender lo que hoy desea
Madre amorosa, mi querida España.
No más discordias; el cendal tupido

Cayó de nuestros ojos.
A la profunda herida
El bálsamo apliquemos del olvido,
Y la saña iracunda
Huya del pecho noble y generoso.
De hoy más sea execrado y maldecido
El que vuelva a jactarse, rencoroso,
De haber clavado con inicua mano
El puñal en el pecho de su hermano.

¡Qué porvenir tan grande nos espera,
Si, unidos ante el mundo
Todos los hijos de la raza ibera,
Nuestras pasadas glorias recordando,
Desplegamos al viento
Nuestra altiva bandera
Con una aspiración y un pensamiento!

¡Que dicha, si en el suelo americano
El cóndor de los Andes
Su ala tendiendo sobre el león hispano,
Y en la Europa el cóndor, bien defendido
Por el león temido,
Pudiera ostentar su fortaleza!...
¿Quién osara oponerse a su grandeza?

En cambio, si apartados
Por quimeras pueriles,
Marchamos al azar, sin rumbo cierto,
Nuestros días quizás están contados,
Y los que fueron hasta ayer gigantes,

Aniquilados cual pigmeos viles
Será el nombre español palabra hueca,
Y nuestra raza torpe y suicida
De la tierra tal vez será barrida,
Cual barre el huracán la arista seca.

Mas no, mil veces no; la horrible lucha
Al amor fraternal cede el camino,
Cuando la voz del trovador se escucha
En medio del furioso torbellino,
El acento del arpa armoniosa
Arranca el hierro a la irritada mano,
Y la voz cariñosa
Que murmura a su oído: "ese es tu hermano",
Hace tender con plácida alegría
El brazo que ya a herir se disponía.

¡Noble y santa misión la del poeta!
Donde furiosas rugen las pasiones
Su dulce canto el vendaval aquieta;
Hiere los corazones,
Y heraldo del amor, eco del alma,
Infunde en ellos la tranquila calma.

Sacerdotes del bien, Dios nos ha dado
Un deber que cumplir sobre la tierra.
Habéis mi oscuro nombre pronunciado
Cual símbolo de paz y odio a la guerra.
Yo los vuestros pronuncio entusiasmado,
Y al grabar en mi mente

De vuestras rimas lo florido y bello,
Donde en cada renglón brilla un destello
Del genio creador y omnipotente,
Con tierna gratitud, los ojos fijos
En el terso papel que el llanto moja,
Gracias, Señor! exclamo: aún son los hijos
De Meléndez, de Herrera y de Rioja!

Después de nuestro abrazo,
Dado al través de la alta cordillera,
Ya no es posible desatar el lazo
Roto una vez por la discordia artera.
Vosotros la bandera peruana
Lleváis, yo la española;
Tomad la mía, que la vuestra ufana
Ya en mis manos tremola;
Juntos en este día
Cantemos a la paz y a la armonía,
y el amor solemnice nuestro canto
Del pueblo de Colón y el de Lepanto.

José María Gutiérrez de Alba.
Bogotá, 8 de Mayo de 1871.

SÁBADO 13 Y DOMINGO 14 DE MAYO

Despacho aunque con alguna dificultad mi correo para Europa.

Hace algunos días que me siento con fiebre, y he evitado, cuanto me ha sido posible, guardar cama.

Ya hoy no he podido más, y he tenido que llamar a un médico.

DEL LUNES 15 AL JUEVES 18 DE MAYO

La fiebre ha ido en aumento hasta el punto de ofrecer serios cuidados a mis amigos. Estos resuelven trasladarme al centro de la ciudad en una silla de manos, lo cual se ha verificado en este último día.

La casa del General Emigdio Briceño, a donde he sido trasladado, reúne todas las comodidades apetecibles. El, su señora y toda su estimable familia, se toman por mí tantos cuidados como si yo fuese un miembro de ella.

El acceso de fiebre ha sido hoy más violento que en los días anteriores. Ha sido necesario celebrar una junta de facultativos, que tendrá lugar mañana muy temprano.

VIERNES 19 DE MAYO

Los médicos opinan que el germen de mi enfermedad procede de mi permanencia en los Llanos, aunque ha tardado más de dos meses en desarrollarse. Resuelven administrarme la quinina en muy altas dosis, y el Dr. Vargas Reyes, uno de mis mejores amigos, queda de cabecera.

SÁBADO 20 DE MAYO

Con el nuevo plan he tenido un alivio notable. He tomado más de cien granos de quinina en veinticuatro horas. La fiebre disminuye y ha cesado por completo el delirio.

DEL DOMINGO 21 AL DOMINGO 28 DE MAYO

En estos ocho días la enfermedad desaparece y entro en el período de convalecencia.

DEL LUNES 29 DE MAYO AL MIÉRCOLES 14 DE JUNIO

La convalecencia es muy lenta, porque el mal ha sido muy grave.

Por consejo del facultativo me resuelvo a salir a tierra templada, donde creo que lograré reponerme pronto.

JUEVES 15 DE JUNIO

Salgo para Ubaque con mi escribiente y un solo criado. El camino ha sido penoso, porque aún me faltan fuerzas para resistir las fatigas de estos caminos; pero llego con felicidad y mis amigos me reciben con muestras de un interés vivísimo.

DEL VIERNES 16 AL VIERNES 30 DE JUNIO

La vida del campo y el descanso intelectual me han repuesto completamente. Me encuentro ya con fuerzas para emprender cualquiera otra expedición de estudio, y regreso a Bogotá para entregarme a mis tareas habituales.

A ruegos de mi amigo el Dr. D. Francisco de P. Torres, residente en Pueblo-viejo, casi a la mitad del camino, me decidí a pasar una noche en su casa, que fue para mí sumamente agradable.

La tarde de mi llegada la empleamos en recorrer una parte de sus campos, cultivados con gran esmero, y allí tuve ocasión de copiar algunos tipos de mujeres indígenas, consagradas como los hombres a las faenas campestres, y de recoger varios trozos de roca calcárea con incrustaciones fósiles en que abundan mucho aquellos terrenos.

DEL SÁBADO 1o. AL MIÉRCOLES 19 DE JULIO

Invitado por mi amigo D. Francisco Santamaría, para hacer una excursión a uno de los sitios más pintorescos del Estado del Tolima, donde se halla la famosa Cueva de Tuluní, que deseaba yo visitar como una de las curiosidades más importantes de este suelo, he trabajado con gran ahínco para poner al corriente mis apuntes, y hallarme en disposición de asistir con desembarazo a las fiestas populares que aquí se preparan y emprender luego mi viaje al Tolima.

Las fiestas proyectadas encuentran una grande oposición por parte de casi todos los periódicos y por muchas personas sensatas, que, no sólo las creen perjudiciales, bajo el punto de vista de los gastos superfluos que ocasionan a las familias, sino porque son la causa de muchos desórdenes y un germen de inmoralidad, cuyas consecuencias se hacen luego sentir por mucho tiempo.

Desde los primeros preparativos empiezan ya a notarse los síntomas del desarrollo de un lujo extremado e inconveniente, que contrasta de un modo lamentable con la miseria pública. La rivalidad del bello sexo introduce en el hogar serios disturbios, cuyos resultados son fáciles de concebir; y la fiesta en perspectiva puede decirse que constituye un paraíso para las mujeres, un purgatorio para muchos padres y un infierno para no pocos infelices maridos. En los almacenes y tiendas se venden con profusión las joyas, telas y adornos de precios más elevados, muchos de los cuales, si se exprimieran, después de usados en las fiestas, derramarían lágrimas y verterían sangre. Sin embargo, todo el mundo se dispone a divertirse y a ahogar sus penas en la embriaguez que produce la excitación artificial de ver a otros, que al parecer se divierten.

En la plaza principal se levantan cerca de las casas cuatro hileras de andamios, de tres pisos cada uno, destinados los del piso inferior para garitos de bebida y juego, cuando no de otras cosas peores; los centrales para las clases más acomodadas y los superiores para las gentes de mediana fortuna, y que, sin embargo, aspiran a hombrearse con la aristocracia del dinero, única que aquí se conoce.

La animación crece de día en día; los palcos principales alcanzan un precio fabuloso², y sin embargo son buscados con grande empeño y pagados con puntualidad antes de estar concluidos. Estos productos, que debían ser aprovechados por la Beneficencia, a cuyos establecimientos se destinan, van a parar, por error o cálculo, o por malicia premeditada, a poder de contratistas ambiciosos, que, aquí, como en todas partes, especulan con todo cuanto se presenta.

Una cosa sola sirve de contrapeso a tantos males, y hace perdonable hasta cierto punto la idea que a la fiesta popular preside: es la Exposición de los productos naturales e industriales que el gobierno de la nación ha dispuesto celebrar simultáneamente, la cual ha de contribuir a que muchas personas amantes del progreso de su patria, se consagren durante estos días a asuntos verdaderamente útiles y serios, y no se dejen arrastrar por el vértigo insensato que ha logrado invadir todos los cerebros más o menos vacíos.

En mi cualidad de observador, no he podido menos de adquirir un palco, para hacer desde él un detenido estudio de las fiestas que van a comenzar, a fin de poder ofrecer a mis lectores una idea de su conjunto.

En varios de los días anteriores a la apertura oficial de la Exposición, he visitado con detenimiento los salones, donde se van colocando los objetos que han de exhibirse. Los productos de la industria nacional son escasos y poco notables, tanto porque este pueblo ha gastado y gasta la mayor parte de sus fuerzas en estériles luchas políticas, cuanto porque la prensa, generalmente ocupada en debatir cuestiones personales, no ha dado a este acto toda la importancia que en sí tiene ni ha estimulado como debiera a las clases productoras que en el país existen.

Esta es la causa principal de que, aun en los mismos productos naturales, se echen de menos infinitos artículos de gran importancia de los que constituyen la riqueza actual,

² Algunos se llegaron a vender hasta a cien pesos fuertes; su cabida era de seis a nueve personas, colocadas en dos o tres filas, para lo cual había que llevar asientos.

o parecen destinados a hacer la prosperidad futura de los diferentes Estados a que pertenecen.

Notándose esta gran falta por muchas personas de verdadera ilustración y amor al progreso, que desean que la Exposición sea todo lo fructífera que debe ser y todo lo más completa posible, han determinado, de acuerdo con el gobierno, que la apertura en estos días sea como provisional y una especie de estímulo, tanto para los Estados como para los particulares; conviniendo todos en aplazar la exhibición definitiva para el mes de Marzo del año venidero, empleando los meses que hasta entonces faltan para hacer todo género de esfuerzos, a fin de que acto tan importante se verifique con las condiciones más ventajosas.

En este concepto, y deseando yo dar a mis lectores, bajo este punto de vista, la idea más completa posible de Colombia, he resuelto, accediendo a los deseos de los amigos que así me lo ruegan, aplazar para entonces la relación detallada de los productos expuestos.

Durante el día, se ve por todas partes aprestos para las fiestas que han de empezar mañana. Las modistas y costureras corren de una parte a otra con las galas más o menos ricas que llevan entre sus pliegues la felicidad, o por lo menos las esperanzas de la mujer que con ansia espera. Otros se ocupan de engalanar con telas más o menos vistosas y adornos de más o menos gusto el interior y el exterior de los palcos, donde las damas han de lucir sus atractivos.

La noche de mañana, destinada para un gran baile, es el foco donde convergen todos los pensamientos y todas las conversaciones, especialmente femeniles, de la sociedad culta. Varios jóvenes, de lo que aquí puede llamarse aristocracia, son los que organizan y costean la función y han tenido la bondad de invitarme. Aunque no soy gran devoto de Terpsícore, asistiré como simple curioso; pues la animación debe ser mucha, según los preparativos; y en una reunión escogida y numerosa, hay siempre ocupación agradable para todos los gustos.

Las fiestas han empezado esta noche por unos fuegos artificiales en la plaza principal, que no han tenido otro mérito que el de un episodio bárbaro y cruel, en que fueron a un tiempo víctimas y protagonistas algunos infelices perros, a cuyas colas amarraron petardos y cohetes, por el gusto, no menos bárbaro y sin gracia, de introducir en la concurrencia el desorden y el alboroto consiguientes.

Yo abandoné mi palco con los amigos que me acompañaban, al empezar tan desagradables escenas, y la función prosiguió, según me refirieron después, con el mismo carácter que había comenzado, teniendo por única concurrencia los guaches y las guarichas³ de Bogotá, y los indios de las cercanías, que con los muchachos callejeros, que aquí más que en ninguna otra parte abundan, daban los gritos más desaforados, armaban riñas y camorras por donde quiera, y formaban la armonía más en consonancia con aquel salvaje espectáculo.

El resto de la noche no fue más tranquilo para toda la población; pues los espectadores de la plaza, ebrios en su mayor parte, acabaron de divertirse, recorriendo las calles más céntricas con la misma feroz algazara, y sin que un agente de policía ni un representante de la autoridad se tomasen la molestia de impedir tan serios desmanes; porque aquí todo el mundo está autorizado para obrar como se le antoje, ensanchando la esfera de su libertad a expensas de la del vecino.

JUEVES 20 DE JULIO

Desde el amanecer de este día el pueblo vagaba por todas partes, ansioso de que llegase la hora de presenciar los dos grandes espectáculos que se esperaban: la apertura de la Exposición de productos nacionales y la revista, por el Presidente, de las tropas de la guarnición, que entre todas compondrían apenas un batallón escaso. La Exposición se abrió a las doce del día, en medio de empujones y atropellos que

³ Personas por lo general de vida no muy edificante, que en España se califican con el nombre de gente de rompe y rasga o gente perdida.

denotaban que aquellos ciudadanos estaban poseídos de la idea de igualdad absoluta de sus derechos a penetrar en el lugar, por lo cual sin duda pretendían entrar todos a un tiempo. Los discursos del Presidente de la Comisión y el de la República, fueron muy apropiados al acto, y hacían comprender que en los círculos más ilustrados del país se vislumbra ya el camino de llegar, por medio del progreso en las mejoras materiales, al estado de prosperidad reservado por el tiempo a estas feracísimas comarcas.

En la revista celebrada por la tarde se presentaron a caballo el Presidente y los altos dignatarios de la Nación, cuyo jefe pronunció un discurso exento de las vulgaridades obligadas en los años anteriores, al celebrar el aniversario de la independencia, acto político que tantos bienes ha acarreado a España, que libre ya de los cuidados de sus vastas colonias, ha podido atender al desarrollo de sus intereses peninsulares, dejando a sus hijas en absoluta posesión de una libertad, que, bajo muchos aspectos, les ha sido más perniciosa que benéfica.

Después del discurso, siguiéronse algunas salvas de fusilería en la misma plaza, literalmente llena de curiosos, donde milagrosamente no hubo que lamentar algunas desgracias.

Habíanse empeñado varios amigos en poner en escena una de mis obras dramáticas en alguno de los días subsiguientes a las fiestas, encargándose de su ejecución una compañía de aficionados. No he podido negarme a complacerlos, tanto más cuanto que los productos de la función debían destinarse a las casas de beneficencia. Esta noche hemos tenido el primer ensayo.

Concluido éste, me dirigí a mi hotel; me puse en traje conveniente para asistir al baile, que era de ceremonia, y a las doce me presenté en él, acompañado de algunos amigos. Los salones de la casa en que se verificó eran pequeños para contener la numerosa y escogida concurrencia que había acudido; así es que ni las señoras ni los caballeros podían lucir su habilidad coreográfica con el desahogo necesario, ni las mesas del

ambigü estuvieron abordables sino pasadas las primeras horas. Por lo demás, las salas estaban decoradas con gusto, aunque no lujosas; las señoras y señoritas estaban radiantes de hermosura, al par que los caballeros eran cumplidos y galantes, pudiéndose asegurar respecto a las primeras que muy rara vez se verán reunidas en un local tantas mujeres hermosas, porque Bogotá puede hacer gala de poseerlas en un número relativamente admirable.

El baile duró, según me dijeron después, hasta bien entrada la mañana, habiendo yo tenido la pena de retirarme temprano por una indisposición leve.

VIERNES 21 DE JULIO

La fiesta de este día empezó con el encierro de unos cuantos toros que por la tarde debían lidiarse, no conducidos entre cabestros o bueyes mansos, como se verifica en España, sino amarrado uno por las astas con varios rejos o cuerdas de cuero de que tiraban varios jinetes, llevando prendida esta cuerda en la perilla o arzón delantero de la montura, que forma una especie de cabeza sumamente sólida, y sólo en esto se diferencia de la silla llamada española. Tras de este toro iban los demás arreados a palos y a pedradas por una multitud inmensa, a caballo en su mayor parte, y provistos todos de sendos rejos de enlazar, por si algún toro se extraviaba.

Llegados a la plaza se encerró el ganado sin dificultad alguna, y soltaron sucesivamente dos de aquellos inofensivos animales, que fueron a su vez lidiados por la multitud, consistiendo la lidia sólo en algunas carreras sin orden ni concierto, y terminando con enlazar el animal por el cuello y las astas con un crecido número de rejos, arrastrándolo de este modo hasta el toril, donde volvían a encerrarlo. Salvo algunas caídas por atropello del toro o los caballos, a causa de hallarse la plaza literalmente llena de gente, no hubo lance alguno que merezca la pena de contarse.

Por la tarde volvió a repetirse la misma función, sin más diferencia que una especie de despejo, tal como antiguamente se verificaba en España; pero despejo inútil, porque a

los pocos minutos volvió a llenarse la plaza de jinetes y peones, para correr en tumulto, del mismo modo que lo habían hecho por la mañana, exhibiéndose algunos toros más, en los cuales la bravura no era la cualidad más sobresaliente. Baste decir que los soldados de centinela no tuvieron que abandonar sus puestos, aunque se hallaban dentro de la plaza.

Los toreros, que parecían serlo de profesión, a juzgar por el traje que de los de la multitud los diferenciaba, eran sólo cuatro, africano uno y los demás de raza indígena. Estos no hicieron otra cosa que correr casi toda la tarde a más o menos distancia del toro, casi siempre fugitivo, agitando en el aire un trapo de color colocado en un palo a guisa de bandera; y aunque intentaron más de una vez clavar al pobre toro una sola banderilla, no pudieron conseguirlo, por un exceso de prudencia, y al fin la guardaron para ocasión más oportuna.

Como en el año anterior en las fiestas de Zipaquirá, se verificó también hacia la mitad de la corrida la suerte de la buena montada, que no me detengo a describir porque ya lo he hecho en el lugar que conocen mis lectores.

SÁBADO 22 DE JULIO

La función de este día ha sido del mismo carácter que la del precedente, con la única diferencia de haber asistido al encierro algunas señoras y señoritas a caballo, la de haber elevado algunos globos de papel o mongolfieras, y la de ser los toros más mansos aún que los de la anterior corrida.

DEL DOMINGO 23 AL MIÉRCOLES 26 DE JULIO

Igual función que en los dos citados días amenizada con cucañas o varas de premio y fuegos artificiales durante la noche. En la del 25 hubo ejercicios acrobáticos públicos en medio de la plaza y en la tarde del 26 carreras de caballos en la misma, formando comparsas los jóvenes más notables de la población; los lechuguinos, como en España

se llamaban, y a que aquí dan el nombre de cachacos. Esta diversión ecuestre tuvo el mismo carácter que la que dejamos mencionada en Zipaquirá, por lo cual tampoco hay para qué describirla.

JUEVES 27 DE JULIO

Por ser éste el último día destinado a las fiestas, las cuadrillas ecuestres de la tarde fueron enteramente variadas, presentándose en ellas tipos caricaturescos de los diferentes Estados de la República, que divirtieron mucho a los concurrentes. Por lo demás, desde el primero al último día no dejaron de verse los excesos propios de este género de diversiones. El juego de envite y azar, en que la destreza de algunos servía para apoderarse del dinero de los incautos; la embriaguez como complemento de la diversión; la falta absoluta de respeto a las autoridades constituidas; riñas y alborotos, vapuleos, pedradas, cuchilladas y tiros, de que resultaron algunas víctimas, fue la atmósfera que se respiró por algunos días en la ciudad de Bogotá, llena de inmundicia más que de ordinario por la falta absoluta de policía urbana. Muchos días después, sólo se veían por las calles rostros macilentos y figuras escuálidas, como si toda la población hubiese tomado parte en la escandalosa y prolongada orgía que constituyó el alma de las fiestas.

DEL LUNES 31 DE JULIO AL DOMINGO 6 DE AGOSTO

He empleado estos días en hacer los preparativos necesarios para mi viaje al Tolima.

Casi todas las noches hemos ensayado mi drama Consolar al triste, que no se ha podido representar aún, por lo lluvioso del tiempo.

EXPEDICIÓN AL TOLIMA

LUNES 7 DE AGOSTO

Mi obra se había anunciado con bastante anticipación y con gran encomio por la prensa, y la representación debía verificarse en la noche del domingo 6. El día 2 recibí una carta de mi amigo D. Francisco Santamaría, diciéndome que el 4 sin falta me esperaba en el pueblo de La Mesa, a donde él iría directamente, sin pasar por Bogotá, desde su quinta de Nemocón, su habitual residencia, y que allí nos reuniríamos con su primo D. Rafael Chacón, dueño de la hacienda de Amoyá, donde habíamos de residir la mayor parte del tiempo que permaneciésemos en aquella parte del Tolima.

Tan pronto como recibí la carta, le contesté por medio de un propio que me era imposible salir de Bogotá antes del día 7, y que si él y su primo no podían demorar su partida por tenerlo ya todo preparado, les rogaba que caminasen lo más despacio posible, a fin de que forzando yo las jornadas, los pudiese alcanzar en El Guamo, distante poco más de 30 leguas. La contestación del Sr. Santamaría fue que su primo iba ya delante, y que, alcanzándolo o no, se detendría él en El Guamo hasta mi llegada.

El día 6 se hallaba todo dispuesto para la función teatral; pero habiendo llovido durante la tarde, y una gran parte de la noche, lo cual es aquí un impedimento absoluto para salir a la calle, especialmente las señoras, la función fue aplazada para el domingo siguiente, y yo me resolví a no demorar por más tiempo mi viaje.

Por mucho que quisimos madrugar, mientras se dispusieron las cargas y pudieron salir los criados con ellas, nos fue imposible montar a caballo hasta las diez de la mañana. A esa hora salimos de Bogotá mi escribiente y yo. Los muchachos iban delante.

Cansado de mis anteriores excursiones en mula y siendo uno de mis caballos de una fortaleza extraordinaria, me resolví a bajar en él a las tierras calientes, consultando

sólo mi propia comodidad, aunque es en extremo peligroso para los animales criados en tierra fría este cambio brusco de temperatura. Llevaba sin embargo de reserva la excelente mula en que monté durante mi viaje a los Llanos, animal sumamente ágil y vigoroso y que había dado ya en mi poder cuantas pruebas de bondad pueden exigirse de los de su especie.

En menos de tres horas llegamos a la Boca del monte, término de la altiplanicie por la parte del suroeste, y aunque ya habíamos pasado por el mismo lugar en distintas ocasiones, nos pareció ese día mucho más bello el panorama que desde allí se descubre, por hallarse la atmósfera más despejada que de ordinario, alcanzándose a divisar a la simple vista una gran parte del llano de la orilla izquierda del Magdalena, a más de veinte leguas de distancia.

A medida que íbamos bajando las escalonadas y empinadísimas líneas de cerros por cuyas gargantas se desciende sin cesar hasta el profundo valle de Tena, que ya en otra ocasión hemos descrito, sentía yo en mí un fenómeno muy general en cuantos por aquí viajan; este fenómeno es una especie de sordera acompañada de un zumbido de oídos muy intenso, que interrumpe completamente la audición y suele durar dos o tres horas, hasta que el órgano se acostumbra a la mayor presión que allí ejercen las capas atmosféricas.

A las dos de la tarde o poco más, llegamos al ranchito llamado El Tambo, donde comimos de prisa para acabar temprano nuestra jornada, sosteniendo durante toda ella una conversación no muy amena ni variada, con mi escribiente, sordo habitual, con el tono indispensable entre dos personas que con dificultad pueden entenderse.

Cuando llegamos a La Mesa, que eran las cinco y media de la tarde, mi sordera había felizmente desaparecido, pero no así la de mi amanuense, que es incurable y obliga a ejercitar los pulmones más de lo que quisiera cuando trabajamos al dictado.

Conocida ya de mis lectores esta población por mis apuntes precedentes, sólo diré que a nuestra llegada la encontramos en una situación lastimosa, por haber ocurrido dos días antes un incendio que en pocas horas devoró casi una tercera parte de las casas de la población, y entre ellas las que constituían uno de los frentes de la plaza principal, en su mayor parte pajizas.

Nosotros contemplamos aún las humeantes ruinas, entre las cuales circulaban con lágrimas en los ojos algunas víctimas de tan terrible siniestro, mientras que otros vecinos vigilaban para que de las mal apagadas cenizas no volviera a propagarse el incendio.

Desde nuestra habitación del hotel, contiguo a la plaza, sentimos durante toda la noche las voces de los celadores de las ruinas, ya pidiendo agua, ya denunciando la aparición de alguna chispa capaz de reproducir el siniestro. Estas voces, que no nos dejaban dormir con tranquilidad, eran exhaladas en tono lastimero por algunos de aquellos infelices, mientras que otros imitaban el prolongado "¡alerta!" de los centinelas de un campamento, repetido sin cesar por los nocturnos ecos de las vecinas montañas.

MARTES 8 DE AGOSTO

Como el viaje iba a ser largo y penoso, comprendí la necesidad de dividir la carga de mi equipaje en dos, para hacerla más llevadera; y siendo en este país un inconveniente muy grave el tener que valerse de mulas de alquiler para los transportes, tanto por lo subido del precio (porque los alquiladores explotan la necesidad del viajero sin piedad ni misericordia), cuanto por la mala condición de los animales destinados a este tráfico, siendo el medio mejor comprar una mula, donde se necesite, para venderla cuando ya no hace falta, di el encargo de compra a un amigo que accidentalmente se hallaba en la población, el cual me buscó entre sus conocidos, y mediante un precio no exagerado, un animal de las condiciones indispensables para el servicio que debía prestar en aquellas comarcas de fuego.

A las once y media de la mañana salimos de La Mesa con un calor insoportable; pero no era posible detenernos sin perjudicar al amigo que más adelante nos esperaba.

Mi pobre caballo, no acostumbrado a aquellos calores, se fatigaba más que de ordinario; y aunque cubierto de un sudor copioso, conservaba sus bríos y me costaba trabajo hacerlo caminar al paso de las mulas, por lo cual me resolví a dejar atrás las cargas, y seguir adelante con mi escribiente hasta las Juntas de Apulo, que debía ser el término de nuestra jornada.

Cuando pasamos por Anapoima eran las dos de la tarde; el sol lanzaba sus ardorosos rayos sobre los pajizos techos de la población, cuyas calles se hallaban completamente desiertas, y por donde quiera que se dirigía la vista, la reverberación era tal, cual si por todas partes nos hallásemos rodeados de una inmensa hoguera.

Ya a punto de anochecer llegamos al borde de la meseta que en forma de ángulo avanza entre las cuencas del Bogotá y del Apulo. Desde su borde superior contemplamos, aunque algo velados por la penumbra del crepúsculo, los bellos paisajes que se extienden por las riberas de ambos ríos. Bajamos de noche la pedregosa cuesta; atravesamos el puente que ya conocen mis lectores y fuimos a hospedarnos a una venta pajiza situada a pocos pasos del punto donde se verifica la confluencia, en un sitio muy pintoresco y agradable, sombreado por ceibas, dindes y otros árboles de espesa copa y elevación gigantesca.

Dos horas después que nosotros, llegaron nuestras cargas con los peones; sirviéronnos una comida no del todo desagradable, y, suspendidas nuestras hamacas, nos entregamos al reposo, arrullados por el blando murmullo del Bogotá, que parece lamentarse de la falta de limpieza y pulcritud de su ennegrecido y turbulento confluente.

MIÉRCOLES 9 DE AGOSTO

Nos levantamos lo más temprano posible, con ánimo de salir antes que el sol nos molestase demasiado; pero los preparativos que hay que hacer diariamente, cuando se viaja en la forma en que nosotros lo hacíamos, son de tal naturaleza, y los criados lo hacen todo con una lentitud tan propia del carácter indio, que en vano se procura estimularlos, y las jornadas se empiezan siempre mucho más tarde de lo que el viajero se propone.

Llegamos al pueblo de Tocaima a las once y media, deteniéndonos sólo para almorzar y entregar una carta de recomendación que uno de mis amigos, el Dr. Medardo Rivas, director de la imprenta de la Nación, me había dado en Bogotá para un caballero amigo suyo residente en Tocaima, por si necesitaba alguno de esos servicios, que cuando menos se piensa hay que utilizar en un viaje. El caballero D. J. Antonio Umaña, anciano casi ciego, y persona distinguida y de modales corteses y afectuosos, me recibió rodeado de su familia; me ofreció cuantos servicios pudiera prestarme, y se lamentó mucho de no poderme acompañar una jornada siquiera, por no permitírsele el estado de su vista. Le di las gracias, sin aceptar ninguno de sus ofrecimientos, y continuamos nuestra jornada hacia el pueblo de Girardot, al que llegamos bien entrada la noche. Antes de llegar, se presentó ante mis ojos uno de esos espectáculos de gran novedad para mí y de sorprendente belleza: era el incendio de algunos bosques en las montañas, a cuyo pie corre el Magdalena. Los árboles corpulentos habían sido abatidos por el hacha, para destinar el terreno al cultivo, y el fuego se encargaba de convertir en fecundante abono los despojos de aquellos árboles seculares. La noche era muy oscura y los montes, iluminados por la rojiza luz del incendio, destacaban sus perfiles con indecisión entre las espesas nubes de humo, formando un paisaje de tan fantásticas formas, que es más fácil de ser comprendido que descrito.

JUEVES 10 DE AGOSTO

A las diez de la mañana salimos de Girardot; pasamos como la primera vez en canoas el río Magdalena, con las caballerías a nado, y a las once continuamos nuestro camino por la extensa llanura de su orilla izquierda, pasando por el Espinal a las dos de la tarde, y llegando al Guamo a las cinco, abrasados por los ardientes rayos del sol de los trópicos.

Allí nos esperaba desde el día anterior el Sr. Santamaría con dos amigos suyos, D. Pablo Santos y su hijo D. Francisco, que iban convidados como nosotros, y debían permanecer en nuestra compañía, auxiliando al Sr. Chacón en los quehaceres que le llevaban a su hacienda. Este señor iba delante con algunos de sus criados, no habiéndole permitido detenerse una urgencia perentoria.

Durante la noche fui a visitar a mi amigo D. Juan Francisco Ortiz, que se hallaba enfermo de una pierna, y no podía salir de su casa. Pocas veces he sufrido una impresión tan dolorosa como la que me proporcionó esta visita. El Sr. Ortiz, filósofo y poeta, después de haber disfrutado una posición desahogada y cómoda, se halla hoy reducido a un extremo de pobreza tal, que es verdaderamente lastimosa. Servíale de habitación, y en ella me recibió a mi llegada, un estrecho y miserable rancho pajizo con el pavimento de tierra, las paredes casi sin blanquear y el techo lleno de aberturas. Aquel hombre, verdaderamente notable por su laboriosidad y por su talento, se hallaba tendido sobre una cuja, especie de catre formado de cuatro palos y un cuero de res sin curtir; tenía a uno de sus lados una mesa tosca y al otro un banco, ambos llenos de periódicos, libros y manuscritos, y a los pies un baúl bastante deteriorado, sobre el cual ardía, pegada a una piedra que le servía de candelero, una vela de sebo, cuyo grueso pabilo carbonizado apenas le dejaba alumbrar la estancia.

A mi llegada se incorporó, recibíendome con una jovialidad envidiable, y sentándome a su lado en un taburete muy en armonía con el resto del mueblaje, permanecimos conversando por más de dos horas sobre asuntos literarios, y leyéndome él algunas de sus últimas composiciones, cuyo tono festivo apenas puede comprenderse, hallándose el autor en situación tan deplorable. Retiréme de allí para ir a descansar a mi hotel,

después de ofrecerle otra visita para el día siguiente, lo cual me agradeció sobre manera.

Mi permanencia en aquel lugar tan miserable me había impresionado de un modo tan profundo, que tardé muchas horas en poder conciliar el sueño, no sabiendo qué admirar más, si la asombrosa resignación de aquel hombre, o la indiferencia de sus conciudadanos por la menguada suerte de uno de sus escritores más distinguidos.

VIERNES 11 DE AGOSTO

Resuelto a descansar un día en el Guamo, me levanté muy de mañana, tomé un baño en las cristalinas y confortables aguas del río Luisa y fui luego a entregar una carta de recomendación de mi amigo D. Lázaro Ma. Pérez al gobernador o Presidente del Estado, D. J. Uldarico Leiva, y no hallándolo en casa se la entregué a una persona de su familia. A eso del mediodía el Sr. Leiva llegó a mi hotel a visitarme con algunos de los principales Magistrados y personas más notables de la población, haciéndome toda clase de ofrecimientos. Más tarde recibí otra visita de un médico filósofo, que por sus excentricidades, aún más que por su talento, es una verdadera notabilidad, y que a la sazón se hallaba retirado en el Guamo escribiendo una obra sobre la curación de la elefantiasis, especialidad a que ha consagrado la mayor parte de sus escritos. El Dr. D. Ricardo de la Parra, que tal es su nombre, se ha dado desde su juventud a la lectura de los filósofos alemanes; es frenólogo acérrimo, gran aficionado al mesmerismo, y espiritista tan obcecado, que hace su evangelio de las obras de Allan Kardec; tiene conferencias frecuentes con los espíritus de los hombres más grandes que ha producido la humanidad; recuerda algunas de sus anteriores encarnaciones y sabe entre otras cosas que Palisí, Cervantes y Mozart habitan hoy en el planeta Saturno, tienen su habitación muy próxima y viven como buenos amigos.

El bueno del Dr. Parra, a quien yo no había tenido ocasión de conocer personalmente hasta entonces, a pesar de que poco después de mi llegada a Bogotá me obsequió dedicándome en un folletito varias de sus poesías, para mí incomprensibles, me hizo

pasar tres horas deliciosas, en las cuales, sin dejarme tomar un solo instante la palabra, pronunció con tono enfático el más gracioso y heterogéneo discurso que he escuchado y pienso escuchar en todos los días de mi vida. Mezclando sus propias opiniones con las teorías de Kant y de Hegel, de Pitágoras y de Platón, de Mahoma y de Jesucristo, el Dr. Parra habló de todas las cosas y algunas más, ya en tono inspirado y con el tecnicismo de la escuela hegeliana, ya en frases humildes y con el acento y pronunciación particular de la raza chibcha.

¿Qué cosa es este hombre particular, me preguntaba yo, cuando lo vi alejarse de mí con el sombrero en una mano y pasándose la otra por su frente casi tan calva como la mía?

Aún no me he podido dar la respuesta; pero por si alguno de mis lectores se hallare más que yo en el caso de descifrar este enigma viviente, traslado a continuación una de las poesías que por él me fueron dedicadas, en la cual es posible que se encuentre la clave que he tratado de hallar inútilmente

ÉFETA

Exhala tu aura en mí! Tú, la intuición,
Vierte tu soplo en mi alma, que así veo
Un mundo más allá, nueva creación!
Hay un germen en mí que es un proteo
La llama que robara Prometeo,
Crisálida de eterna evolución!

Fuertes potencias, alas esplendentes,
Las profecías del hondo porvenir,
Raptos creadores, génesis ardientes,
Vuelos apocalípticos, fulgentes,
Otra alma que en el mundo va a surgir.

Tú das del pensamiento la virtud:
Ese poder de crear que el hombre inciensa,
Esa celeste inspiración del laúd;
Creación audaz que sólo amor dispensa,
Genio que da el amor en beatitud!

Poesía es revelación, es voz creadora
Imagen y alma y pensamiento fuerte,
Música y flor y tintes de otra aurora
Que triunfa del destino y de la muerte!

La imagen es la idea, la idea encendida
A los rayos de un sol que le da vida:
El sol del Pensamiento en onda hirviente!
La imagen es la Idea que reverbera,
Que iluminada y fuerte y más ligera
Salta en relieve al fondo de la mente!

Y dando al pensamiento cuerpo y forma,
Y fibra y sangre y fuego y vida y norma,
En elíptica frase va chispeando;
Habla al tacto, y al ojo y al oído,
Y derrama su lampo y su sonido,
En ondas que la mente da soñando!

¿Y el alma?... el sentimiento sacrosanto?
Es lágrima, es dolor, es furia, es llanto;
¡Es el cielo con Dios y es el abismo!
Es el cielo donde entro siempre al verte,
El infierno en que rujo al no poseerte,

La apoteosis y estigma de mí mismo!

Esa es la trinidad del Genio augusto:
Imagen y alma y pensamiento justo.
Eso es el numen alto, esa es la Idea.
La Idea es creación y luz y omnipotencia
Confidente de Dios, que da la ciencia
Y el orbe sometiendo se recrea!

Por eso tu mirada en mí condensa
Numen y luz y eterna juventud;
Tu sonrisa me da la fuerza inmensa,
Tu faz irradia inspiración, salud,
Y a tu lado mi frente hierve y piensa!

Más todo eso, ¡oh luz de amor!
Todo eso en mí se duerme y no palpita
Sino a tu lado al fuego abrasador.
Ese idealismo que a la gloria invita
Pide tu soplo virginal, creador.
¡Grita el Éfeta tú, y en mí suscita,
Despierta de mi seno y resucita
Ese mundo infinito con tu amor!
1.857

En esta poesía se hallan, como habrán visto mis lectores, ideas elevadas, arranques de sentimiento, destellos de luz; todo lo cual, si hubiera podido salir ordenado y con método de la pluma del poeta, inspirada por una imaginación calenturienta; y llena de imágenes confusas y en embrión la mayor parte de ellas; y si por otra parte hubiera ajustado sus "conceptos" a una versificación menos defectuosa, su composición, que es sin duda la menos extravagante de las cinco con que me honró al dedicármelas,

hubiera podido pasar entre otras muchas, dando a su autor, si no un privilegiado, lugar en el Parnaso colombiano, por lo menos un puesto honroso entre sus poetas modestos.

El hombre, por otra parte, es digno de la mayor estimación, como profesor estudioso y entendido en las ciencias médicas, a que se ha consagrado; y en honradez, bondad y otras elevadas prendas de carácter, ha dado repetidas pruebas de hallarse a una grande altura, razón por la cual ha merecido y merece la general estimación de sus conciudadanos, muchos de los cuales ven en él un portento de sabiduría, por lo mismo que no lo entienden.

Por la tarde he vuelto a visitar a mi pobre amigo D. Juan Francisco Ortiz, y he vuelto a llenarme de admiración, al ver la fecundidad de su musa, no abatida por la desgracia, ni humillada por la miseria. Hemos pasado juntos algunas horas, leyéndome él algunas de sus delicadas y chispeantes poesías, que trata de publicar muy pronto, y yo escuchándolas con un placer mezclado de tristeza, cual si escuchase los acentos del cisne herido y moribundo a orillas de un lago turbio y cenagoso.

Me despedí del pobre cantor casi arrasados los ojos de lágrimas, porque a la mañana siguiente debíamos salir muy temprano, según convenio hecho con un individuo de la población, que debía servirnos de guía hasta pasar el vado de un río próximo, que, por lo variable de su cauce, ofrece algún peligro al que no tiene la suficiente práctica para conocer dónde se halla el paso.

SÁBADO 12 DE AGOSTO

A las seis de la mañana estábamos ya en camino, precedidos de nuestro guía, hombre de campo, tanto o más taciturno que mi escribiente, y a quien era imposible arrancar otra contestación que monosílabos a todas nuestras preguntas.

El terreno por donde caminábamos era una llanura bastante uniforme formada de capas de aluvión alternadas de arena gredosa y piedras rodadas, cuyo tamaño era mucho mayor en las inferiores, según se observaba en los barrancos del lecho de los arroyos.

Las diez y media serían cuando llegamos a las orillas del Cucuana, que es el río a que antes nos hemos referido, y cuya rápida, cristalina y caudalosa corriente se dirige de oeste a este sobre un lecho enteramente pedregoso, perdiéndose como a una legua de allí en el tumultuoso Saldaña.

Pasado el río, despedimos al práctico a quien ya no necesitábamos; hicimos un frugal almuerzo en un rancho situado a la margen derecha del Cucuana, sobre una colinita en que se elevan algunos árboles corpulentos a cuya sombra descansaron nuestros peones y cabalgaduras, mientras nosotros hacíamos otro tanto bajo el pajizo techo que con la mejor voluntad y agrado se nos había ofrecido.

Pasadas las horas de más calor, continuamos nuestra marcha en dirección al S. Llegando, cuando ya la tarde declinaba, a las orillas de un modesto riachuelo llamado Ortega, por el pueblecito a cuyo lado pasa, y que se veía hacia el occidente, medio oculto entre las colinas, que por aquella parte forman los primeros estribos de la cordillera central. Cerca del pueblo se ofreció también a nuestra vista un espectáculo sorprendente y que constituye una de las curiosidades geológicas más notables de la región que atravesábamos: eran los cerritos de Ortega, nombre que se les da en todo el país, en extremo aficionado al uso de los diminutivos. Los tales cerritos, que son varios, algo distantes entre sí y se hallan situados en línea norte sur, paralela a la cordillera próxima, no tendrán menos de cincuenta a sesenta metros de elevación, según el cálculo que puede formarse a la distancia de tres o cuatro kilómetros a que de ellos nos hallábamos; tienen la forma de una pirámide truncada, cuya base es por lo menos igual a su elevación; están formados de capas superpuestas de piedra arenisca de color rojizo y amarillento; contienen sólo algunos arbustos y gramíneas en su parte superior y en los detritus que rodean su base, y parecen como la osamenta de una

cordillera inferior, cuya parte más deleznable ha sido arrastrada por grandes corrientes.

Colocado a la orilla derecha del Ortega tomé un ligero apunte de aquel bellissimo paisaje. En su primer término, a la izquierda, se levantaba un espeso bosquecillo de palmas reales, cuyos troncos ennegrecidos contrastaban con el verde claro de sus elegantes y esbeltas copas, agitadas suavemente por la brisa de la tarde.

Nuestro primer propósito había sido el de pasar aquella noche en Ortega, donde mis compañeros tenían algunas relaciones de amistad, y podíamos prometernos menos incómodo hospedaje; pero como a la sazón una epidemia variolosa hiciese horribles estragos en el pueblo y los alrededores, tomamos la determinación de seguir adelante, aunque la noche nos envolvía ya entre sus sombras, y como a una legua de allí pedimos hospitalidad en un rancho llamado La Ventana, después de informarnos de que no existía en él ningún enfermo de viruela. Allí pasamos una noche en extremo incómoda, por lo estrecho del local, el calor sofocante y los insectos que no dejaron de molestarnos. Después supimos que en un rancho muy próximo habían fallecido en aquella misma noche dos individuos atacados de la epidemia.

DOMINGO 13 DE AGOSTO

Tomamos al amanecer un frugal desayuno, concluido el cual, continuamos nuestra marcha.

A poca distancia de allí penetramos en un vallecito llamado de Taquima, por un arroyuelo que lo riega, valle estrecho, encajonado entre dos colinas pedregosas, cuyas faldas carcomidas por las corrientes ostentaban los desnudos y rojizos estratos de su formación primitiva, y al cual daban un aspecto agreste y melancólico, al par que la desnudez absoluta de una gran parte de sus terrenos, algunas palmeras solitarias, que apenas bastaban a destruir la triste monotonía del paisaje. Allí vimos por segunda vez el precioso árbol llamado vulgarmente chicalá, cubierto de grandes racimos de flores

doradas, y otro llamado gualanday de flores de color violeta, los cuales se destacaban sobre el fondo oscuro de las rocas, que quedaban hacia el oriente, haciendo resaltar más el desolado aspecto del valle, en cuyo fondo se levantaban.

Después de pasar aquel riachuelo, atravesamos otros dos llamados el Peralonso y el Tetuán, que, como lo indican sus nombres, fueron bautizados en los tiempos de la conquista. El terreno por allí empieza ya a presentar ondulaciones notables; se encuentran de cuando en cuando algunos trozos de lava, más o menos descompuesta, vestigios de las remotas erupciones del hoy apagado volcán del Tolima, y una capa de piedras o arenas, casi estéril, cubre una gran extensión de aquellas inmensas soledades, donde se levanta de cuando en cuando algún pobre ranchito, cerca del estrecho valle cubierto de gramíneas, cuyo fondo riega algún pequeño arroyuelo, y cuya corriente dura apenas lo que la estación de las lluvias.

En uno de estos ranchos nos detuvimos a almorzar, y en él fuimos recibidos de una manera franca y cariñosa por la familia que lo habitaba. A eso de las cuatro de la tarde atravesamos una pradera cubierta de elevados pajonales, que ardían con una rapidez maravillosa, envolviendo entre las llamas los troncos de las palmeras, cuyas hojas producían al quemarse enormes chasquidos, sin que el fuego lograra destruir más que la superficie del tronco, conservando el árbol toda su fuerza vegetativa. Después de cruzar la pradera, envueltos entre nubes de humo, y alcanzándonos a veces la llama, súbitamente levantada por el viento entre las humeantes cenizas, llegamos al pie de una cuesta en extremo pendiente y cubierta de grandes piedras rodadas, en su mayor parte movedizas, por donde el camino se dirige en zigzag hasta la gran meseta, cuya parte occidental ocupa el pueblo de El Chaparral, situado al pie del célebre y empinado cerro de Calarma. Sobre esta meseta se halla también entre otras propiedades de gran extensión, y casi en su totalidad incultas, la hacienda de D. Jesús Rojas, con caserío desahogado, extenso y limpio, aunque cubierto de pajizo techo, en el cual recibimos una hospitalidad muy afectuosa, tanto porque el Sr. Rojas administra los bienes del Sr. Chacón en aquella comarca, cuanto por su carácter franco, servicial y

benévolo. Allí pasamos una agradable noche, después de una cena abundante y perfectamente servida.

LUNES 14 DE AGOSTO

A las siete de la mañana salimos en compañía del Sr. Rojas y dos de sus criados para la hacienda del Sr. Chacón, situada a orillas del Amoyá, cuyo nombre lleva. Para bajar a la planicie, donde corre el río, descendimos por una cuesta no menos pendiente, pero sí menos pedregosa, que la que en el día anterior habíamos tenido que subir por el lado opuesto de la meseta. Desde ella divisamos el fértil valle del Amoyá, cuyas orillas están cubiertas de elevados árboles y sus aguas tumultuosas corren de sureste a noroeste, reuniéndose con el Saldaña a unos tres kilómetros del punto en que nos hallábamos. Una hora después de nuestra salida llegamos a la hacienda donde quedamos cómodamente instalados.

El dueño de la casa se hallaba en el Chaparral desde el día anterior, y no nos esperaba hasta el siguiente, pero esto no fue obstáculo para que se nos prestase todos los servicios posibles, poniéndose desde luego a nuestra disposición cuanto había allí de su dependencia.

El caserío, aunque cubierto de paja, tiene bastantes comodidades; se halla situado a unos 200 metros de la orilla izquierda del río, y a su alrededor se extienden espaciosas y fértiles praderas, donde se alimentan muchos ganados.

Como la temperatura es elevadísima, esto es, de 32° centígrados, por término medio, a las doce del día y a la sombra, sentimos como una de las primeras necesidades la de tomar un baño en la cercana corriente. Hecho esto, nos volvimos a la casa a almorzar y a tendernos en nuestras hamacas, única cosa que era posible hacer, a lo menos por aquel día, después del cansancio de nuestro viaje.

MARTES 15 DE AGOSTO

Sabida por el Sr. Chacón nuestra llegada, apresuró su regreso de El Chaparral y pronto se encontró a nuestro lado. Yo no le conocía personalmente, pero me habían dado muchas noticias sobre su carácter y la desgracia horrible bajo cuyo peso se hallaba. En efecto, el Sr. Chacón había perdido la vista algunos años antes; había buscado inútilmente remedio a su enfermedad en diferentes puntos de Europa y América, y no habiendo podido conseguirlo, se había conformado con su suerte; pero llevando con tal resignación su desgracia, que sólo se comprende en un hombre de superior elevación de espíritu y de una fe religiosa tan absoluta como incontrastable. El Sr. Chacón es joven todavía; su carácter es dulce, agradable y franco; y su actividad tal, que aun estando ciego, no deja de hacer viajes frecuentes a sus haciendas y en ellas camina a pie muchas horas por hacer ejercicio, ya del brazo de algún amigo, ya del de algún criado de confianza. Estas cualidades reunidas en un hombre atraen hacia él en poco tiempo el cariño de las personas que lo tratan; así es que yo a los dos días de conocerlo y de conversar con él íntimamente, puedo decir que lo miraba como a un amigo, no del día anterior, sino de larga fecha.

DEL MIÉRCOLES 16 AL VIERNES 18 DE AGOSTO

Estos tres días los he empleado en hacer algunas cortas excursiones a diferentes puntos no muy distantes, tomando durante ellas en mi álbum de dibujos varios apuntes, entre ellos una vista de la casa y sus cercanías, otra de la confluencia del Amoyá con el Saldaña, cerca de la cual hay abundantísimas minas de oro corrido, y sacando algunas copias de animales y flores que por aquí existen en prodigiosa abundancia.

SÁBADO 19 DE AGOSTO

Para cumplir como católicos con la fiesta del domingo, cuantas personas residen habitual o temporalmente en los caseríos de campo a dos y aún más leguas de distancia del Chaparral, se dirigen los sábados en la tarde hacia el pueblo,

constituyendo aquel viaje una especie de romería semanal y un agradable paréntesis en la vida laboriosa de las familias. Y como el domingo es también el día de mercado, la excursión se hace doblemente necesaria para proveerse de ciertos artículos que sólo en ese día se encuentran.

Nosotros montamos también con el indicado objeto, serían las cuatro de la tarde, calculando que, aun yendo a buen paso, no llegaríamos al Chaparral antes de que cerrase la noche.

El camino, que desde la hacienda se dirige al pueblo, entra, después de atravesar un llano, en una serie de colinas muy pedregosas, y en parte desgarradas por las corrientes, que, escalonándose, terminan por último en la extensa meseta en cuya parte occidental se halla situada la población que le ha dado nombre. La mesa del Chaparral, cuya superficie quizás excede de cien kilómetros cuadrados, tiene su mayor extensión de este a oeste, hacia cuya parte se inclina también en un descenso lo suficientemente pronunciado para que se note a la simple vista.

A poco de salir de la hacienda de Amoyá, pasamos un arroyo llamado del Neme, nombre que dan aquí a la sustancia bituminosa que en estado pastoso brota de las minas de asfalto y petróleo, una de las cuales, y por cierto abundantísima, se halla en los terrenos del Sr. Chacón, próxima a la hacienda y al indicado arroyuelo, cuyas aguas se ven cubiertas en grande extensión de una densa capa oleaginosa, producto de la expresada mina.

El lugar donde el betún fluye con más abundancia es la falda noroeste de un cerro de escasa elevación, formado de terreno arenisco-arcilloso con muchos fragmentos de piedra, que por todas partes cubren la superficie y hacen el terreno casi infecundo.

El betún brota de entre las peñas en un estado semilíquido. A poco de hallarse en contacto con el aire atmosférico, se condensa mucho más, hasta el punto de poderse andar a pie y a caballo sobre la corteza que va formándose, en la cual sin embargo

queda siempre la huella impresa, cual si fuera en un plano de cera blanda. Pero a veces este paso suele ser peligroso, especialmente para los animales flacos y de poco vigor o de corta edad, que careciendo de fuerzas para desprenderse y pasar con rapidez, van atollándose poco a poco, y por último quedan presos como moscas en la miel, caen desfallecidos y mueren, si el hombre no los socorre. Esto sucede particularmente en las horas de más calor, en que la superficie se halla más reblandecida y pegajosa.

Tan pronto como la industria tome aquí el vuelo de que es susceptible, facilitándose la importación y exportación de ciertos artículos por medio de vías fáciles, de que el país carece absolutamente, la mina del Sr. Chacón, hábilmente explotada, puede ser de grandísimos rendimientos.

Los terrenos de aluviones auríferos son allí tan abundantes, que las gentes del pueblo recogen oro con facilidad, sin aparatos de ningún género; y aún hay muchas familias que viven de esta industria, y encuentran a veces el metal en gran abundancia, con solo recorrer los cauces que accidentalmente van formando las lluvias.

Cuando íbamos subiendo a la gran meseta, se nos incorporó uno de estos buscadores de oro, notable en el país por su habilidad y su fortuna, con la cual adquirió más de una vez riquezas en abundancia, que malgastó con la misma facilidad que las había adquirido. A la sazón iba vestido de una manera pobre y miserable, descalzo de pie y pierna y montado en un mal rocín, al que difícilmente podía hacer caminar a nuestro paso. Llamábase el tal D. Felipe Castilla: era hombre de 60 años por lo menos; dejaba conocer en su manera de expresarse haber recibido una educación nada vulgar, y entre ciertas gentes podía pasar muy bien por un hombre ilustrado. Su locuacidad extrema le hizo entablar conversación sucesivamente con cuantas personas componían nuestra comitiva; refirióme las minas que había explotado; las riquezas de que por ellas había sido dueño; la facilidad e indiferencia con que las había derrochado, sin pensar nunca en el día de mañana; y que los años escasos de lluvia lo tenían reducido a la pobreza, porque ellas eran su colaborador más importante y el principal medio de que se valía para hallar el metal codiciado.

Ya cerca de la población, nos desviamos algunos pasos del camino para visitar unos hermosos árboles que desde lejos se veían cubiertos de una capa color de violeta en que dominaban las tintas azules y cuyas copas elegantes y de formas simétricas se destacaban primorosamente entre el verde follaje de los higuerones y otros árboles que los rodeaban. Eran estos árboles preciosos los conocidos en el país con el nombre de gualanday, cuyas flores unipétalas y de cinco a seis centímetros de longitud, formaban grandes y vistosos racimos que cubren enteramente las ramas y las hojas, que son palmeadas. Estas flores no sólo despiden un aroma agradable, sino que tienen varias aplicaciones en medicina, haciéndose con ella un jarabe especial para la curación de toda clase de llagas o úlceras y con especial aplicación a las enfermedades sifilíticas en cualquiera de sus formas.

Cuando empezaba a anochecer, divisamos el pueblo a corta distancia, situado como ya hemos dicho en el extremo occidental de la meseta, que por aquella parte se halla rodeada de cerros elevadísimos, avanzando más que todos ellos uno llamado Calarma, teatro, en tiempos de la conquista, de los heroicos y constantes esfuerzos que hacían las tribus de los pijaos para rechazar la invasión, no menos tenaz y heroica, de los españoles. Un poco más lejos, hacia la parte del noreste se ve el extenso valle de Santo Domingo, donde se halla la difícil y escabrosa senda que conduce a las feracísimas regiones del Cauca; al suroeste el gran nevado del Huila, donde tiene su origen el río Saldaña; y al sureste, y como a distancia de unas dos leguas está la famosa Cueva de Tuluní, cuya visita era el principal objeto de mi viaje.

La temperatura del Chaparral, aunque algo elevada, no fatiga, tanto porque las brisas allí son casi constantes, cuanto porque apenas pasa de 26° centígrados, como término medio, siendo su elevación sobre el nivel del mar la de 837 metros, según las observaciones de Codazzi. Al llegar, nos tenían ya dispuesta habitación en una modesta pero cómoda casa de paja, situada junto a la iglesia y plaza principal y en una calle ancha y espaciosa. En este pueblo suelen caer al año muchas exhalaciones eléctricas, atraídas tal vez por el cerro próximo abundante en metales.

DOMINGO 20 DE AGOSTO

Una de mis primeras diligencias en este día fue poner en manos del Sr. D. Clímaco Iriarte, vecino del pueblo, una carta de recomendación que para él me había entregado en Bogotá uno de mis amigos. El Sr. Iriarte, joven muy ilustrado y hombre político importante en el Tolima, ya fuese por la bondad natural de su carácter, ya por el amigo que a él me recomendaba, me recibió con tales muestras de benevolencia y afecto, y simpatizamos de tal modo, que, al segundo día de tratarnos, podía decirse que éramos ya íntimos amigos. El mismo me presentó a las familias más notables del pueblo, emparentadas con él casi todas, entre las cuales hallé muchas lindas señoras y señoritas y no pocos caballeros que, por su educación, recibida en Bogotá, y por sus finos modales, podrían creerse más bien habituales moradores de una capital elegante y culta, que modestos habitantes de una humildísima población, privada casi del trato con el mundo civilizado.

Después salimos a pasear. Desde muy temprano la plaza comenzó a llenarse de gentes, que por todas partes acudían a vender o comprar los artículos en que el mercado consiste, la mayor parte de los cuales son de los que constituyen el alimento de la población, o de los que emplean para hacer su bebida usual, que es, como hemos repetido varias veces, la chicha en las tierras frías y el guarapo en las regiones cálidas.

El conjunto de las gentes que se reúnen en un mercado de tierra caliente es muy pintoresco, por los vivos colores que las personas de ambos sexos suelen elegir para sus vestidos; la animación es mucha y sumamente agradable, porque los calentanos, lejos de parecerse, en lo melancólicos y taciturnos, a los moradores de las frías y monótonas sabanas de las cordilleras, tienen la locuacidad y viveza de los pueblos meridionales de Europa, y una imaginación rica y lozana, como la espléndida naturaleza que los rodea por todas partes.

Habiéndome puesto a tomar la vista de la plaza principal con la fachada de su iglesia y una parte del mercado, rodeóme una multitud tal de curiosos, que tuve que suspender varias veces mi trabajo; pero aquella curiosidad era al mismo tiempo tan sencilla y benévola, que bastaron algunas observaciones para hacer que todos se retirasen a la distancia suficiente para no causar molestia alguna.

Sólo una cosa había entre aquellas gentes que me desagradaba en extremo, sin duda por no hallarse mis ojos acostumbrados a aquel espectáculo, y era ver teñido el rostro de la mayor parte de los campesinos de ambos sexos, con manchas de diversos colores, principalmente pardas y azules, producidas por el carate.

La población, aunque en su mayor parte compuesta de casas pajizas, tiene un aspecto agradable y simpático; sus calles, casi todas empedradas, son por lo general rectas, están bastante limpias, y tienen la anchura suficiente para que las casas se refresquen y ventilen tan pronto como pasan las horas más calorosas del día.

Después de recibir algunas visitas de las personas más importantes de la población, he empleado la tarde en copiar algunas flores, que varias señoritas tuvieron la bondad de regalarme, con el objeto de que las trasladase a mi álbum, y las conservase en él como un recuerdo. Se hallan en las páginas 45, 46 y 47.

LUNES 21 DE AGOSTO

Como el estado del Sr. Chacón no le permitía poder acompañarme a la célebre cueva que intentábamos visitar, este señor regresó a su hacienda, con algunos de los criados, mientras que el Sr. Iriarte y yo, acompañados de otros amigos, nos dirigimos a ella.

A una legua de distancia próximamente de la población, hacia el sureste, en cuya dirección se halla la maravilla geológica que íbamos buscando, tuvimos que pasar el

río Amoyá por un débil puente de bejucos, elevado muchos metros sobre su tumultuosa corriente, y construido de tal modo, que sólo las personas acostumbradas a transitar por él pueden pasarlo sin experimentar el justo temor del que se expone a un grave riesgo.

Estos puentes de bejuco fueron sin duda los que suministraron a los ingenieros la idea para la construcción de puentes colgantes, tales como se ven en muchos puntos de Europa, pues el sistema es enteramente idéntico, sin más diferencia que la de ser en los unos gruesos alambres o cadenas de hierro las que sostienen el piso, por medio de colgantes, en cuya extremidad se apoya, y en los otros, largos y gruesos vástagos de plantas sarmentosas, cuya consistencia y tenacidad va disminuyendo a medida que se secan, concluyendo por hacerse muy quebradizos, razón por la cual hay que sustituirlos con mucha frecuencia. El puente a que nos referimos estaba apoyado por una parte en las ramas de un gran árbol, que se levantaba a la orilla derecha del río, y por la otra en algunos troncos clavados en el suelo; su longitud sería de unos treinta metros; los bejucos, que servían de alambre, eran tres en cada lado, se hallaban retorcidos formando una especie de cuerda, y el diámetro de cada uno de ellos no pasaba de cuatro centímetros. De éstos se hallaban pendientes otros bejucos más delgados, y a distancia de quince a veinte centímetros unos de otros, sosteniendo en su extremidad inferior unas varas horizontales, en las cuales se apoyaba el piso del puente, formado de grandes guaduas o bambúes abiertos, y sin más sujeción que algunas vueltas de bejuco delgado con que se enlazaban a las varas. La anchura total del puente apenas pasaría de sesenta centímetros, y oscilaba de tal manera, al solo paso de una persona, que era necesario ir asidos constantemente a los grandes bejucos suspensorios, que servían a la vez de pasamanos, para no vacilar y caer con las frecuentes sacudidas.

El Sr. Iriarte, que lo había previsto todo, no consintió en que verificásemos la excursión con nuestras propias caballerías, por lo difícil, si no imposible, que les hubiera sido pasar aquel puente; y sin embargo, las de que él nos proveyó, lo pasaron con más soltura y desembarazo que alguna de las personas que nos acompañaban. El

padre del Sr. Iriarte, persona muy respetable y bondadosa, que nos estaba esperando en el puente, se tomó el trabajo de pasar de la mano y casi como a un niño, al más miedoso de nuestros compañeros, en comparación del cual la conducta habitualmente meticulosa de mi escribiente nos pareció la de un héroe de la mitología.

El Sr. Iriarte, padre, nos condujo a una de sus haciendas, situada en una posición bellísima, a la orilla derecha del Amoyá, en cuyo caserío espacioso, cómodo y relativamente elegante, nos ofreció la sincera hospitalidad del mejor de los amigos.

Desde los cerros que dominan la corriente del río, se extiende en vistoso panorama un fecundo y hermoso valle, donde a la sazón el chicalá, el gualanday y el cámbulo floridos, destacaban sus vistosas copas entre el verde follaje, como grandes floreros de color dorado, violeta y púrpura, que daban un realce magnífico a la hermosura espléndida de aquel encantador paisaje.

Mientras mis compañeros pasaban el puente de bejucos, tomé de él un ligero apunte, para concluirlo más tarde.

MARTES 22 DE AGOSTO

Mientras nos disponían el almuerzo, me entretuve en copiar algunas flores y frutas que la señora Da. Amelia Rocha, hija política del Sr. Iriarte, tuvo la bondad de ofrecerme. Después de almorzar, el Sr. Iriarte, hijo, los demás amigos y yo, partimos para la cueva, distante de la hacienda poco más de media hora, hacia la parte del este. Antes de llegar a ella, cruzamos varias colinas poco elevadas de terreno arenisco y pedregoso, teniendo que vadear por tres veces el riachuelo que da nombre a la cueva. Los campos, generalmente incultos, están destinados casi todos a la cría de ganados; y sólo en la profundidad de algún valle y cerca de algún pobre ranchito se ven algunas manchas de plátano, maíz y yuca, o algunas matas de cacaotero, apenas suficientes para el gasto de la familia. Este precioso árbol, como el café o cafeto, se da allí admirablemente y produce muy buenas cosechas; sin embargo, pocos los cultivan, lo

cual sucede también con la caña de azúcar, cuyo precio es tan insignificante, que casi toda la que siembran se destina al alimento de los ganados.

Las once serían cuando llegamos a un rancho humildísimo, desde el cual se veía a corta distancia el cerro pedregoso, cuya base, horadada por la corriente del Tuluní, oculta la cueva que hace tan célebres estos lugares. Detuvimos en él un breve rato, en el cual el Sr. Iriarte me hizo conocer al dueño de aquella pobre morada, que debía servirnos de guía en nuestro descenso a la cueva, y que más tarde debía darme hospitalidad, durante mi permanencia en sus alrededores. Allí nos sirvieron un poco de vino de palma, de cuya extracción y cualidades hablaré oportunamente, y continuamos luego el corto espacio que de la gran maravilla nos separaba.

Llegados a la cumbre del cerro, en cuya base se halla la perforación practicada por el Tuluní, dejamos nuestras cabalgaduras en un bosquecillo, y empezamos a descender a pie por una cuesta áspera y pedregosa, con grandísimos escalones en que a veces los estratos de la roca, cortada a pico, tenían de espesor dos o tres metros, siendo forzoso descender asidos de las ramas laterales y buscando en las ligeras sinuosidades de la peña un apoyo mal seguro para el pie, que resbalaba, no sin gran peligro de caer rodando hacia el fondo. Después de bajar esta especie de escalera de gigantescos peldaños, el camino sigue por un plano menos inclinado, entre matorrales espesos, en los cuales abunda mucho la palma nacuma muy desarrollada.

En la parte superior del cerro se ven esparcidos muchos fragmentos de roca estratiforme, calcárea-carbonífera, cuyas láminas rectangulares, de cuatro a diez centímetros de espesor y de una gran consistencia, contienen todas incrustadas en su interior conchas bivalvas, de las cuales conservo algunas.

Como un kilómetro más adelante se abre por fin un boquerón que da entrada a la cueva. Este boquerón se halla formado por un arco imperfecto, de cinco a seis metros de luz en su mayor diámetro. En el momento de entrar, la oscuridad es tanta, que apenas se perciben los objetos más cercanos; pero, al paso que la vista se va

familiarizando con las tinieblas, se empieza a distinguir mil objetos, que dejan absorto el ánimo, y hacen que el alma, concentrada en sí misma, admire con religioso recogimiento aquel prodigio de la Naturaleza.

Saltando de uno en otro los enormes peñones, derrumbados de la techumbre por falta de cohesión o por alguna fuerza desconocida, y avanzando como unos veinte metros por un plano ligeramente inclinado, se llega por la izquierda al borde de un corte casi vertical, de unos ocho metros de hondo, y como otro tanto de ancho, que, prolongándose en la misma dirección, termina en otra boca mucho más extensa, formada también por un arco imperfecto, y por donde las aguas del Tulumú penetran con sosegado y tranquilo curso en aquel antro misterioso. Dirigiéndose a la derecha, la cueva se ensancha más y más, y se desciende por escalones hasta la orilla del río, en cuya margen derecha hay una playita arenosa, a la cual se baja por los escalones que forman las piedras derrumbadas. Por esta parte la cueva termina en otro arco mayor que los anteriores, pues tendrá por lo menos veinte metros de elevación y casi otro tanto de anchura. La cueva, pues, tiene tres comunicaciones con el exterior: la una a la parte del sur, por donde penetran las aguas del río; la otra al noreste, por donde sale, después de atravesar las entrañas del monte, y la tercera, por último, doce o quince metros más elevada que las dos precedentes, que es la entrada usual, por ser la más cómoda, y que se abre hacia la parte oriental de la montaña, y en sentido casi perpendicular a la corriente del río. El cauce forma como a veinte metros de su entrada un recodo, que cambia su curso, y desde allí toma luego su dirección primitiva. Desde lo más profundo del cauce hasta la parte más elevada de la de la gigantesca bóveda, sobre la cual descansa la mole inmensa de aquella montaña elevadísima, las piedras todas se hallan cubiertas de estalactitas y estalagmitas de las formas más caprichosas y bellas que puede concebir la imaginación, producidas por las filtraciones calizas. En unas partes son concreciones de una blancura extraordinaria; en otras, varias sustancias minerales mezcladas a la filtración tiñen de color verde, azul, rojo o negro los admirables festones de que las piedras están adornadas.

Los habitantes del país, sin duda en el primer período de la colonia, período en que el espíritu religioso dominaba cuanto estaba a su alcance, dieron a la parte de la cueva, comprendida entre el arco por donde penetra el río y el recodo de que hemos hablado, el nombre de sacristía, y el de iglesia a la otra parte más elevada y anchurosa, comprendida entre el mismo recodo y el arco por donde salen las aguas. La primera tendrá unos veinte metros de longitud, catorce o quince de elevación y siete u ocho de anchura. La iglesia no tendrá menos de ochenta metros de largo, comprendido el recodo; veintiocho o treinta de anchura y cerca de cuarenta en su mayor elevación; por consiguiente, la longitud total del túnel puede calcularse en unos cien metros y en veinticinco su altura media. La roca que forma la base del monte es basáltica, de color negrusco con ligeras vetas de cuarzo; su naturaleza es silíceo, y su dureza tal, que a la percusión del acero arroja chispas en grande abundancia. La bóveda en algunas partes se presenta plana, ligeramente hendida por grietas verticales, y en otras el arco se regulariza y se presenta más o menos dentado, según el espesor de la roca en aquel paraje. Las especiales formas, que las estalactitas y estalagmitas ofrecen, también han dado lugar a que se hayan aplicado nombres caprichosos a ciertos lugares, en que estas formas han herido la imaginación de los que han entrado a visitar la cueva. Así, por ejemplo, se ha llamado la campana a una gran estalactita, pendiente en la parte de mayor elevación, porque al ser tocada por un cuerpo duro, produce una vibración casi metálica; se ha llamado púlpito a una gran piedra de forma cilíndrica dominada por una estalactita de forma semicircular; pabellón a otra poco distante de esta última, pila de agua bendita, a una estalagmita próxima a la entrada; y cordero, a otra estalactita, que se halla cerca de la campana, y que se asemeja mucho en la forma, al Toisón de nuestro escudo heráldico.

En las horas del mediodía penetra la luz por las tres aberturas con tanta profusión que puede decirse que se halla toda ella iluminada; pero por la mañana, y sobre todo por la tarde, es escasísima, y el observador se encuentra pronto rodeado de tinieblas. En ella hay moradores constantes, que son los murciélagos, de tamaño enorme, llamados chimbiláes y los guácharos, aves nocturnas de que ya hemos hablado en otras ocasiones. Todos ellos permanecen durante el día en las hendiduras o grietas de la

parte más elevada de la bóveda; y aunque no salen de la cueva sino de noche, revolotean en su interior cuando los inquieta algún ruido extraño, y lanzan al aire sus gritos temerosos. Los pericos, y otros pájaros de los próximos bosques, suelen acudir en grandes bandadas a pasar en su sombra lo más caloroso del día, y alguna vez escogen este sitio por morada las culebras venenosas y hasta los tigres, que alguna vez han sido sorprendidos por algún curioso, que se ha llevado el consiguiente susto.

En esta gran maravilla el ánimo se siente sobrecogido a un mismo tiempo de la admiración que producen los portentos de la Naturaleza, y del asombro que no puede menos de inspirar aquella gran montaña, horadada en su base, para dar paso a una modestísima corriente por cuya sola fuerza no puede explicarse en manera alguna tan sorprendente fenómeno.

El Tuluní, en cuyas transparentes aguas viven algunos peces de mediano tamaño, conocidos con los nombres de cuchas o cuchos y bocachicos, especies ambas que constituyen un alimento tan sano como agradable, tiene de curso algunas nueve o diez leguas, por terreno sumamente quebrado y con un lecho en su mayor parte pedregoso; y sus aguas se pierden en las del Amoyá a distancia de unos cinco kilómetros de la famosa cueva.

Allí permanecemos más de tres horas en aquella primera visita; y mientras mis amigos tomaban un baño en las puras y transparentes aguas que a nuestros pies corrían, yo tomé al lápiz una copia del arco, por donde el río se escapa presuroso, como si desease de nuevo salir a gozar de la luz y del aire libre. La vista está tomada desde el interior, hallándome yo sentado a la margen derecha de la corriente, donde empieza la estrecha y arenosa playita que las crecientes van dejando hacia esta parte, donde el río tiene menos profundidad y donde el arranque de la bóveda es menos abrupto que en la opuesta.

Cuando la oscuridad que con rapidez se iba difundiendo alrededor de nosotros nos impedía distinguir los objetos a cierta distancia, abandonamos, aunque con pena,

aquel misterioso y bello recinto, y volvimos a pasar otra noche no menos agradable en la hospitalaria y deliciosa quinta del Sr. Iriarte, que nos esperaba.

Faltábame tomar otras dos vistas de la cueva: una desde la parte interior hacia el lado por donde entra el río; y otra, desde el exterior de la abertura, que nos dio paso para visitarla; abertura que se halla al pie de un corte vertical de la roca, que tiene más de cincuenta metros de altura. Como no era posible concluir el trabajo en aquel día, determiné volver y permanecer allí todo el tiempo que fuera necesario, tanto para tomar las indicadas vistas, cuanto por saciar mi deseo de observar y admirar aquella gran maravilla hasta en sus menores detalles.

MIÉRCOLES 23 DE AGOSTO

Como en toda la noche anterior la lluvia había sido muy copiosa, razón por la cual el Tuluní se hallaba invadeable, tuvimos que aplazar para otro día nuestra vuelta a la cueva, y determinamos regresar a la hacienda de Amoyá, donde el Sr. Chacón había quedado solo con algunos criados. Nos despedimos del Sr. Iriarte, padre, y de la joven y amabilísima Sra. que nos había hecho los honores de la hospitalidad, y partimos acompañados del Sr. Iriarte, hijo, por la orilla derecha del Amoyá, cuyo paso era inevitable. Suscitóse entonces la cuestión de si sería más conveniente pasar el río por un puentecillo de bejucos, llamado del Guamito, que se hallaba a alguna distancia, o por un vado próximo a la hacienda de que acabábamos de separarnos. Mi opinión fue que pasásemos por el puente; y lo confesaré de un modo ingenuo, no influía poco en mi determinación esa especie de malignidad que hace al hombre gozar en el miedo ajeno; pero mis compañeros que lo comprendieron sin duda, optaron por el paso del vado, aunque el río se hallaba algo crecido, prefiriendo abandonarse al instinto de sus cabalgaduras, a tener que pasar el deleznable puente sobre el cual las noticias no eran de todo punto satisfactorias. El paso del vado, que yo fui uno de los primeros en atravesar, no dejó de infundirme serios temores, tanto por mi amigo Santamaría, cuya respetable corpulencia hacía vacilar a cada paso su cabalgadura, aunque ésta iba sostenida y apoyada por dos robustos peones, que iban desnudos y a pie, uno a cada

lado, cuanto por mi escribiente, que, hecho una etcétera sobre su mula, estuvo a punto de dar en un escollo oculto en la corriente, y que ha originado más de una desgracia.

Tranquilos ya en la orilla opuesta, determinamos tomar un baño, verificado lo cual, continuamos nuestro camino por la orilla izquierda, llegando a eso de las tres de la tarde a una hacienda llamada El Queso, cuya propietaria, Da. María del Rosario Nieto, con parte de su familia, nos esperaba en ella, habiéndonos rogado en el Chaparral que a nuestro paso le hiciésemos una visita.

Como la tarde amenazaba lluvia, la amable señora no nos permitió continuar nuestra jornada, y tuvimos el gusto de recorrer los alrededores de la hacienda, que son muy bellos y pintorescos. Hállase ésta situada en una espaciosa llanura, como a un kilómetro de la orilla izquierda del Amoyá, de cuyas aguas se escucha el rumor agradable a larga distancia. Aunque pajiza, la casa es cómoda y anchurosa, y se halla rodeada de corpulentos árboles, que por todas partes la embellecen, teniendo por horizonte las bellísimas montañas de la cordillera central, que por el oeste levantan sus desnudas crestas hasta la región de las nubes. Lamentándome yo con la señora de que una quinta tan bella tuviese un nombre tan prosaico, ella me autorizó para que la bautizase de nuevo, asegurándome que en adelante no llevaría otro nombre que el que yo le impusiese.

La proximidad del río, que la arrulla con el continuo rumor de sus aguas tumultuosas; la risueña y florida pradera de que se halla rodeada y algunos accidentes del terreno, trajeron a mi memoria las bellezas de mi pueblo natal, y el nombre del modesto río que por allí pasa, y que fue llamado Guadaira, nombre tan poético como significativo, impuesto por los árabes durante su dominación y que felizmente conserva. Quedó, pues, la quinta bautizada con el nombre de Guadaira, que en árabe parece que significa Río veloz, y que conviene muy bien al Amoyá, por la rapidez de su corriente.

JUEVES 24 DE AGOSTO

A las siete de la mañana tomamos un ligero desayuno, nos despedimos de nuestra huésped y montamos a caballo.

Desde allí hasta la hacienda del Sr. Chacón habrá unos ocho o diez kilómetros de distancia, siguiendo siempre bastante de cerca la orilla izquierda del Amoyá, cuyas aguas corren a veces encerradas en un estrecho y profundísimo cauce de paredes verticales y elevadísimas, abierto entre dos montañas. En uno de estos estrechos y profundos pasos se ve salir de entre las rocas una fuente bastante abundante, cuyo líquido negruzco brilla desde lejos, herido por los rayos del sol, como si fuese una corriente de acero líquido. Es un manantial de petróleo, que nadie se cuida de recoger y que en cualquier otro país bastaría para dar una gran fortuna al que lo explotase. Lástima me daba el ver aquella riqueza caer y perderse entre las aguas del río, que envolviéndola entre sus olas siempre tumultuosas, a los pocos metros no dejaba de ella señal alguna.

A las nueve de la mañana llegamos por fin a la hacienda de Amoyá, acompañados siempre por el joven D. Clímaco Iriarte, que no quiso que nadie, sino él, nos sirviese de guía en aquellos difíciles senderos, y que entretuvo nuestra marcha con relatos amenos sobre las costumbres del país y varias creencias de sus moradores, en las cuales, al través de los tiempos, se dejan ver todavía mezcladas la idolatría indígena y el fanatismo religioso de los primeros tiempos de la colonia; como, por ejemplo, creer que los monos que pueblan los bosques pertenecían desde ab initio a una raza maldecida por Bochica, a causa de sus instintos perversos y que habiendo podido recuperar su categoría de seres humanos por intercesión de los primitivos misioneros, fueron definitivamente condenados por Dios a la condición de brutos en que viven, por no haber querido hacerse cristianos.

A nuestra llegada nos recibió el Sr. Chacón con la natural alegría del que ha estado sufriendo la soledad por largo tiempo; y fue cortísimo el que pudimos retener entre nosotros al Sr. Iriarte, cuya presencia reclamaban en otro lugar los negocios de su ganadería y labranza.

Mi oferta de volver pronto a visitar la cueva de Tulum pareció agradaarle mucho, y me prometió que, si le era posible, me acompañaría todo el tiempo que permaneciese en ella; y, en caso contrario, me haría cuantas visitas le permitiesen sus ocupaciones.

Después de la ida del Sr. Iriarte, pasamos el día conversando sobre las bellezas de la cueva, que el Sr. Chacón había visitado muchas veces, antes de sufrir la desgracia de perder la vista, y de cuyos detalles hablaba con una propiedad asombrosa.

Los criados de la hacienda lograron coger a lazo en las próximas aguas de un arroyo un caimán, que conservaron vivo hasta mi llegada, con el fin de que lo copiase, lo cual verifiqué en aquel mismo día, haciéndolo también con algunas flores y varias aves, muertas por mí en aquella misma mañana.

A eso del mediodía, principió en los cercados próximos a la hacienda una operación que constituía para mí un espectáculo enteramente nuevo, al cual asistí con la curiosidad que es de suponer, examinándolo muy atentamente. Tratábase de lo que en España se llama un herradero, y aquí un rodeo, operación en que se reúne el ganado, para marcar con un hierro candente los animales que no lo están todavía, y que constituye una diversión, que tiene muchos aficionados dondequiera que se practica.

Por aquí el ganado suele ser más manso que en España, razón por la cual no se necesitan tantas precauciones y se encierra todo junto, vacas y becerros, toros y bueyes, en un mismo corral, en uno de cuyos ángulos se enciende también la hoguera en que se ponen a caldear los hierros de marca. Hecho esto, penetran en el recinto los peones que más destreza tienen en manejar el reje, con que enlazan los animales a una gran distancia, los atraen poco a poco, enrollando la cuerda en un poste vertical que consiste en un grueso tronco clavado en tierra, y a que dan el nombre de bramadero; y cuando ya la res tiene la cabeza próxima al palo, otro peón la coge de la cola, y, aprovechando el movimiento más oportuno del animal, tira con fuerza para un lado, y lo hace caer en tierra, metiéndole inmediatamente la cola entre las dos patas

posteriores, y sujetando con ella la que queda encima, según se halla tendido el animal, que de este modo queda en una inmovilidad forzosa. Después de marcado con el hierro candente, se le corta una parte de las astas y de la cola; se le hace también con un instrumento cortante alguna señal particular en el papillo o las orejas, y con esto queda ya con todos los signos que distinguen la ganadería a que pertenece. Concluida la operación, suéltase la res en otro corral para que no se confunda con las que aún no se hallan marcadas, y se empieza la operación con otra.

Los campesinos, que en todos estos lances hacen gala de su fuerza y destreza, se complacen en dar una o más caídas al pobre animal que acaba de sufrir la dolorosa operación del hierro, en el intervalo que media entre un corral y otro, para lo cual lo siguen en la carrera, prendidos de la cola, granjeándose de este modo el aplauso o la rechifla de los concurrentes, según el resultado del lance. Estas operaciones son generalmente presenciadas por una concurrencia numerosa, compuesta en su mayor parte de mujeres y niños, para los cuales el rodeo es una de las mejores y más alegres fiestas; y a fin de que se hallen unos y otras en completa seguridad, se levanta lo más cerca posible del bramadero, una plataforma o andamio entoldado, de donde salen constantemente gritos de temor o de aplauso o carcajadas de burla, según las escenas que dan lugar a las emociones de aquel público impresionable. Nosotros nos colocamos también sobre uno de estos andamios, que nos fue preparado al efecto, bajo la tupida y agradable sombra de un enorme cautchut, anterior quizás a la época de la conquista, y allí pasamos muy agradablemente algunas horas, oyendo referir lances extraordinarios de los rodeos anteriores, mientras que el mayordomo, atento a la voz de macho o hembra, que en el corral resonaba, cada vez que se imprimía el hierro sobre la piel del animal tendido, hacía con lápiz una gran raya a derecha o izquierda del pliego que tenía delante.

Pero entre todos los accidentes del espectáculo, había uno que me impresionó de una manera mucho más profunda que todos los demás en que la concurrencia se iba fijando alternativamente; y era el rostro benévolo del Sr. Chacón, en el cual resaltaba una constante sonrisa de complacencia, mientras que su atención y sus oídos espiaban

el más pequeño rumor, para interpretarlo contemplando con los ojos del alma lo que la desgracia había vedado a los de su cuerpo.

Otra cosa llamó también mi atención, y fue el ver que casi todas las reses tenían las espaldillas marcadas por numerosos granos pustulosos, de que manaba a veces un licor sanguinolento, que caía chorreando por las patas anteriores: era el efecto de los nuches, de que ya hemos hablado.

En este día he recibido una carta y varios periódicos de Bogotá, participándome el extraordinario y satisfactorio éxito obtenido en el teatro por mi comedia Consolar al triste, que mereció los honores de la repetición, por exigencias del público que asistió a la primera de sus representaciones.

VIERNES 25 DE AGOSTO

Durante las primeras horas de la mañana ha terminado el rodeo comenzado ayer.

A eso del mediodía ha llegado de Bogotá un caballero, por el cual he sabido la triste y para mí desconsoladora nueva de la muerte de uno de mis mejores amigos. El Dr. Romualdo Cuervo, el infatigable investigador de los secretos de la Naturaleza, el intrépido viajero, que recorrió en diferentes ocasiones los lugares menos explorados de Colombia, consagrado siempre a un estudio de fecundos resultados para su patria, acaba de pagar el común tributo a la Naturaleza, cuando se dirigía a uno de los puntos más agradables del Estado de Boyacá en busca del restablecimiento de su salud profundamente quebrantada.

El humilde cementerio de un pueblecito llamado Lenguazaque, a dos jornadas de Bogotá, guarda los restos de este hombre eminente, cuya modestia sólo es comparable al pobre y casi ignorado lugar en que reposan, hasta tanto que sus conciudadanos (si es que profesan alguna estimación por el que tantos méritos tenía contraídos), le erijan en lugar más conveniente un monumento digno de su memoria.

Más con el objeto de distraerme que por otra causa, he continuado hoy mis dibujos, copiando una especie de garza, llamada guaco de agua en el país, un armadillo y una babilla, especie de caimán, de más de dos metros de longitud y que no se diferencia del caimán verdadero sino en ser más feroz en sus acometidas, y en la rara circunstancia de tener la mandíbula superior articulada y fija la inferior, lo cual constituye una especialidad dentro de su género.

SÁBADO 26 DE AGOSTO

Hoy hemos vuelto al Chaparral, con ánimo de asistir mañana domingo al mercado y cumplir con el precepto de santificar las fiestas. Nada de particular ha habido en este día, sino una serenata de tiple y bandola con que algunos jóvenes de la población tuvieron la amabilidad de obsequiarme durante la noche.

DOMINGO 27 DE AGOSTO

Después de recorrer el mercado y adquirir algunas provisiones para hacer más detenidamente una nueva excursión a la cueva de Tuluní, fui con varios amigos a visitar la iglesia, donde se celebraba la fiesta de San Roque, abogado de la peste. Como la horrible y contagiosa enfermedad de la viruela, tenía invadidos algunos puntos poco distantes, la devoción fervorosa de los fieles, excitada por el temor, había llegado a tal punto, que eran poquísimos los habitantes del lugar que habían dejado de llevar y encender como ofrenda una o más velas de sebo, para tener el santo propicio en aquella calamidad amenazadora. El gentío numeroso, que llenaba el templo, y el prodigioso número de luces que en él ardían, habían puesto la atmósfera irrespirable, razón por la cual nos retiramos presurosos hacia la puerta.

Más tarde vimos salir en procesión por la plaza la imagen, que accidentalmente era objeto de tan entusiasta culto, yendo precedida de la chirimía y el tamboril,

instrumentos obligados en todas las fiestas populares, ya sean de carácter civil o religioso.

El Sr. Iriarte, D. Clímaco, me ha hecho la fineza de enviarme como regalo a la hora de la comida varias flores y frutas del país, que le he agradecido en extremo. Este caballero con otros amigos suyos se proponen acompañarme mañana hasta la cueva, y me han ofrecido hacerme algunas visitas durante mi permanencia en aquel lugar, que para mí tiene tantos encantos.

LUNES 28 DE AGOSTO

Después del almuerzo, regresaron para la hacienda de Amoyá el Sr. Chacón y los demás amigos bogotanos y con ellos mi escribiente, cuya compañía en esta segunda y más penosa excursión pudiera serme más que útil embarazosa.

Concluida la comida, con que me obsequió el Sr. Iriarte, montamos a caballo y llegamos, ya cerca del anochecer, a su hacienda del Guamito, pasando por el deleznable puente del mismo nombre, mientras nuestras caballerías pasaban a nado el torrentoso Amoyá, que en esta ocasión iba bastante crecido.

Llegados al modesto caserío de la hacienda, que se alza en una ligera explanada en la parte superior de una colina, tuvimos ocasión de contemplar a la luz de la luna el paisaje encantador que a nuestros pies se desplegaba; tomamos un ligero refresco y nos acostamos en nuestras hamacas, teniendo la precaución de cerrar muy bien las puertas, pues los numerosos chimbilae, enormes murciélagos vampiros, son allí verdaderamente temibles, hasta el punto de tener que encerrar todo género de animales en lugar para aquellos inaccesible, so pena de encontrar algunos de ellos por la mañana exánimes o muertos, a consecuencia de las heridas causadas por los agudos dientes de este volátil y horrendo mamífero y del desangre consiguiente.

MARTES 29 DE AGOSTO

A las siete de la mañana, después de tomar un ligero desayuno, partimos en dirección a la cueva, y cerca de las ocho llegamos al ranchito de D. Calixto Guzmán, que ya nos estaba esperando. Vive éste en una reducida pero cómoda casita de paja, con su madre, su esposa y siete hijos, la mayor parte de los cuales están aún en la infancia. Además del apellido de Guzmán que D. Calixto lleva, que es uno de los más ilustres de España, su tipo es enteramente español; no así el de su mujer y sus hijos, en todos los cuales se advierten rasgos característicos de la raza indígena. La casa en que moran se compone, como casi todas las de estos lugares, de tres departamentos situados a corta distancia unos de otros: la habitación propiamente dicha, con una alcoba a cada lado, la cocina, y otro rancho pequeño, donde guardan los útiles de la labor, las provisiones de boca y todo lo que no es de uso constante para la casa o la familia.

En la habitación principal, a que pudiera darse el nombre de sala, hizo mi huésped colocar mi reducido equipaje y suspender mi hamaca, que no sólo había de servirme de lecho, sino de asiento durante algunas horas del día. La limpieza y el aseo más esmerados eran el adorno principal de aquella cabaña modesta; pero había en ella otros muchos que daban a la habitación un aspecto originalísimo, y que no quiero pasar en silencio. Por todas las paredes y en las traviesas que servían de apoyo a la techumbre, veíanse fijos con estaquillas de madera o suspendidos de cuerdas de fique, varios despojos de venados, tigres, gatos monteses, buitres y águilas y otros animales dañinos; indicio seguro de que el dueño de la casa solía ejercitarse con buen éxito en la persecución de aquellos animales, para lo cual disponía sólo de una cerbatana o bodoquera indígena para lanzar flechas envenenadas, y una vieja escopeta de chispas, que yacía en un rincón, al parecer sin uso. En uno de los testers veíase una especie de altar con varias estampas francesas, que no sólo habían declarado la guerra al arte de Apeles, sino que eran una ofensa al sentido común bajo cualquier aspecto que se mirasen. Al pie del altar y sobre una estrecha tabla veíanse dos velas de sebo nunca encendidas, a las que servían de candelero otras tantas botellas pequeñas, que en días más prósperos habían contenido, según sus rótulos o etiquetas, vino de Jerez, que a voces declaraba lo genuino de su origen por la ortografía con que estaba escrito el

nombre. Servían de adorno al altar varios pájaros disecados, algunos picos de yátaro o tulcán de tamaño enorme, cascarones de huevo de varias aves, y unas cuantas plumas de guacamayo rojas y azules. En el testero opuesto se veían colgadas de la pared dos tarrayas para la pesca en el Tuluní, una de ellas aún no concluida; varios tarros o canutos de guadua de tamaños diferentes, encerrando unos grasa de león, empleada como medicamento en muchas enfermedades; guardando otros algunas flechas envenenadas para dar muerte a los cóndores, que vienen de cuando en cuando a arrebatarse en sus garras los corderos pequeños, y otros, por último, conteniendo diferentes sustancias medicinales conocidas sólo en la farmacopea especial de los moradores de aquellos campos, privados siempre de los auxilios de la ciencia; mientras que en un rincón y a la altura de las vigas veíase cuidadosamente guardado en una funda de cuero y pendiente de una cuerda un botecito de cristal que contenía hiel de culebras de cascabel en una disolución alcohólica, lo que tienen aquí por el medicamento más eficaz contra las mordeduras de todo reptil ponzoñoso, y se administra, según dicen, con admirable y seguro éxito en dosis casi homeopáticas. Veíase además colgadas de la pared, una bandola, una grupera o baticola nueva y un calendario del año anterior, adornado en sus márgenes con cubiertas de cajas de fósforos de Marsella. Sobre el calendario veíanse colgadas unas quimbas, especie de sandalias que describimos en nuestra excursión a los Llanos.

En los alrededores de esta vivienda y próximas al río Tuluní hay varias minas de oro corrido, que el D. Calixto Guzmán explota a veces, durante las temporadas de lluvia, por el sencillo y cómodo sistema de ir a rebuscar sus pepitas entre las arenas de las corrientes pluviales. Calcúlese cuál sería el éxito de esta explotación por medios más adecuados, cuando sólo aquel procedimiento produce en ocasiones cantidades relativamente considerables a los que lo emplean.

Después de almorzar, despidiéronse de mí los amigos hasta el día siguiente, y D. Calixto y yo, seguidos de uno de sus hijos y otro de mis criados, único que de mi comitiva me acompañaba, nos dirigimos de nuevo a la famosa cueva, sin más útiles que mi caja de dibujar y mi álbum.

En vez de dejar nuestras cabalgaduras en el bosquecillo donde las habíamos dejado en nuestra visita precedente, el muchacho del Sr. Guzmán se las llevó para que pastasen, con orden expresa de volver a buscarnos con ellas ensilladas tan pronto como la tarde empezase a declinar, hora en que debíamos volver al ranchito.

Las once serían cuando me senté a dibujar frente a la puerta por donde habíamos penetrado en la cueva; pero apenas me hube sentado, numerosos enjambres de insectos, principalmente de unas abejas muy pequeñas llamadas angelitas, empezaron a molestarme, de tal modo, que a veces veía literalmente cubierto de ellas el papel en que dibujaba, siendo objetos de igual persecución mi cara y mis manos y sobre todo mis cabellos, entre los cuales se introducían produciéndome una sensación tan viva como desagradable. Viendo que eran inútiles cuantos recursos empleaba para ahuyentar a mis encarnizados enemigos, recurrí al medio extremo de encender cerca de mí dos hogueras, con la hojarasca del bosque, prefiriendo verme envuelto en una nube de humo, a la no menos densa que formaban aquellos insectos tan tenaces. Las hogueras surtieron no todo el efecto que deseaba, pero sí el suficiente para terminar mi dibujo, que concluí al fin a las tres y media de la tarde, hora en la cual volvimos al montecillo a donde llegaron simultáneamente nuestras mulas. Montamos, y regresamos a la casa, donde nos aguardaba la comida.

Poco antes de oscurecer vinieron a buscarme el Sr. Iriarte y otro de los amigos con ánimo de que me fuese con ellos a pasar la noche en su hacienda; pero yo preferí quedarme en el rancho del Sr. Guzmán, con el objeto de aprovechar mejor todo el día siguiente en tomar la vista que me faltaba del interior de la cueva.

La noche fue en extremo calorosa, y algunos mosquitos de la clase de los zancudos, se encargaron de molestarme durante mi sueño, no atreviéndonos a dejar abiertas las puertas, para que se estableciese alguna corriente de aire que pudiera ahuyentarlos, por el temor de los chimbilae, que por allí abundan de una manera prodigiosa.

MIÉRCOLES 30 DE AGOSTO

Faltábame tomar una de las vistas más interesantes de la cueva, y rectificar las dos que había tomado anteriormente, para lo cual abandoné mi hamaca apenas era de día, y a las siete de la mañana me puse en camino llevando sólo mi álbum y mi caja de dibujo y acompañándome mi criado y mi huésped, que casi no me abandonó un momento durante los días que permanecí en su casa.

Llegados a la cueva, me coloqué en el ángulo que describe la corriente en la parte interior y frente al arco por donde penetran las aguas del río, y desde aquel sitio, levantado como unos ocho metros sobre el nivel del agua, y teniendo a la izquierda y a mucha mayor elevación el boquete que nos había servido de entrada, empecé mi dibujo, que, aunque imperfecto, da una idea del asunto.

Antes de concluir mi trabajo, hice salir de aquel lugar a mi pobre y afectuoso huésped, que, a poco de haber entrado en la cueva, se sintió atacado por una fiebre agudísima, que le duró toda la tarde y una gran parte de la noche. El estado deplorable en que se hallaba me obligó a enviar a mi criado en su compañía, con orden de que no lo abandonase hasta llegar a su cabaña, dejándome mi cabalgadura en el montecillo próximo a la cuesta escarpada que ya conocen mis lectores.

A las tres y media de la tarde, hora en que estuvo terminado mi dibujo, recogí mis efectos, subí al lugar donde mi mula se hallaba, y media hora después estuve al lado del enfermo, administrándole los medicamentos que juzgué más oportunos, conocido el carácter intermitente de la fiebre de que se veía atacado.

En tanto que me dirigía a la cabaña, espesos y oscuros nubarrones de color plomizo, se levantaban por detrás de la cordillera central, anunciando, con sus frecuentes exhalaciones eléctricas, la violenta tempestad, que se desencadenó más tarde, y cuyos torrentes de lluvia inundaron en poco tiempo toda la comarca.

Mi criado, al pasar por el bosque, había arrancado algunas hojas de la palma nacuma con una parte blanca y tierna que contiene en el cogollo, que permanece enterrado, y que con diferentes preparaciones se usa en el país como un sabroso alimento. Los hijos de mi huésped también habían contribuido por su parte a hacer mi comida más variada, cogiendo algunos peces en el Tulumí, que me sirvieron asados y que son de un sabor exquisito. Estos peces, llamados cuchas o cuchos, son allí muy abundantes, y se observa en ellos la particularidad de tener la arista superior de la cola tan prolongada, que a veces excede a la longitud total de su cuerpo.

JUEVES 31 DE AGOSTO

La lluvia de la noche anterior, que continuaba aún en la mañana de este día, así como el estado de D. Calixto Guzmán, que debía acompañarme a visitar otra cueva, próxima a la que ya dejamos descrita, y de una profundidad infinitamente mayor, aunque no de accidentes tan bellos, me impidieron satisfacer mi curiosidad en aquel punto. Para visitar aquella otra cueva, se necesitaba construir una balsa, operación de que debía encargarse mi huésped, y que le fue imposible ejecutar, porque su estado no le permitió moverse en dos días del lecho. Fui, sin embargo, hasta la puerta, con uno de sus hijos, de corta edad, y apunté luego las noticias que pude recoger, suministradas por el enfermo, que la había recorrido dos veces en aquella parte en que los obstáculos naturales lo impiden de una manera absoluta.

Esta segunda cueva, a que en la comarca dan el nombre de La Cocina, sin duda por el tinte oscuro que por todas partes presentan sus paredes cubiertas de musgo, tiene la entrada en forma de arco irregular, a corta distancia del sitio en que el río Tulumí penetra en la otra cueva, y en la parte occidental de un cerro ligeramente escarpado que por aquella parte limita el cauce del ya indicado río. La dirección de la abertura es de noroeste a sureste y su extensión dicen que es de algunas leguas; que perfora las entrañas de diversos montes más o menos elevados, el último de los cuales tiene en su falda norte una depresión bastante notable y en el centro un gran agujero por donde se precipitan en bullicioso torrente las aguas de un arroyo, que sale al Tulumí por la

abertura que antes dejamos mencionada. Las dimensiones de esta cueva varían mucho en la dilatada serie de sus concavidades, abriéndose unas veces en anchurosos y prolongados salones, cubiertos de estalactitas y estalagmitas, y estrechándose otras, hasta el punto de hacer muy muy difícil el paso a las concavidades sucesivas. El fondo varía mucho también; y en ciertos parajes se forman lagos profundos, que es preciso pasar a nado o por medio de una balsa, que hay que llevar a hombros hasta su orilla. Enjambres numerosos de murciélagos de un tamaño enorme y de las aves llamadas guácharos, pueblan aquellos oscuros antros, haciendo imposible recorrerlos con luz, a no ser que ésta vaya encerrada en un farol o linterna bastante fuertes, porque, tan luego como perciben la claridad, vuelan por todas partes alborotados, lanzando agudos chillidos, y la apagan al fin con el rápido y continuo movimiento de sus alas.

Una de las cosas que llamaron mi atención en esta cueva, fue un árbol de los conocidos con el nombre de achiote, que vegeta y fructifica perfectamente en el interior de la primera cavidad, a algunos metros de su entrada, y casi entre la sombra, sin diferenciarse de los que crecen al aire libre, sino en la palidez de su follaje.

Al volver de esta excursión, empleé las horas del día, que me quedaban disponibles, en dibujar un valle cubierto de nidos de comején o termes, y uno de estos nidos, perforado en su parte central, para servir de horno a una familia indígena que, para hacerlo más duradero, había levantado sobre él un cobertizo de paja.

VIERNES 1o. DE SEPTIEMBRE

Después de almorzar y de despedirme de mis sencillos y amables huéspedes, D. Clímaco Iriarte, que había venido a buscarme aquella mañana, y yo, seguidos de nuestros criados, y con un sol verdaderamente de fuego, nos dirigimos a la hacienda del Guamito, donde ya habíamos pasado una noche, visitando antes algunas rancherías, en una de las cuales vi por primera vez extraer el vino de palma, y probé el agua sacada el bejuco de agraz, con que apagan la sed los que, recorriendo el intrincado laberinto de aquellas montañas, cubiertas de espesísimos bosques, hallan

en el tronco de esta planta sarmentosa fuentes tan puras como abundantes. Para beber el agua de este bejuco, se corta sucesivamente a la altura a que alcanza la mano y a raíz del suelo, con toda la rapidez posible; se aplica la boca al trozo cortado, en su parte inferior, o bien se coloca éste sobre un receptáculo que reciba el agua abundante que brota de sus fibras. Esta agua tiene las mismas cualidades que la de la fuente más cristalina, es de una frescura deliciosa, aun en medio de los más fuertes calores; y apaga la sed mejor que el agua natural de los manantiales más puros.

Diré ahora cuatro palabras sobre la extracción del vino de palmera, que es un licor bastante agradable, sobre todo cuando está recién extraído, y al cual se atribuyen muchas cualidades medicinales. Para obtenerlo cómodamente, se corta la palmera (palma real o de cuesco) a algunos centímetros del suelo, y en el lugar donde empieza el cogollo, o sea el pedúnculo de las hojas interiores, se hace una abertura cuadrangular de más o menos extensión, según el grueso del tronco, y se extrae una parte de la pulpa, dejando una cavidad en la cual va depositándose la savia que afluye por los conductos ascendentes. A las pocas horas se la puede extraer, y desde luego es potable; la cavidad vuelve a llenarse sucesivamente con solo raer sus paredes laterales con un hierro a propósito, o cualquier instrumento cortante, preparado en debida forma. La palma continúa dando una cantidad diaria de líquido, que varía también según su magnitud, y que, por término medio, se puede calcular en un azumbre cada veinticuatro horas. En los primeros días, el licor fermenta menos, es de mejor sabor y se tiene por más saludable; en los últimos, la fermentación es muy rápida y el licor tiene un sabor acre parecido al de la sidra extraída de la manzana. El período de extracción, hasta que la palma deja ya de dar jugo, suele ser de quince a veinte días.

A las dos de la tarde y cuando el sol empezaba a mitigar un tanto sus ardores, salimos de la hacienda del Guamito, dirigiéndonos al Chaparral, y pasando por el puente de bejucos de que nuestros lectores tienen ya noticia detallada. Después de pasar el Amoyá, nos detuvimos en un punto de su orilla izquierda, para tomar desde allí una vista de la bellísima hacienda llamada La López donde pocos días antes nos había hospedado tan cordialmente el padre del Sr. Iriarte.

Al llegar al Chaparral supimos con pena que un hermano del Sr. Iriarte, esposo de la joven a quien en el día 22 de Agosto nos hemos referido, y recién casado con ella, había llegado enfermo, a consecuencia de haber atravesado una región muy insalubre, próxima al río Magdalena, donde se contraen con facilidad fiebres malignas, que constantemente causan víctimas numerosas.

Apenas llegamos, nos dirigimos a la casa del enfermo, y como yo pasaba por aficionado a la medicina, gracias al éxito obtenido con algunos enfermos durante mi permanencia en Amoyá, se me rogó, tanto por la familia como por el médico mismo encargado de la asistencia, que dispusiese yo el plan curativo que creyera más conveniente, al cual desde luego se sometían todos de buen grado. Excuséme cuanto pude, por no echar sobre mi conciencia la responsabilidad del éxito, tratándose de un enfermo muy grave; pero de nada sirvieron mis excusas, teniendo por último que resolverme a hacer el médico a mi pesar, resolución de que no tuve que arrepentirme, por haber logrado cortar la fiebre en el término de algunas horas, y ver en sólo dos días al enfermo fuera de peligro, cuando la mayor parte de los que son atacados de esta enfermedad sucumbe en un término que por lo breve causa profundo espanto.

Esto hizo extender mi fama por la población, más de lo que yo hubiera deseado, pues me obligó a asistir y recetar a muchos enfermos, tarea de que no pude verme libre durante mi permanencia en el Chaparral, que fue de dos días.

SÁBADO 2 DE SEPTIEMBRE

Detúveme a esperar a mis amigos de Amoyá, que debían venir a buscarme, hacer de paso sus compras en el mercado y santificar la fiesta del domingo.

A mi llegada había recibido una carta en verso de mi amigo D. Francisco Santamaría, que tiene también sus briznas de poeta, por aquello de que "de médico, poeta y loco todos tenemos un poco", y en la carta me refería los nuevos amores de mi

desventurado escribiente, que, deponiendo su habitual timidez y circunspección ingénita, se había atrevido a hacer, por carambola, su amorosa declaración a una señorita de la comarca, extralimitándose hasta el punto de pedir su blanca mano a la mamá ausente, que se dignó contestarle aceptando su oferta y aplazando el matrimonio de una manera indefinida. Muy buenos ratos nos hizo pasar esta inocente burla, observando al pobre mozo metido a formalote y tan satisfecho de sí mismo.

A la caída de la tarde llegaron de Amoyá mis amigos, que tuvieron la satisfacción de participar de mis triunfos médicos, por los obsequios que a todos nos dispensaron.

Empleé algunas horas en dibujar algunas aves, flores y frutas que no podía conservar de otra manera, y por la noche asistimos a uno de esos bailes, que en España se llaman de candil, y que aquí se denominan de ñapangas, porque tal es el nombre que dan en la localidad a las jóvenes de medio pelo, que asisten a esta clase de fiestas.

En la que voy relatando, hizo el gasto principal el alegre e incitador bambuco, bailado por varias parejas, entre las cuales había alguna que otra muchacha, que salía a lucir el garbo, tan propio de las calentanas como de las muchachas de nuestros países meridionales. Mi escribiente echó también, como suele decirse, su cuarto a espadas, y se zarandó un rato, con más habilidad y destreza de la que hubiera podido suponerse en sus pies, habitualmente torpes y no muy acostumbrados a este ejercicio.

DOMINGO 3 DE SEPTIEMBRE

Continúa mi fama hipocrática, y por consiguiente mis visitas obligadas, y más o menos forzosas, a diferentes enfermos. El joven Iriarte parece entrar hoy en el período de convalecencia. En las horas que me dejan libres, hago algunos dibujos. Durante la noche, que ha sido casi toda de copiosa lluvia, nos han dado una serenata de despedida.

LUNES 4 DE SEPTIEMBRE

En las primeras horas de la mañana fuimos a decir adiós a todos nuestros amigos, y yo me despedí también de mis enfermos, que demostraron un gran disgusto por mi resolución de abandonar el pueblo, a pesar de sus instancias. Muchos de nuestros amigos salieron a acompañarnos hasta bien lejos, y a las once de la mañana nos encontramos de vuelta en las pintorescas orillas del Amoyá, donde empezamos desde este día a hacer los preparativos para nuestro regreso, que nos proponíamos verificar por un camino distinto del que habíamos traído, haciendo durante dos días una agradable navegación fluvial, en balsas construidas a propósito y en la misma forma que los indígenas lo practicaban desde mucho antes del descubrimiento.

El tiempo se presentaba muy favorable por la creciente de los ríos, que empezaba ya con las lluvias del otoño. La atmósfera, casi siempre cubierta de nubes, se había refrescado bastante; y por tarde y noche particularmente descargaban terribles aguaceros acompañados de numerosas exhalaciones y truenos formidables, porque las tormentas en esta ardorosa región tropical, son verdaderamente espantosas.

MARTES 5 DE SEPTIEMBRE

A las diez de la mañana despachamos algunos de los criados con las bestias de silla y carga, que debían esperarnos en Peñalisa, pueblecito moderno situado a la orilla derecha del Magdalena, y a treinta leguas próximamente del lugar de nuestra partida. Más tarde enviamos nuestro equipaje a las balsas, que nos esperaban desde el día anterior amarradas en la orilla izquierda del Saldaña, casi en la confluencia del Amoyá con este río. Por la tarde dibujé el fruto y hojas del mamey, y el de la pitahaya, cacto triangular del mismo nombre, cuya agradable y bellísima fruta había saboreado muchas veces durante mi permanencia en aquel sitio.

Mi amanuense empleó el tiempo en escribir una despedida tan poética como romántica a su Dulcinea, residente en el próximo pueblo del Ataco, cuyo prosaico nombre no fue ingerido en las endechas, por el exceso de su prosaísmo.

MIÉRCOLES 6 DE SEPTIEMBRE

Desde muy temprano acudieron varias personas a darnos el adiós de despedida, y entre ellas un amigo del Sr. Chacón, que me hizo un obsequio, consistente en varias muestras de minerales, que incluí en mi colección. Después de almorzar, nos dirigimos al embarcadero, acompañados de todos los amigos, que no quisieron separarse de nosotros, hasta vernos partir, impulsados por la corriente del pintoresco Saldaña.

Dos eran las balsas que se hallaban dispuestas para conducirnos: componíase cada una de ellas de cuarenta a cincuenta troncos de una madera ligerísima llamada balso, fuertemente amarrados con bejucos. Cada una de ellas tendría unos ocho metros de longitud por uno y medio de ancho, y de sesenta a ochenta centímetros de espesor, por término medio. En el centro de ambas levantábase en arco un toldo, tosca pero sólidamente fabricado, con hojas de palmera y de espesor suficiente para libertarnos de los ardores del sol, y aun de la más copiosa lluvia. En una de estas balsas se colocó la mayor parte de nuestro equipaje, y varios de los criados que nos acompañaban; la otra, que era algo más espaciosa, se destinó para nosotros y los dos criados de servicio más íntimo. La primera iba tripulada por dos bogas provistos de palancas y remos o canaletes, y la segunda llevaba un boga más, que era el piloto que había de dirigir la navegación, por su mucha práctica para evitar los escollos del río. En la primera iba también todo el menaje de cocina, incluso un fogón portátil, para preparar nuestros alimentos.

Mientras todo acababa de arreglarse, tomé un dibujo de las balsas, que estaban cerca de la orilla, en una especie de ensenada formada por la desembocadura de un arroyuelo.

Terminado mi dibujo y colocados sobre el piso de las balsas unos cueros de buey, llevados al efecto para hacerlo más suave y cómodo, estrechamos afectuosamente la mano de nuestros amigos; dimos la orden de partir a los bogas, que aguardaban canaleta en mano; cortáronse las amarras de bejucos que nos sujetaban a la orilla, y nos abandonamos a la corriente, cuando eran las diez y media de la mañana.

Nuestra balsa, que contenía quince personas, iba delante, meciéndose suavemente sobre la agitada superficie del río, en cuyo canal penetró a los pocos minutos; la otra nos seguía como a distancia de medio kilómetro y con encargo de mantenerse siempre a la voz, por lo que ofrecerse pudiera.

Las personas que nos habían acompañado fueron a situarse en la cumbre de una colina próxima, que domina el río, y desde allí nos dieron el último adiós, agitando pañuelos y sombreros, a cuyo saludo correspondimos en la misma forma.

El río sigue su curso sinuoso por entre enormes barrancos cubiertos de árboles y arbustos, encontrándose a cada paso chorreras donde el oleaje nos hacía saltar, como si navegásemos en un mar agitado por una fuerte brisa.

A poco de salir del embarcadero, dejamos a la derecha una quebrada o arroyo que lleva el nombre de Chipaco, y más adelante a la izquierda otra llamada Becarcó, de escaso caudal como la primera. Poco más adelante el río forma un gran recodo con algunas isletas, en terreno más abierto donde observamos algún cultivo alrededor de un tambo o rancho, cuyos moradores se asomaron con curiosidad a ver nuestro paso desde la orilla.

Al terminar el recodo, entramos en otra chorrera impetuosa, donde las olas nos salpicaban por todas partes; la balsa tocaba más de una vez en las piedras del fondo, hasta el punto de temer, no sin razón, que llegaran a romperse los bejucos que sujetaban los maderos, a pesar de su fortaleza, muy superior a la mejor cuerda de cáñamo perfectamente embreada.

El espectáculo no podía ser más bello: por todas partes verdes colinas y elevadas montañas nos cerraban el horizonte; en ambas orillas y graciosos y espesos cañaverales dominados por sus elegantes y movibles plumeros, gigantescas guaguas rivalizando en majestad y elevación con los árboles más corpulentos, y sobre las enormes y tupidas masas de vegetación tropical, las vistosas palmas reales, descollando altivas, como reinas de los bosques. En las playas de uno y otro lado calentábanse al sol, con perezosa indolencia, enormes babillas y caimanes, que, asustados a nuestro paso, se escondían temerosos en lo más profundo de las aguas.

Yo iba gozando extraordinariamente con aquel espectáculo, siempre variado y siempre bello, porque ni el calor siquiera nos molestaba, refrescada la atmósfera con la brisa constante del norte, que neutralizaba los ardientes rayos del sol del mediodía.

A eso de las once y media encontramos otra isla y varias casitas que se destacaban en la orilla derecha, medio escondidas entre los plátanos, y rodeadas de algún cultivo. Media hora después dejamos a la izquierda un rancho de mayores dimensiones, cerca del cual se levantaba un trapiche, y en cuyas cercanías veíase una mediana extensión de terreno, destinado al cultivo de la caña de azúcar. Algo más adelante volvimos a encontrar otra isla tan bella como las anteriores, cerca de la cual pasamos por una nueva chorrera, sobre la que extendía sus floridas y elegantes ramas un cámbulo de gigantescas proporciones.

A las doce y cuarto llegamos a un lugar donde las montañas empiezan a deprimirse, convirtiéndose en colinas más o menos elevadas, cuyas ondulaciones se perdían a lo lejos en una inmensa llanura. La armonía extraña producida por el rumor de la corriente, el canto del bababuy y otros pájaros ocultos entre el ramaje, y el golpe acompasado del hacha, descuajando los bosques para el cultivo, nos embelesaban de tal suerte, que era imposible abstraer el espíritu de las ideas naturalmente asociadas a los objetos que herían nuestros sentidos de una manera tan poderosa.

A las doce y media se nos sirvió un sabroso chocolate con dulces, que fue para nosotros tanto más sabroso, cuanto más extraños eran los accesorios de la mesa, que no era otra que nuestras propias rodillas, y que a la vez fue sazonado por las incesantes observaciones sobre los objetos que aquella exuberante naturaleza nos ofrecía por todas partes.

A medida que avanzábamos, se pronunciaba más la llanura del terreno; el cauce menos profundo nos permitía gozar de más dilatados horizontes, y nuestra balsa se deslizaba sobre la suave y mansa corriente sin balanceo alguno que nos molestase. De cuando en cuando veíanse, a un lado y otro, colinas arenosas, con la base derrumbada por las grandes corrientes del río, que a veces ensanchaban su cauce hasta una gran distancia. A la una estábamos ya en pleno llano, y navegamos por él bastante tiempo, entretenida la vista con los ganados que pacían en una y otra ribera.

Antes de terminar la llanura, llegamos a la confluencia de un pequeño río llamado el Mecho, que se incorpora con el Saldaña por su margen izquierda. Después pasamos otro gran chorro, y entramos en un estrecho llamado por su forma Calle-larga, donde la corriente se hace más viva e impetuosa. Dejamos después a la izquierda un gran bosque de palmeras elevadísimas, que daban a aquellos lugares el aspecto melancólico de un campo africano. Más adelante limitaban el río por la derecha masas compactas de bambúes, entre los cuales bullían con algazara pájaros de mil colores, y algunos monos de diferentes especies. Bordaban luego a ambas orillas del río extensos platanales, rodeados de rústicas empalizadas, y verdes potreros, en que la yerba, agitada por la brisa, formaba ondulaciones como en las vegas andaluzas sembradas de trigo.

A corta distancia de este lugar encontramos una isleta cuya base carcomida por todas partes formaba escarpas de diversa elevación sobre el nivel ordinario del río. Los árboles y arbustos de que estaba cubierta formaban un apretado bosque entrelazado de bejucos, que daban a aquella singular masa de verdura un aspecto tan original como bello.

El cauce por donde íbamos navegando, que en la extensión de algunas leguas describe un semicírculo, toma desde aquí resueltamente la dirección del norte hacia las llanuras del Magdalena.

Cerca de las dos de la tarde, dejamos a nuestra derecha el pueblecito de Coyaima, célebre en los anales de la conquista por la tenacidad con que los indios defendieron aquel territorio. Sus casas humildes, casi todas pajizas, se hallaban agrupadas a corta distancia de la margen derecha del río, y como resguardadas por unas colinas de piedra arenisca, desmoronadas en su base por las corrientes, cuando el cauce del Saldaña era más anchuroso que lo es en la actualidad, o por haber corrido en aquella dirección en época remota. La mayor parte de las cabañas de que el poblado se compone, parece que se ocultan entre los grupos de plátanos que cubren el terreno desde la orilla del río hasta las colinas que por aquel lado sirven de límite a la vega; y la altura de estas humildes habitaciones es de tal uniformidad, que no descuella entre todas ninguna que pueda calcularse que se halle destinada a templo de ninguna especie de culto. Frente a Coyaima hay una gran chorrera que nuestra balsa pasó dando profundos vaivenes y salpicándonos más de una vez el agua que saltaba por los costados.

A las tres y media nos hallábamos en un sitio en que el cauce se ensancha extraordinariamente, y recibe por la izquierda las aguas del Tetuán, uno de sus numerosos tributarios. El terreno arenoso de una y otra orilla, hace que las márgenes sean, en una gran extensión, profundas y escarpadas; y a un lado y otro se ven grandes bosques de palmeras alternando con montecillos arenosos, cubiertos de una vegetación raquílica y pálida, sobre los cuales se levanta de cuando en cuando algún chicalá con sus flores doradas, destruyendo con su belleza la monotonía del paisaje. Desde aquí empezamos a ver a lo lejos en dirección del norte los profundos desgarraderos o cortés verticales de las montañas de la cordillera oriental, que, iluminados por el sol, parecían grandes edificios y elevadas torres pertenecientes a una gran población levantada sobre la altura. La devoción de los habitantes de

aquellas comarcas había colocado una cruz de ramaje en todas las colinas próximas al río, a poca distancia de las chozas, lo que daba a aquellos lugares un aspecto tan singular como fantástico.

A las cuatro y media dejamos, a la izquierda también, la boca del Ortega, que, como el Tetuán, corre de noroeste a sureste, y cuyo lecho es extraordinariamente pedregoso.

Más adelante, a la derecha, dejamos algunos montecillos cubiertos de chaparros, cuyas hojas ásperas y duras pueden servir de lija, cuando se hallan secas, y cuyas ramas, extremadamente retorcidas, daban sombra a infinitos peñones erráticos de que se hallaba cubierto el suelo. A corta distancia de aquel sitio divisamos sobre una playa una bandada enorme de aves acuáticas de un bellissimo color de rosa, que en el país denominan patos cucharos, por la forma especial de su pico, los cuales se levantaron mucho antes de que pudiésemos descargar sobre ellos nuestras armas.

A eso de las cinco de la tarde, pasábamos frente a un ranchería modesta, situada a menos de un kilómetro de la orilla izquierda, cerca de la cual navegábamos, en un lugar muy pintoresco, sobre una colina cubierta en parte de pequeños arbustos y en parte de gramíneas poco elevadas; y como al llegar allí, nos anunciase el piloto que no podíamos alcanzar con luz del día otro lugar de más cómodo albergue, determinamos pasar la noche en aquellos ranchos, donde se nos ofrecía hospitalidad; hicimos amarrar las balsas y saltamos en tierra.

Apenas subimos a la casita, empezamos a examinar desde ella, con ayuda de mi antejo, el bellissimo panorama que se descubría en todas direcciones. Al Oriente, y después de un extenso valle cubierto de arbolado, y circuido de elevadas colinas arenosas, veíanse a lo lejos las elevadas cumbres de una parte de la cordillera Oriental, a que los primitivos colonos llamaron la Alpujarra, por la semejanza que tiene con el lugar de este mismo nombre, que fue en la península el último baluarte de los hijos del Profeta. Las crestas de estos elevados montes veíanse iluminadas por las tintas rojizas

del sol poniente, que formaban un contraste bellísimo con el color azul violado de su base, oculta ya en las sombras proyectadas por las colinas próximas.

A la parte del sur veíase en primer término el Saldaña, extendido como una hoja brillante entre sus pintorescas orillas, cubiertas de guaduas y palmeras, por entre las cuales descollaban de trecho en trecho las copudas ramas del gualanday, cubiertas de flores moradas.

Al Occidente, y después de una ancha zona de terreno ligeramente ondulado, destacábanse los desnudos cerros que por aquella parte sirven de estribo a la cordillera central, cerrando el horizonte montañas elevadísimas, que por su altura inmensa constituyen páramos casi intransitables, donde hallaron segura guarida contra las huestes invasoras los indios pijaos, y otras tribus de espíritu independiente y guerrero, que, por espacio de muchos años, impidieron a los conquistadores gozar tranquilamente del fruto de sus victorias.

El sol, próximo a ocultarse entre las densas nubes, que sirven de constante diadema a aquellas montañas, las adornaba con festones de un rojo vivísimo, iluminando algunas de aquellas masas de vapor con preciosas tintas de color de fuego.

Por el lado del norte casi se perdía de vista la extensa llanura a que sirven de límite las aguas del Magdalena, dibujándose de cuando en cuando entre la espesa bruma las elevadas serranías a cuyo pie se abre su cauce.

El terreno de que se componen en su mayor parte las colinas próximas al Saldaña, es casi todo de arena y cascajo, contiene mucho oro corrido, y en todas direcciones se ven las huellas de los trabajos de excavación practicados en épocas distintas por los buscadores de este precioso metal, que, no obstante lo imperfecto del laboreo, suelen ver sus afanes recompensados con abundantísimos productos.

Dispuesta la comida por nuestros criados, intentábamos sentarnos a la mesa bajo un alegre cobertizo que ocupa la parte occidental de la cabaña; pero tuvimos que renunciar a nuestro propósito, porque habiéndose formado repentinamente una tempestad, y soplando un viento huracanado, nos tuvimos que retirar al interior de la choza. En ella hicimos luego suspender nuestras hamacas, y allí pasamos la noche con la tranquilidad que nos permitía el intenso calor de aquellos climas, y el continuo bullir de una falange inmensa de ratones, que a cada paso saltaban sobre nosotros.

La hospitalidad de la numerosa y modesta familia que allí habita, fue tan franca como se suele encontrar en Colombia por todas partes.

JUEVES 7 DE SEPTIEMBRE

Apenas despuntaba la aurora cuando el piloto entró a despertarnos. Nos levantamos inmediatamente, tomamos un ligero desayuno y nos dirigimos a nuestras balsas, sin detenernos más tiempo que el absolutamente indispensable para tomar yo un ligero apunte de la sierra nevada del Tolima, cuyo elevadísimo cono se destacaba iluminado por los primeros rayos del sol entre las ligeras nubes que poco más tarde suelen ocultarlo completamente.

Un cuarto de hora después de nuestra salida, encontramos a la izquierda la boca del río Cucana, más caudaloso que los anteriores, y que corre en la misma dirección que aquellos: esto es, de Occidente a Oriente.

A las ocho empezamos a ver a la derecha, sobre un extenso y feracísimo llano, las inmensas praderas pertenecientes a la rica hacienda que lleva el mismo nombre del río, cuyas aguas surcábamos, y que con sus pastos naturales mantiene diez mil reses vacunas, y gran número de yeguas, mulas y caballos.

Una hora después vimos ensancharse el cauce del Saldaña de una manera asombrosa, y en sus tendidas playas observamos varios grupos de canoas de pescadores casi

desnudos, en cuyas espaldas tostadas por los rayos del sol, se veía reflejar la luz, como en un espejo de acero bruñido.

A nuestro frente, y a una distancia que permitía apreciar a la simple vista los accidentes del terreno, divisábanse ya los escarpados estribos de la cordillera Oriental, minados en su base por la impetuosa corriente del Magdalena. A eso de las diez, mientras tomábamos nuestro almuerzo improvisado a bordo, vimos ya a corta distancia la tersa y al parecer inmóvil superficie de este caudaloso río, en que el Saldaña confunde sus aguas y pierde su nombre. El terreno se presentaba cada vez más cultivado; los platanales poblaban una y otra orilla, y en las montañas a cuyo pie nos íbamos acercando, distinguíanse las verdes praderas de sus empinadas lomas, las montuosas fajas de sus profundos valles, y los desnudos y erizados picos, dominando aquellas masas enormes y ocultándose a veces entre las nubes.

La confluencia de los dos ríos forma casi un ángulo recto, y el paisaje se veía por todas partes animado por grupos de personas desnudas, en su mayor parte pescadores, y por los ganados de diferentes especies que pacían en las orillas.

Pocos minutos después navegábamos ya en dirección noreste por la gran arteria colombiana. A las diez y media llegamos a la boca del río Luisa, que queda a la izquierda, donde había también algunas canoas de pescadores, cuyas tarrayas rizaban apenas la tranquila superficie de aquellas aguas, que por lo manso de su curso tienen en aquel lugar las apariencias de un lago.

A las once y media dejamos a la derecha el pueblecito de Santa Rosa, agrupación de cabañas, ocultas en parte por las anchas hojas de los plátanos y el follaje de las palmeras, entre las cuales se alcanzaba a divisar el techo, pajizo también, de su humilde templo. Desde allí la orilla izquierda se hace muy escarpada y el continuo batir de las olas va destruyendo lentamente aquellos murallones de arena verticales, ganando en la misma dirección el terreno que pierde en la otra orilla, y dejando en ella una playa que poco a poco se va cubriendo de vegetación vigorosa.

A las doce dejamos a la derecha una isla llamada la Margarita, como de una legua de extensión, y totalmente cubierta de platanales, pertenecientes al pueblo del Espinal, que dista como unos seis kilómetros de la margen izquierda. De cuando en cuando veíanse algunas canoas llenas de gentes que navegaban de un pueblo a otro; a veces turbaba el silencio de aquellas soledades la alegre y bulliciosa algazara de un grupo de mujeres y muchachos bañándose en una playa, o lavando sus ropas, sin temor de ser devorados por los caimanes; y muchas de estas mujeres completamente desnudas, con el cabello tendido sobre la espalda, y que parecían otras tantas nereidas de bronce, nos saludaban al paso con sus gritos y carcajadas. Entre las canoas vimos un bongo entoldado que llevaba más de treinta personas, y que, navegando contra la corriente, era tirado a la sirga por cuatro robustos marineros.

Poco después de la una de la tarde y siguiendo siempre la falda occidental de la cordillera Oriental, llegamos a un sitio donde el cauce del río se estrecha considerablemente, limitado en ambas orillas por grandes rocas de pudinga o conglomerado arenisco, que reducen la anchura del canal a algunos veinte metros, haciendo que el gran volumen de agua se precipite por él con celeridad prodigiosa. Llámase este lugar el Cangrejo, tiene unos dos kilómetros de extensión, y al terminarse el estrecho, el río se divide en dos brazos casi iguales, dejando en medio una isla de bastante elevación y de orillas muy escarpadas. Pasada la isla, el cauce vuelve a adquirir su anchura normal, que es de ciento treinta a ciento cincuenta metros, anchura que conserva hasta las cercanías de Peñalisa, término de nuestro viaje fluvial, siendo desde allí en adelante mucho más ancho que suele serlo en toda la extensión que llevábamos recorrida.

Poco más abajo de la angostura, hay un sitio llamado el paso de La Guayacana, donde se ven algunas casas pajizas y varias canoas en una y otra margen, para el paso de los viajeros. Allí permanecemos como una hora para descargar varios bultos de asfalto que el Sr. Chacón llevaba para uno de sus amigos de Tocaima. Como dos kilómetros antes de llegar a Peñalisa, dejamos a la derecha la boca del río Fusagasugá, que

cambiando más de una vez de nombre desde el páramo de Sumapaz, donde tiene su origen, cosa frecuente aquí en la mayor parte de las corrientes que cruzan el territorio colombiano, es uno de los tributarios más notables que el Magdalena recibe por su orilla derecha, en el primer tercio de su curso.

A las cuatro de la tarde llegamos por fin a Peñalisa, donde nos esperaban nuestros criados con las mulas de silla y carga, que sólo nos habían precedido algunas horas.

Es Peñalisa un pueblo de construcción reciente, consta de unos 4.000 habitantes, incluso los del campo, y se halla situado en un lugar pintoresco, a la orilla derecha del Magdalena, sobre el borde mismo de su cauce, y al extremo de una gran llanura, que se extiende casi hasta Tocaima en dirección noreste, limitada por dos ramales de la cordillera próxima, uno de los cuales viene a perderse en el río, junto al estrecho llamado Cangrejo, y el otro baja en dirección a Honda, circunvalando por el Occidente la gran llanura del Espinal, en cuyo extremo sur se anuda de nuevo con otros ramales de la misma.

Data la fundación, o por lo menos la importancia que hoy tiene este pueblo, de la época en que el cultivo del añil y el tabaco empezó a dar grandes productos en aquel feraz y ardiente clima, y a la inteligente actividad del D. Fernando Nieto, uno de los hombres que a mayor altura han elevado en Colombia la industria agrícola.

Los hijos de este Sr., que actualmente residen en el pueblo, me recibieron en su espaciosa y cómoda casa con una amabilidad extrema, sin permitirme participar del hospedaje que con mis compañeros había tomado, ni abandonar su compañía hasta el momento de la marcha.

La hacienda que allí poseen dichos Señores es de tal extensión, que contiene doce tanques⁴, con las siembras de añil correspondientes, donde cosechan cada año para

⁴Receptáculos a manera de albercas donde se pone en maceración la planta.

exportar a Europa, de cuarenta y cinco a cincuenta mil libras de este tinte, y treinta mil arrobas de tabaco próximamente, que envían para su consumo a los puertos de Alemania. Además de los terrenos destinados a este cultivo, tienen grandes potreros o dehesas en que se pueden cebar hasta dos mil reses mayores. En todos los trabajos de la explotación emplean constantemente como unos ochocientos operarios, sin contar trescientas setenta familias de arrendatarios que hay en las mismas tierras, y que se consagran exclusivamente a cultivar el tabaco, que no pueden vender sino a sus arrendadores, por las condiciones especiales del contrato a que se hallan sujetos. Como complemento de esta explotación de tan grandes proporciones, la hacienda contiene también un espacio considerable de terreno destinado al cultivo de la caña de azúcar, con un trapiche o molino de ruedas, y cilindros de hierro, movido por fuerza animal y perfectamente montado, al cual acompañan tres alambiques para destilar el alcohol de sus productos.

Mis amables huéspedes, no contentos con hacerme aceptar la hospitalidad franca y cariñosa que me ofrecían, me hicieron antes de separarnos un obsequio, para mí de un valor inestimable, consistente en un par de espuelas del tiempo de la conquista, que encontraron en una excavación, adheridas a la osamenta de un ser humano, que sin duda debió ser alguno de los conquistadores, muerto por los indios y enterrado en lo más fragoso de una montaña, donde hasta el presente se había conservado el suelo virgen de todo cultivo. Otro de los objetos que debí a su generosidad, fue la boca y parte del cuello de una mícura o cántaro de los indígenas, de barro cocido e imitando imperfectamente un rostro humano; objeto encontrado también en la misma excavación donde fueron halladas las espuelas, poniendo por último a mi disposición, entre otras cosas, una especie de baño de asiento, silla o brasero de gran tamaño, que a todas estas aplicaciones pudiera adaptarse, y cuyo uso verdadero se ignora, formado del mismo barro de la mícura y con cuatro patas de forma grosera, encontrado oculto en la tierra a corta distancia de los demás objetos que dejamos antes indicados, y que, como el cántaro, había sido roto al tiempo de extraerlo, por imprevisión de los trabajadores. Mucho les agradecí la oferta de tan extraño utensilio, que no pude

aceptar por su mucho peso y volumen, pero que sin embargo medí y copié con exactitud escrupulosa.

VIERNES 8 DE SEPTIEMBRE

Después de una noche tan agradable como lo podía ser en una temperatura de 28 grados, me desayuné alegremente en compañía de mis huéspedes; me reuní a mis compañeros, que acudieron a buscarme, y emprendimos nuestra jornada a las ocho y media con un día sereno y despejado y un calor tan horrible, que parecía que nos iba a derretir hasta los huesos. A las once llegamos a un rancho llamado El Oval, donde almorzamos más frugalmente de lo que hubiéramos querido, deteniéndonos a la sombra hasta las dos de la tarde, esperando que el horrible calor se mitigase un poco. A las tres pasamos por el lazareto de Agua-de-Dios, compuesto de pobrísimas chozas, refugio de los pobres enfermos de elefantiasis, confinados en aquel lugar como el más a propósito para contener, siquiera por algunos días, los funestos estragos de aquella enfermedad horrible.

A nuestro paso salieron algunos de aquellos desventurados seres, con sus rostros deformes y su aspecto de dolorosa resignación, a pedir una limosna. En los alrededores de aquel desgraciado pueblo veíanse por todas partes las toscas cruces formadas de troncos o ramas de árboles, bajo las cuales reposan los míseros restos de las víctimas de una enfermedad tan cruel como implacable. Este es el espectáculo que constantemente se halla ante los ojos de los infelices moradores de aquel lugar triste y solitario, que esperan, quizás con impaciencia, la hora de aumentar aquella interminable serie de humildes sepulcros.

A las cuatro y media llegamos a las orillas del río Bogotá, que atravesamos por un puente rústico; a las seis pasamos por Tocaima, donde nos detuvimos breve rato para saludar a algunos amigos, y a las siete llegamos a Portillo, donde pasamos la noche y me regalaron la cabeza de una enorme culebra de cascabel, muerta algunos días antes en un potrero próximo.

SÁBADO 9 DE SEPTIEMBRE

Salimos a las siete y media de la mañana, llegando a las nueve a las Juntas de Apulo, donde no nos detuvimos, por almorzar en Anapoima, donde podíamos contar con más recursos. De este lugar salimos al mediodía, y a las tres llegamos a La Mesa, donde terminó nuestra jornada.

DOMINGO 10 DE SEPTIEMBRE

Como el clima de La Mesa, población que ya conocen mis lectores, es templado y muy agradable, la noche fue en extremo deliciosa. Allí conocí al Sr. D. Alejandro Posada⁵, joven colombiano de notable instrucción y trato ameno, hijo del general del mismo apellido, que acaba de escribir y publicar el primer tomo de su Historia de Colombia, que tuvo la bondad de remitirme, y en la que campea el buen juicio del escritor desapasionado, y hay apreciaciones muy interesantes, sobre hechos contemporáneos, en que el autor ha tomado parte.

A eso del mediodía salimos en dirección a Bogotá; nos detuvimos en el Tambo sólo el tiempo preciso para dejar pasar un enorme aguacero, y a las cinco de la tarde llegamos a Tenusacá, modesto rancho situado a orillas del camino, donde determinamos pasar la noche a falta de otra posada más comfortable.

LUNES 11 DE SEPTIEMBRE

Abandonamos nuestro albergue en las primeras horas de la mañana, llegando a la Boca del monte a eso de las nueve, con tan buena fortuna, que, encontrando completamente despejada la atmósfera, pudimos contemplar a nuestro sabor el panorama espléndido que se extendía a nuestros pies en dirección al pintoresco valle

⁵ Murió recientemente de Ministro plenipotenciario de Colombia en París.

de Tena. A las doce y media llegamos a Cuatro-esquinas, donde almorzamos, y donde una bella señorita, autorizada por su señor padre, tuvo la bondad de obsequiarme con una linda totumita de coco, que llevaba prendida al cuello, y que yo le celebré por el correcto dibujo de su grabado. A la una y media montamos de nuevo y a las cuatro de la tarde entramos en Bogotá, donde nos esperaban nuestros amigos.

DEL MARTES 12 AL MARTES 26 DE SEPTIEMBRE

Empleé estos días en descansar y en contestar muchas cartas que tenía atrasadas, procedentes de varios puntos de América y Europa.

MIÉRCOLES 27 DE SEPTIEMBRE

Concluidos mis trabajos más perentorios, y deseando visitar unas cuevas y piedras notables existentes en las cercanías de un pueblo de la sabana, llamado Facatativá, distante de Santafé unos cuarenta kilómetros, salí con mi escribiente y un criado en esta dirección a las once de la mañana, llegando a Cuatro-Esquinas a las dos de la tarde, sin detenernos sino el tiempo absolutamente preciso para copiar en el puente llamado de Aranda las siguientes inscripciones, ya próximas a desaparecer a impulsos de la ignorancia o la malevolencia de algunos mal llamados patriotas.

La inscripción del lado norte del puente, dice así:

GOVERNANDO

EL EXMO S^R BAI

LIO FREI D^N PEDRO

MESIA VIRREI DE ESTE

REINO SE HISO ES

TA IMPORTANT^E

OBRA AÑO DE

1768

En la del lado sur, que ya ha empezado a desaparecer, sólo se lee lo siguiente:

S. PEDRO
A BA ESTA
GA DIPUTO SU E
AL S D^N JOSEPH
GROT de VAR
GAS REGIDOR
FIEL. EXECUTO
DE ESTA CIUD
DAD POR SU MGD.

También copiamos al paso esta otra inscripción, grabada sobre una piedra cuadrangular, incrustada en un poste de ladrillo de más de tres metros de altura, que dice lo siguiente:

A SANTA FE 1 LEGUA
DE A 6666 V^S 2/3
ELEVACION SO
BRE EL NIVEL
DEL MAR 1370 TOESAS

Después de comer en Cuatro Esquinas, salimos a las tres de la tarde, deteniéndonos en un pueblecito próximo llamado Serrezuela, a saludar a algunas familias amigas que se hallaban allí de temporada, las que nos rogaron que nos quedásemos hasta el día siguiente. Lo hicimos así, aunque era corto el tiempo que teníamos destinado para esta excursión; y a fin de aprovechar mejor la tarde, subimos a unas colinas bastante elevadas, que dominan al pueblo por la parte del sur y que se extienden en esta misma

dirección, casi hasta los últimos límites de la llanura. Estas colinas se hallan compuestas de una ligera capa de tierra vegetal, sembrada en algunas partes de grandes peñones erráticos. Debajo de esta capa hay otra de arena y greda sumamente impregnada de óxido de hierro, después otra de muy variable espesor, donde la greda compactada tiene casi la consistencia de una roca, dispuesta en capas paralelas que se levantan de sur a norte y de este a oeste, con una inclinación por lo menos de 30 grados, siendo la inferior de todas estas capas una muy densa de piedra arenisca, de un color blanco amarillento, y de una dureza tal, que de las canteras que en ella se han formado, extraen basas y columnas de una consistencia casi granítica.

Allí permanecemos hasta ver ocultarse el sol tras de los cerros que se levantan al Occidente, dorando sus últimos rayos con sus calientes tintas los de Guadalupe y Monserrate, a cuyos pies se asienta Bogotá, que por la distancia se ofrecía a nuestros ojos como una ciudad liliputiense.

El paisaje que por todas partes se extendía a nuestro alrededor era magnífico: en primer término, hacia la parte occidental, el pueblecito con sus casas pajizas, circundado por un modesto río que en sus graciosas vueltas parecía estrecharlo como la culebra estrecha a su víctima entre sus múltiples anillos; más allá infinitas casas de campo salpicadas en la llanura. Hacia el norte y un poco más lejos, la extensa laguna de Fontibón, y el Funza tranquilo y silencioso, deslizándose mansamente hacia el Salto de Tequendama, y por último, en todas direcciones, la empinada sierra, levantándose como un inmenso marco alrededor de la altiplanicie.

Oculto ya el sol, vimos salir del pueblo y encaminarse hacia donde estábamos, un crecido número de señoras, caballeros y niños que salían a encontrarnos. Eran las familias de mis amigos, que no tardaron en reunirse a nosotros. Una vez reunidos, bajamos todos a la población, donde pasamos una gran parte de la noche distraídos en varios juegos, principalmente charadas en acción, gimnasia intelectual en que se distinguió mucho por su viveza una señorita de la costa, llamada Clementina Parra. A las doce de la noche se disolvió la reunión, después de acordar que me acompañarían

todos por la mañana a los cerros próximos, desde los cuales deseaba tomar una vista del perfil de la cordillera.

JUEVES 28 DE SEPTIEMBRE

Nos levantamos a las ocho, y fuimos a visitar la iglesia, pequeña, pero muy limpia, que se halla situada en el frente oriental de la plaza, y tiene la forma de una cruz latina. Entre los cuadros que en ella existen, casi todos detestables bajo el punto de vista artístico, hay uno de bastante mérito, que a pesar de la mala luz a que se halla colocado, no oculta del todo las bellezas de su ejecución, tanto en el dibujo como en el colorido; parece de la escuela flamenca. Como el día estaba muy despejado y los rayos del sol irresistibles, dejamos para otro día el paseo proyectado. Después nos dirigimos a almorzar a la casa de mi amigo D. Gregorio Obregón, cuya amable señora se sirvió invitarnos al efecto, y nos recibió acompañada de muchas y muy bellas señoritas de las que en la noche anterior habían formado parte de su tertulia.

Después del almuerzo, envié a mi escribiente y al criado en dirección a Facatativá, deteniéndome yo un poco por acompañar a las señoras hasta un caserío de campo poco distante, donde iban a pasar el resto del día, no resolviéndome a permanecer en compañía tan agradable, a pesar de las reiteradas instancias que me hicieron todos, porque necesitaba regresar pronto a Bogotá, y temía que me faltase tiempo para ver y copiar los objetos curiosos que al inmediato pueblo me llevaban. Me despedí, pues, de una reunión tan amable como simpática, y llegué a Facatativá a las cinco de la tarde, donde mi escribiente me esperaba.

Inmediatamente después de comer, salí a recorrer algo las inmediaciones y tuve tiempo de visitar una de las cuevas más notables que se halla a la entrada del pueblo, y que tiene algunos accidentes curiosos. Hállase esta cueva formada por la corriente del modesto riachuelo, que lleva el mismo nombre de la población, y baja por la parte del sur de la sierra vecina. Al llegar las aguas a la falda de una colinas que por aquel lado rodean el pueblo, la corriente se introduce y pierde entre enormes peñones casi del

todo enterrados; desciende el cauce a una profundidad de muchos metros, siguiendo su curso subterráneo por espacio de más de un kilómetro, hasta llegar al otro lado de las colinas donde reaparece. Penetramos después en las secciones practicables de otras cuevas, de idéntico origen, y de formas y magnitud diferentes, que se hallan en el mismo lugar, y cuando ya iba oscureciendo nos retiramos al hotel, molestados por una abundante lluvia.

VIERNES 29 DE SEPTIEMBRE

Como era muy grande mi deseo de ver las piedras tan ponderadas, que se hallan al noreste de la población, y a distancia de unos dos kilómetros, me levanté muy temprano, y sin cuidarme de tomar siquiera un ligero desayuno, corrí al lugar donde se encuentran, sirviéndome de guía un joven del lugar, que se me había ofrecido con tal objeto desde el día precedente. Al llegar cerca de aquellas grandes moles de piedra arenisca, lanzadas sobre la llanura por un poder incomprensible, no pude menos de asombrarme, tanto por su disposición, hasta cierto punto simétrica, como de la portentosa fuerza que sería necesario poner en acción para mover aquellos monolitos enormes. Trataré de dar una idea de la situación en que se hallan, relativamente al pueblo y a la llanura, seguro de que mis lectores participarán de la misma admiración de que yo me hallaba poseído. Levántase Facatativá en el centro de una especie de anfiteatro, circuido de elevados cerros por todas partes, excepto por el lado del sur, en que una línea de pequeñas colinas la separa del resto de la gran planicie. Entre la falda de los cerros que se hallan al norte, y el arroyuelo que antes he mencionado, hay una ligera eminencia, cuya extensión será de unos cuatro kilómetros cuadrados, y sobre la cual se hallan esparcidos enormes trozos de roca arenisca estratificada, que sobresalen, total o parcialmente, del terreno, y algunos de los cuales tienen más de sesenta metros de longitud, por veinte de anchura, y otro tanto de espesor. El número de estos peñones es muy considerable, y su colocación allí probablemente se debe a una gran erupción volcánica, o a corrientes prodigiosas, si no al conjunto de ambas fuerzas reunidas, para agrupar los destrozados restos de la primitiva cordillera. Conservando todas estas piedras en su superficie una ligera capa de tierra vegetal

procedente de sus propios detritus, se hallan casi todas coronadas de arbustos, y algunas de ellas, por su forma especial, parecen a cierta distancia cestos colosales llenos de flores. No atreviéndome a separarme de aquel sitio, mandé llevar allí mi almuerzo, y pasé casi todo el día ocupado en copiar dos de las piedras más notables, dejando para el día siguiente la copia de otra, que también había llamado mi atención en la visita general y rápida que acababa de hacer por entre aquellos admirables monumentos geológicos, cuyos estratos horizontales son un nuevo enigma.

SÁBADO 30 DE SEPTIEMBRE

Pasé la mañana como la del día anterior copiando la tercera piedra que me quedaba por dibujar de las tres que me había propuesto conservar en mi álbum. La última, que es una de las más raras, tiene en la parte inferior de una de sus faces, que avanza como una gran cornisa, varios letreros escritos con tintas de diferentes colores, y la mayor parte de los cuales están ya casi ininteligibles. Sólo uno de ellos, colocado a una gran altura, y cuya tinta verde parece estar preparada al óleo, se lee perfectamente desde abajo, por ser muy grandes los caracteres, y dice así:

Las Núñez. 12. Abril 1.804

BARBARA NUÑ^Z

1804

Recorrí después todo el terreno donde se hallan las piedras más importantes, deteniéndome a observar no tan solo las caprichosas formas de algunas de ellas, sino los dibujos indígenas que varias contienen, y que parecen más bien, por su extravagancia, obras de un fútil entretenimiento de los indígenas, que signos convencionales adoptados para la manifestación de ideas.

Terminado mi trabajo, volvimos al hotel a las cuatro de la tarde; comimos de prisa; montamos a las cinco y media y llegamos a Serrezuela antes de las siete, donde

pasamos entre nuestros amigos una noche tan agradable como la que habíamos disfrutado la primera vez que estuvimos en su compañía.

DOMINGO 1o. DE OCTUBRE

Nos levantamos algo tarde, y acudimos a la plaza donde está la iglesia, a tiempo que se iba a decir la misa. Allí encontramos ya a todos nuestros amigos y amigas, y muchos tuvimos que quedarnos fuera del templo, por ser éste demasiado pequeño para la gran concurrencia que había acudido.

Concluida la misa, intenté despedirme, para seguir mi viaje a Bogotá; pero el Sr. Obregón y su familia se empeñaron en que habíamos de detenernos a almorzar con ellos, y acompañarlos después a una comida de campo que con los demás amigos tenía preparada. Ni mis protestas ni mis disculpas sirvieron para que me dejasen marchar; y viendo que hasta trataban de secuestrarme el caballo para impedirlo, me resolví gustoso a pasar el día en una sociedad tan alegre como agradable y afectuosa. A eso de la una y media salimos todos para la quinta donde se nos esperaba, y que se halla distante de la población como un cuarto de legua. En animada y constante alegría pasamos allí el resto de la tarde; y, como después de comer empezase una llovizna ligera, se dio la orden de regresar, contribuyendo este incidente a hacer la vuelta más divertida, por los lances que ocasionaba, sobre todo para las señoras. Muchas de éstas se resolvieron a volver encajonadas en un carro de bueyes; otras preferían regresar a caballo; y una sola, dando una prueba interesante de su amor maternal, prefirió andar el camino a pie, por ir custodiando más de cerca sus dos niños pequeños, que llevaban en brazos dos criadas. Su esposo, el Sr. Obregón, mi escribiente y yo la acompañamos, llegando al pueblo, bastante oscurecido, y mojados hasta el punto de tener inmediatamente que mudar de calzado y de traje.

La noche se pasó como las anteriores, retirándonos a descansar algo más temprano por el cansancio del día.

LUNES 2 DE OCTUBRE

Para hoy tenían determinada su vuelta a Bogotá varias de las personas residentes en Serrezuela, para lo cual habían hecho llevar un ómnibus capaz de contener toda una familia. El día amaneció con una lluvia pertinaz y copiosa, que a las once y media de la mañana, hora designada para partir, arreció de un modo violento. Disponíame yo a montar a caballo; pero mis amigos me lo impidieron resueltamente, rogándome que entrara con ellos en el carruaje, a lo que no me pude negar sin cometer una falta de cortesía. Envié, pues, mi caballo al cuidado de mi escribiente, y a las cuatro de la tarde llegamos a Bogotá, donde volví a mis habituales ocupaciones.

Desde el día 3 de Octubre hasta el 18 de Noviembre empleé el tiempo en la redacción de mis últimos apuntes; en copiar en mi álbum de dibujos algunas curiosidades notables de la capital y sus cercanías, y en dar la última mano a los que ya traía en boceto de mis excursiones anteriores. Con esto, con hacer algunas visitas para cultivar mis relaciones más interesantes, y con el despacho de mi correspondencia, cada vez más numerosa, tuve apenas el tiempo necesario para disponer una nueva excursión a los Estados del norte, donde había muchas curiosidades que tenía gran deseo de visitar desde mi llegada; y sobre todo, me inspiraba un interés vivísimo, la idea de ir a depositar un tierno recuerdo sobre la tumba humilde de mi anciano y respetable amigo y compañero en la expedición a los Llanos, Dr. D. Romualdo Cuervo. Sus restos, depositados en el pobre cementerio de una retirada aldea, donde exhaló el último suspiro, yacen allí como olvidados por sus ingratos compatriotas, a pesar de mis gestiones y las de algunos de sus buenos amigos, para que fueran debidamente trasladados a la capital, erigiéndole un monumento digno de su nombre, ya que su muerte fue ocasionada por prestar a su país un eminente servicio, que llevó a cabo a instancias del gobierno. ¡Pobre mártir! A pesar de su mérito insigne, apenas se consagraron a su muerte, en los periódicos de la capital, algunas líneas biográficas, insuficientes para dar a conocer la pérdida que había experimentado Colombia, al dejar de contar entre sus hijos a este modesto, estudioso y constante admirador de su espléndida Naturaleza. Sólo mi pobre pluma, tan modesta como el amigo a quien se

consagraba, dedicó a su memoria algunos versos en que pretendía expresar más que otro sentimiento vano, la profunda simpatía y el intenso amor que el buen amigo y el virtuoso sacerdote habían sabido inspirarme. Estos versos, publicados en casi todos los periódicos, y que el lector encontrará más adelante, me dieron el consuelo de poner así en comunicación mi alma doliente con su noble espíritu, y el de recibir muchas felicitaciones escritas y verbales de un gran número de personas, que, como yo, lo estimaron en vida, y lo lloraron con sinceridad en su muerte.